

DOSTOIEVSKI

RENAN e PÉREZ GALDÓS

POR

ARMANDO DONOSO



BIBLIOTECA
CALLEJA

Salvador Barros Beauchep

1929

OBRA DEL AUTOR

DOSTOIEVSKI
RENÁN
PÉREZ GALDÓS

EN ESPAÑA

OBRAS DEL AUTOR:

- "Menéndez Pelayo y su obra". Imp. Universitaria. Santiago.
"Los nuevos". Sempere y C^a. Valencia.
"Bilbao y su tiempo". Imp. Zig-Zag. Santiago.
"La sombra de Goethe". Edit. América. Madrid.
"La senda clara". Cooperativa Editorial. Buenos Aires
"Un hombre libre". Colección América. Buenos Aires.
"Dostoievski, Renán, Pérez Galdós". Edit. "Saturnino Calleja" S. A. Madrid.

EN PRENSA:

- "Nuestros poetas". Antología de la poesía chilena moderna
"Hombres y libros de América".

236-40

A R M A N D O D O N O S O

DOSTOIEVSKI
R E N Á N
PÉREZ GALDÓS.

8042



M C M X X V

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

Propiedad
Derechos reservados

Copyright 1925 by Armando Donoso

A don
Galvarino Gallardo Nieto,
cordialmente.

A. D.

DOSTOIEVSKI

EN el fondo oscuro y tumultuoso del alma mon-gólica ha ido a buscar Ortega y Gasset el origen del comunismo ruso, la explicación del sentimiento revolucionario que hizo desaparecer un régimen secular, olvidando acaso quinientos años de dolor contenido, durante los cuales el pueblo estuvo con las rodillas clavadas en el suelo y con los brazos en cruz. Hasta ayer Rusia encarnaba la postrera supervivencia del feudalismo autocrático, gobierno de derecho divino, apoyado en la religión y en el ejército; su administración estaba corrompida, el pueblo abandonado a sus rudimentarias necesidades, la justicia al servicio del dinero, los servicios desorganizados, mientras se pretendía dominar por el terror a los de abajo y la indiferencia y la molicie de las clases altas pesaba sobre el pobre mujik ignorante y envilecido, y hoy, por lógica y brutal reacción, ese feudalismo se ha hundido como una pesada torre, y un estado igualitario ha hecho tabla rasa de cuanto se creó durante muchos siglos de paciente esfuerzo. Así, pues, la historia del pueblo ruso no viene a ser más que

la historia de la más vergonzosa y triste de las opresiones: el hombre erigido en verdugo del hombre y el gobierno entregado en manos de una casta holgazana: el código en la diestra y el látigo en la otra.

Máximo Gorki, hombre del pueblo, nacido en el seno de la miseria, y que conoce, por dolorida experiencia, el alma simple del pueblo ruso, ha podido escribir: «En su esencia, el individuo del pueblo es una corriente elemental de anarquía. Las gentes necesitan comer todo cuanto les es posible y trabajar lo menos que puedan. Quieren poseer todos los derechos y no tener deberes». Agregad a esa predisposición el peso brutal de una esclavitud que le hace sentir la miseria cruda y el castigo del amo implacable, y comprenderemos mejor el oscuro sentimiento mesiánico, que en ese pueblo más que en otro alguno, según lo advertía el historiador Kostomaroff, crea la oposición del Estado, que la extensión geográfica irresponsabiliza o atenúa con el abandono en los deberes, con la fuga que justifica también el instinto nómada. El deber no ha conformado el alma de ese pueblo a una disciplina de constancia y de esfuerzo. Solicitado por sentimientos confusos, estremecido por oscuras supersticiones, convive con el campo libre, con el bosque, con la llanura sin horizontes, donde la esclavitud humana le hace sentir el peso de la maldición del trabajo, porque es el esfuerzo propio que se convertirá en riqueza para los ex-

traños. La vida, sin responsabilidades formales, fomenta sus correrías vagabundas y hostígale con las venganzas de los otoños estériles y de los inviernos implacables, que le obligan a recluirse en la choza miserable, donde le consumen el hambre, las vigiliyas y el alcohol. Afuera el campo está cubierto de nieve y el látigo de las ventiscas azota sus carnes desnudas. La soledad acentúa su mutismo y, como es inculto, no le torna meditativo y conformista. Su religiosidad ahinca en el subsuelo de sus acentuadas supersticiones y no alcanza a ser valla que contenga la plenitud de sus instintos, que le mueven hacia el vicio, el robo o el crimen, como la racha lleva la pajuela en irresistible vuelo.

Un dolor de siglos, que se confundía con una beata pasividad; la influencia del páramo, de la estepa estéril, de la naturaleza hostil, habían contenido en ese pueblo toda conciencia de la más justa de las rebeliones. La literatura rusa no era hasta ayer más que un clamor de esa angustia acallada, que cada hombre pudo sentir como un estremecimiento y como una protesta: por eso escribió Gogol *Taras Bulba*, Tourgenev los *Cuentos de un cazador*, Dostoievski sus *Recuerdos de la casa de los muertos*, Artzybachev *Sanin*, Gorki *Caín y Artemio* y Tolstoi y Andreiev y Tchekov tanto y tanto libro lacerante, que hace sentir muy de cerca la religión del sufrimiento en el pueblo ruso, vilipendiado y escarnecido.

No es el alma asiática, el espíritu errabundo del mongol bárbaro, el que justifica el carácter, pasivo hasta ayer, exasperado hoy, de la nación que estrangulan las nieves y contiene el misoneísmo retardatario de tantos pueblos, que aun perpetúan los sentimientos del clan primitivo. El campesino de la estepa ucraniana, que no tiene apego a la tierra y es arrastrado por su espíritu nómada de latitud en latitud, acaso siente y piensa lo mismo que el labriego de la llanura americana, que el «cow-boy» del Far West o que el negro de la selva del Congo, en su rudimentaria conciencia de los deberes y de la justicia. Sólo sabe expresar ese algo que le exige el apetito insatisfecho, su animalidad incontenida. Cuando el motín le solicita, no teme ni a la muerte ni al dolor, porque hasta ellos preséntanse a su conciencia como algo oscuro y confuso.

Por eso Dostoievski sólo habló de piedad ante la religión del sufrimiento de ese pueblo.

ADOLESCENCIA

La historia de Dostoievski es la de la más triste tribulación de un hombre. Una vida doliente de privaciones y de oscuros presentimientos; una eterna espera de algo que puede venir y que no llega nunca. Su padre era médico del hospital María, donde los ojos de Fedor ven la luz cierta mañana de un frío octubre ruso.

Su hogar, la severa casona de sus padres, atribula su alma en hora temprana con las angustias de las oraciones, que repite de hinojos ante el icono alumbrado por la eterna lamparita votiva. El hospital ensombrece aquella casa, hasta donde llegan los ecos de la muerte, que ronda los pobres lechos del asilo caritativo. El padre es severo, hosco, sombrío; jamás sonrío, y sus palabras sólo tienen un dejo cortante. Por las tardes suele sorprender a sus hijos en amable plática con los enfermos a través de las rejas, y entonces el implacable cirujano mayor castiga a los pequeñuelos, que huyen atemorizados. Bien pronto Miguel y Fedor llegarán a sentir cruel y áspera esa dura autoridad, cuando su padre les dé las primeras lecciones de latín: de pie, clavados ante la mesa, atentos y temblorosos, declinan y repiten el interminable y cotidiano aprendizaje. Y así, en el hogar, reciben todas sus enseñanzas iniciales, mientras sienten volar su adolescencia, lejos de la sana y libre camaradería, que en los niños anticipa el necesario despertar de la pubertad. Esa disciplina torna tímido y receloso al ingenuo Fedor; la obsesión de las lecciones de latín le embarga y le aniquila. Sus juegos consisten en las limitadas diversiones de un niño a quien se encarcela entre los cuatro muros de una casa silenciosa. Ya lo dijo el poeta: « ¡Qué triste será el hombre que no jugó de niño! »; y Fedor sólo pudo conocer la existencia gris y monótona de un hogar frío, que apenas entibió la

piadosa y suave ternura maternal. ¿Acaso no iba a pesar como un ascendiente profundo en su vida esa infancia solitaria, aislada de todo contacto infantil, sometida al cartabón de la austera vida del hogar severo? El sentimiento de la soledad, ¿no influyó, acaso, en el prematuro despertar del niño, que vivió siempre recluso en una doliente penumbra? Al declinar sus quince años comienza a tener conciencia del primer dolor irreparable: el otoño agosta las últimas energías de su madre, y, junto con el crudo invierno, llega la muerte a velar sus claras pupilas. He aquí la anticipada amargura en una adolescencia huérfana de alegrías. La soledad se hace cada día mayor y más trágica. Transcurre un año, y Fedor ingresa en la escuela de ingenieros: su melancolía se acentúa, es más honda: «Tengo un proyecto —le escribe a su hermano—; me voy a volver loco». Se siente triste viviendo en una atmósfera glacial: «Hace mucho tiempo que no siento entusiasmo... Mi corazón se ha endurecido». Las primeras lecturas, las primeras desesperanzas románticas, Lamartine, Chateaubriand, Jorge Sand, complican esa alma atribulada por el dolor de los veinte años: tal vez el mal del siglo, la enfermedad de René, la melancolía tétrica de Leopardi, que en el ambiente de Europa comenzaba a difundir el romanticismo.

¿Qué extraña influencia pudo exaltar esa sensibilidad, que sufría ya las asechanzas de todas

las turbaciones? Taciturna y solitaria, prematuramente consumida por anticipados pensamientos, esa adolescencia era una dolorosa preparación para una larga vida de tristeza, que le iba a agobiar más tarde. No es un adolescente precoz por los dones de su inteligencia, pero sus sentimientos, a veces exaltados, llegan a preocupar vivamente a su hermano Miguel. ¿Acaso las lecturas iniciales y las anticipaciones de un mal prematuro no consumen y exacerban sus nervios, que la soledad afinará extrañamente? ¿No ha recordado su hermano Andrés que Fedor colocaba en su mesa de noche un papel, en el cual se podía leer lo siguiente?: «Puede ocurrir que hoy caiga aletargado; que no me entierren antes de muchos días».

Pronto va a tener veinte años. Su padre ha muerto dejando aquel hogar: el abandono y la desorientación anticipan el vía crucis de esa adolescencia, larga y triste como las noches de diciembre en la estepa. Pobre, huérfano de toda esperanza, ¿acaso es algo más que un mendigo abandonado en medio del camino? La pobreza le ronda, la desesperación le consume, el hastío le deprime. Es casi un paria, uno de tantos de esos humillados y ofendidos que luego abundarán en las páginas de sus libros. Sin aptitudes para ganarse la vida, comenzará a escribir, impulsado por extraña e irresistible vocación, y por el deseo de procurarse el pan: «Qué me importa la gloria, cuando sólo trabajo para mi pan». Ha salido

de la escuela de ingenieros militares con el grado de subteniente, pero ese galón no le interesa, ni esa carrera le atrae: «El servicio me desagrade como las patatas». El periodismo, el arte y los libros le preocupan; pero, la terrible pobreza, ¡buena hermana de todos los soñadores!, es su eterna prometida. Él carece de orgullo y es el más humilde entre los menesterosos. El dinero le atormenta como una obsesión implacable. Sus cartas de entonces no son más que un eco de su desesperación: piensa hacer una novela a fin de pagar indispensables deudas, y, si el negocio no resulta, «es posible que me cuelgue». A su hermano le escribe: «estoy desesperado; estoy perdido». La pequeña renta heredada de su padre la ha consumido rápidamente en sus necesidades y el juego. Ignora el valor del dinero, el orden, la economía: «Fedor ignoraba siempre lo que tenía», dice su hermano Miguel, el buen amigo de toda su vida, paño de lágrimas de sus desfallecimientos, alma magnánima y buena. A él se dirige, a él clama en todos los momentos de su existencia, que siempre será la misma, llena de sobresaltos, de angustias, de eterna pobreza: si a los veinte años piensa en morir, a los cincuenta clama como un niño que se queja, con las pupilas humedecidas por el llanto: «Tuve que empeñar mis pantalones para conseguir dos talers. Ella, mi mujer, que está criando a su hijo, también va a tener que empeñar su única blusa

de lana para el invierno. Y, sin embargo, desde hace dos días no cesa de nevar aquí.»

Constante melancolía de la necesidad, santa desesperación de la pobreza: el eco de esa vida clama con la voz de la humillante miseria. Su resignación llega a ser evangélica, pero no es más que la resignación contenida, que pide con las manos juntas y los ojos clavados. A su hermano le dice, en amarga carta última: «Tengo hambre, y ni siquiera un centavo que me permita humedecer el paladar con un poco de te.» Cuando arriba a Petrogrado, sólo puede alimentarse de leche y de pan, que le fían en un almacén. Más tarde, a pesar de que es un escritor célebre, que comienza a hacer la fortuna de algunos editores, escribe en una carta: «No puedo comprar zapatos de verano y debo usar los de invierno.»

Es la tristeza de una eterna mendicidad la que le acosa y le tiraniza cada día; y, a pesar de todo, ya ha escrito un libro, su novela primogénita. Así, entre sobresaltos, inquietudes y pobreza, cuando la miseria le conmueve más hondo, es cuando crea las páginas más sentidas. El dolor comunica a sus libros un clamoroso estremecimiento humano. Son las horas de soledad, el hambre, las deudas, las que le mueven a inclinar la cabeza sobre las blancas carillas y a dejar correr la pluma. Así nacen *El idiota* y *Crimen y castigo*. Sólo esprime su imaginación con la santa voluntad de poder pagar sus necesarias obligaciones de cada momento: «Durante toda

mi vida debí trabajar por el dinero y durante toda ella estuve apremiado por la necesidad.» ¿No afirma en una de sus cartas que no podrá escribir porque está muriendo de hambre? Firme resignación que jamás se rebela aunque lastime su justo orgullo. Sus nervios denuncian ya los primeros síntomas de la enfermedad que luego va a describir en el príncipe Muichkin. Su misantropía se acentúa y, más aislado que nunca, más triste que antes, devora en silencio sus angustias, y sólo sabe y puede distraerse escribiendo, escribiendo siempre, durante sus horas solitarias. El hombre humilde, el hombre doliente, el solitario conturbado, que escribe, escribe, escribe, no es más que el mismo Dievouchkin de su primera novela, *Los pobres*, o sea el Dostoievski de los veintitrés años, que más tarde será el Vania de *Humillados y ofendidos* o el Príncipe en *El idiota*: la misma alma digna, digna de toda dignidad, y buena de toda bondad.

EL PRIMER LIBRO

¡El primer libro, la obra incipiente en la cual se ensayan las inclinaciones de la mocedad y en cuyas páginas suele quedar todo el romanticismo de nuestra juventud! El volumen de los veinte años suele contener nada más que la historia de los comienzos de una actividad espiritual, que se acoge con indulgencia y con perdonadora

sonrisa. Se improvisa la labor inicial como se tiene un primer amor, con la divina inconsciencia de todas las irresponsabilidades. Si el adolescente se llama Goethe o Rubén Darío, podrá escribir *Los dolores del joven Werther* o *Azul*, mas nunca la producción definitiva, el volumen de la plena madurez intelectual. Tal vez Pérez Galdós compuso a los veinticuatro años *La fontana de oro*; pero si esa novela importa un prometedor comienzo, dista mucho de la maestría de sus libros posteriores.

Y he aquí, sin embargo, que Dostoievski escribe una primera obra bellísima, la novela que más tarde reproducirá con el mismo personaje y el mismo corazón de mujer, cuando sólo acaba de pasar los veinte años, cuatro lustros durante los cuales ya había gustado el acre sabor de la vida. Su pobreza le obligaba a vivir recluso en su bohardilla de estudiante sin recursos, y ¿qué ocasión más propicia para concebir una novela, el romance de todas sus inquietudes y de todas sus amarguras contenidas?

Ocultos entre los pobres volúmenes de su modesta pensión, guardaba los originales de su libro, esperando la hora bendita que los fuese a arrancar del olvido: «Si alguna vez me sentí dichoso —iba a escribir más tarde en *Humillados y ofendidos*— no fue durante los primeros momentos de embriaguez de mi triunfo, sino cuando no le había leído ni mostrado a nadie mi manuscrito.»

Aquella novela, *Los pobres*, constituía la esperanza inicial de una vida literaria, la mejor ilusión de un ensueño, que aun respetaba la realidad. Era ese instante el momento en que todo escritor adolescente piensa en la gloria, cuando ciega el éxito presentido, mientras la inconstante esperanza ilusoria nos mueve a creer que somos una actividad geocéntrica, hacia la cual concurre la unánime preocupación de cuantos nos rodean.

Una mañana, un día cualquiera, tal vez el menos esperado, el ángel de la buena fortuna alcanza hasta el cuarto del novelista: un antiguo camarada lleva el manuscrito al poeta Nekrasov. La lectura es rápida y el entusiasmo fulminante: en la alta noche regresan ambos a arrancar de su sueño a Dostoievski. El lírico está conmovido porque en aquellas cuartillas siente la revelación del genio. (Que no en vano ¡oh Fedor!, esas páginas brotaron de la pasión y de las lágrimas: «Había escrito esa novela con pasión, casi llorando.») Son las cuatro de la madrugada, y el novelista despierta sobresaltado: he ahí a Nekrasov y a su amigo Grigorovitch, que le echan los brazos al cuello, llenos de incontenido entusiasmo: fue aquella una velada que sorprendió la aurora en la modesta bohardilla. Luego el poeta llevó el manuscrito al severo Belinski, el crítico comprensivo, el mentor, en esa hora solemne de la literatura rusa, de todo un movimiento espiritual; un magíster sin palmeta, pero implacable.

«Un nuevo Gogol nos ha nacido», le anuncia Nekrasov, mientras aquél le replica: «Entre ustedes brotan los Gogol como los hongos.» Sin embargo, el mal humor del Aristarco se torna pronto en comunicativa alegría. Cuando el joven novelista, temeroso, se presenta a él, Belinski le dice: «¿Se da cuenta de lo que usted ha hecho? Usted no puede haber descrito tales cosas sino bajo una impresión inmediata, como sólo puede hacerlo un verdadero artista. ¿Pero es usted acaso el protagonista de esta conmovedora historia? Parece imposible que, a los veinte años, pueda haber comprendido la verdad de esa novela. Apreciad el don de esta revelación artística, sedle fiel y llegaréis a ser un grande escritor.»

No siempre los críticos suelen ser espíritus abiertos y comprensivos, y, a menudo, las palabras de Gautier encuentran una justificación en nuestros sentimientos. Pero esta vez el maestro había podido presentir en esa hermosa novela la presencia de un raro talento, el genio de un escritor que superaba a Gogol creando un estremecimiento nuevo, acaso aquel que algunos años más tarde iba a sentir Víctor Hugo en *Las flores del mal*.

Rara experiencia de la vida e insólita maestría en el análisis revelaba *Los pobres*, novela sencilla y tierna, anticipadora de rara madurez en un escritor. En sus páginas está todo Dostoievski y, como ya lo advertíamos, los dos protagonistas serán una variación de los futuros tipos de sus

libros: Ana Fedorovna y Dievouchkin anuncian y anticipan a Natacha, a Sonia, a Anastasia, a Nastenka, al Príncipe Muichkin, a Raskolnikov, a Vania.

He aquí la doliente historia de esta simple y patética tragedia sentimental, que no es más que el idilio de la desesperada vida cotidiana en un modesto empleado de cancillería, que sobrelleva una existencia monótona, gris, de privaciones sin cuento, compartida con su infantil vanidad de excelente pendolista. Mientras otros viven, se enriquecen y triunfan, él prepara sus informes con irreprochable caligrafía. Su alma simple se resigna en la determinación de su destino sin aspiraciones. Tipo representativo de la burocracia rusa, que vive esclavizada a una existencia sin idealidad, ese héroe anónimo podría ser el propio novelista, que se consumía en la miseria de una existencia angustiosa y resignada. Nada puede ocurrir en la vulgar historia de esa vida capaz de contrariar el destino de su obligación cotidiana, que le ata al crestón de su rutina. Sin embargo, una grata y liviana alegría le reserva el pobre barrio en que vive: frente a su cuarto habita una joven a quien le vincula un lejano parentesco, y que, tras los reveses de su vida, recibe como un anticipo de ventura la amistad abnegada del solícito Dievouchkin. El aislamiento y la pobreza les acerca y acaso llegue a unirles algún día. Él sólo piensa vivir para ella, consagrándole toda su vida, todos sus esfuerzos, todo su tra-

bajo. Con humilde abnegación, privándose de lo más necesario, procura que nada le falte a su vecina, ni los bombones finos, ni las flores tiernas.

¡Qué dulce y milagroso tipo de mujer el de esa Ana Fedorovna! Un corazón femenino, un carácter delicado como jamás lo suelen o saben sentir los novelistas. Para el modesto empleado solitario ella pasa a ser un mentor y un amigo, llegando a constituir una razón ideal en su vida. Más segura de sus emociones, culta, buena, tierna, se impondrá a él con la devoción de la más delicada solicitud. Es preciso leer esas páginas de análisis penetrante, en las cuales se estudia el proceso de tal amistad, que el destino va a romper pronto como frágil cadena. Mientras las murmuraciones impiden el trato cotidiano de ambos, las buenas cartas llegan a suplir las necesidades de la camaradería sentimental: es una correspondencia que rebosa ternura y sinceridad, en la cual palpita el corazón de una mujer extraordinaria y el alma de un hombre delicadísimo; de uno de esos hombres que, en fuerza de amar mucho, tienen valor para sacrificarse en bien de la felicidad de la mujer amada. El caso de Dievouchkin es el de Vania, el de Miuchkin y el del protagonista de *Las noches blancas*. He ahí la comprensión superior del verdadero amor, que en Dostoievski tiene un carácter sublime: sólo un grande amor es capaz de un gran sacrificio hacia el objeto amado.

Un día la esperanza de Dievouchkin se trizará como un frágil cristal: cierto adinerado pretendiente de Ana Fedorovna solicitará su mano y, como ya no es joven y el solicitante es rico, ella se ve en la obligación de aceptar, pues obrando de esta manera dejará de ser una carga para su amigo. El cambio brusco de esa vida agobia el ánimo de Dievouchkin. Ya tendrá ella la soñada holgura, las joyas, las costosas *toilettes*; y será, ¡oh ironía!, a su amigo de ayer a quien le encargue las compras, las atenciones de la modista y de los joyeros. ¿No ha comprendido acaso ella que esa amistad fidelísima es, antes que nada, un grande, un tiránico amor? ¿Qué va a ser del abnegado Dievouchkin cuando los recién casados abandonen la ciudad, para ir a vivir a la lejana provincia que les depara su suerte? Hasta el último instante él le escribe cartas solícitas, detallándole cuantos menesteres le encomendó ella para su boda. Y así termina la tragedia silenciosa, la novela de las pobres gentes, mientras el tren parte llevándose a la feliz pareja, y el pobre, el tierno Dievouchkin, vuelve a su solitaria vida de antes, a su aislamiento, que ahora mortificará, acrecentándolo, el recuerdo de un amor perdido.

Novela recia, amarga y desolada; libro que reveló inmediatamente la maestría de un novelista único, por su análisis, por su fuerza, por su dolor, por su sentimiento palpitante de la realidad. Páginas hay en ella que superan las más

elocuentes descripciones de los novelistas rusos. Cuando Dostoievski analiza las primeras inquietudes de Dievouchkin o pinta el carácter de Ana Fedorovna, raya en la maestría; cuando la joven refiere la muerte del estudiante tísico, su vecino, a quien su padre veneraba, el novelista conmueve hasta las lágrimas. Releamos el fin de esta página tétrica y doliente: «En fin, fue cerrado el ataúd; después que lo clavaron, se le colocó en el carro, que partió rápido. Yo no lo acompañé sino hasta el fin de la calle. El jamelgo se puso a trotar, mientras el anciano seguía detrás, corriendo y llorando en alta voz. Pronto el pobre anciano perdió el sombrero, pero ni siquiera se detuvo para recogerlo. Su cabeza estaba empapada con la lluvia. El viento comenzaba a soplar y el granizo azotaba los rostros. Al anciano ni siquiera parecía preocuparle el mal tiempo, pues corría sin descanso, llorando siempre, de un lado al otro del carro fúnebre, Flotaban, como alas al viento, los faldones de su traje pasado de moda. Por todos sus bolsillos asomaban libros. Entre sus manos oprimía con fuerza un enorme volumen. Los transeuntes se descubrían persignándose. Unos deteníanse para mirar al pobre viejo. A cada momento un libro de sus bolsillos caía al barro, mientras alguien lo llamaba haciéndolo reparar en la pérdida; recogía el libro y se echaba a correr de nuevo detrás del carro. En el rincón de una callejuela una mendiga se agregó a él, acompañando el

cortejo. El carro dobló al fin en una calle lateral y desapareció ante mis ojos.»

Sólo en *Crimen y castigo* alcanzó Dostoievski tal maestría en el análisis: acaso Raskolnikov llegó a penetrar tan hondo en los dominios subterráneos de la autognosis. Un hombre que se siente vivir con todas sus emociones y que es capaz de superarse sacrificándose al imperativo categórico de un grande y nobilísimo deber o de un verdadero amor; he ahí el caso de ese verdadero héroe de la vida cotidiana, en quien la conciencia es un juez inflexible y el corazón un consejero generoso. Nunca se pudo concebir un libro con menos recursos novelescos: nada pasa en él, como no sea más que el drama lento de un alma que se consume en el tedio, nace a la vida en las ilusiones cariñosas del amor y vuelve pronto a su anterior resignación. He aquí una obra típica y nobilísima de análisis, en la cual la honradez de un procedimiento literario aparece exaltada hasta la maestría, sin vanos alardes folletinescos, ni esa pretendida disección sentimental que, en un detestable escritor como Paul Bourget, sólo sirve para justificar antojadizas pretensiones doctrinarias de arribismo social. Dostoievski no es un psicólogo porque todo lo dice en prolijo acumular, sino por la penetración y la claridad con que deja entrever hasta el fondo de las almas, atando uno a uno los hilos invisibles de las emociones más sutiles. Todo el temperamento angustiado del novelista palpita

en este su primer libro, doloroso, triste, rebo-
sante de una emoción que apenas si se contiene
en sus páginas.

EL CAMINO DEL EVANGELIO

Por los caminos más insospechados puede
llegarse al Evangelio: una hora de meditación,
el roce invisible de la muerte, uno de esos minu-
tos de extravío en que las antenas de la sensibili-
dad recogen los inciertos anuncios de lo invisible,
suelen atribular a tantas *animas blandulas, va-
gulas*, haciéndolas sentir lo inmediato del hoyo
profundo, esa vida incorruptible del otro lado
del agujero negro, que decía Flaubert.

Dostoievski antes del presidio y Dostoievski
después de la pena representan dos estados de la
literatura rusa y acaso del alma moderna: cuan-
do se vive para la vida exterior, en medio del
tumulto humano, perdido en la ilusoria pro-
babilidad del advenimiento de la justicia, y cuan-
do se adivina en el polvo del camino la huella de
la sandalia del dulce pescador de Galilea y se
busca en un ejemplar conformismo toda razón
de ser; Belinski y Tourguenev fueron de aqué-
llos; Tolstoi y Dostoievski han sido de éstos.

El cristianísimo padre de Yasnaia Poliana no
ocultó su admiración por el Dostoievski de los
días posteriores a Siberia, hacia el hombre re-
bajado al sacrificio de la peor ofensa, tal vez

porque encontraba en él la perfecta simplicidad del Evangelio, única virtud capaz de redimir la humana soberbia. Nada encontraba en la literatura rusa el autor de *Kolstomero* tan edificante como esos consoladores *Recuerdos de la casa de los muertos*, que escribió el novelista dos lustros después de abandonar Siberia. A través de las páginas de ese libro—así lo deseaba Pascal y así lo quería Nietzsche—circula sangre, la sangre de una vida crucificada.

Recordemos ese instante en la vida de Dostoievski, que marca la etapa ejemplar de una existencia y refleja el cuadro sombrío de un pueblo humillado y vilipendiado cien veces.

La exaltación ideológica del liberalismo en Rusia, en los promedios del pasado siglo, aparece como el síntoma de una evolución que comienza a trascender cual una consecuencia de las agitaciones doctrinarias del exterior. Mientras la metafísica hegeliana va cediendo su paso a las preocupaciones materiales y a los problemas sociales, los escritos de los pensadores de las nuevas escuelas dan origen a una activa acción intelectual y despiertan un sentimiento peligroso, que comienza a ganar terreno entre la juventud. Sin embargo, a pesar de que las ideas liberales se difunden más y más, la libertad del pensamiento sufre la doble tiranía de todas las restricciones. Ni el libro, ni la prensa, ni la cátedra son libres y, ¡ay! del que infrinja las disposiciones rigurosas de la censura. Pero la actividad

renovadora no cesa en sus empeños; quienes se consagran al apostolado de las nuevas doctrinas buscan todas las maneras para difundirlas con eficacia, y entre ellos Dostoievski es iniciado por Belinski «en la verdad del universo futuro regenerado y en la santidad de la futura sociedad comunista». Formando parte de círculos activísimos, cuyos miembros comulgaban en un fourierismo ardoroso, se dedica a difundir las teorías del impuesto progresivo de Proudhon y las doctrinas del falansterio del apóstol francés. Antes que un revolucionario era por ese entonces Dostoievski un simple escéptico, que acataba esos propósitos antes por espíritu de camaradería y por novedosa fidelidad a las ideas de Belinski, que por hondas y sólidas convicciones políticas o sociales. Mas, poco observadores y demasiado ingenuos, los afiliados confiaban en que el novelista sería un eficaz vehículo de propaganda en la difusión de sus ideas, entre las cuales la de más inmediata urgencia intentaría la liberación de los siervos. Y fue así como, debido a insospechadas infidencias, se malograron los regeneradores y románticos propósitos del círculo, antes que alcanzara a desplegar una efectiva acción revolucionaria: un día fueron detenidos por la policía y se les condujo inmediatamente a la fortaleza de Pedro y Pablo, donde, durante ocho meses, estuvieron sometidos al régimen celular en la lúgubre mazmorra: «Pensando perpetuamente y solamente pensando, sin recibir ninguna

impresión exterior que permita renovar y mantener el pensamiento, es horrible. Me encontraba como bajo el influjo de una máquina para hacer el vacío de la cual se hubiera sacado todo el aire respirable».

Comienza en la vida de Dostoievski, durante esos ocho meses de presidio, la etapa de su evolución cristiana. Resignado y triste, ya no piensa en sus sueños revolucionarios, sino que se somete a la necesaria determinación de su destino: «Duermo cinco horas de las veinticuatro y despierto cuatro veces durante la noche. El momento pesaroso es el del crepúsculo; aquí se oscurece a las cinco... No me encuentro deprimido. Algunas veces siento que me he acostumbrado a esta existencia; pero, en otras ocasiones, la vida anterior, con todas sus impresiones, irrumpe en mi alma.» De pronto, ya hostigado por el mal que en él va preparando sus crisis, exclama: «Durante la noche mi impresionabilidad se acrecienta: tengo sueños interminables y me parece que el piso vacila frecuentemente bajo mis pies y que me encuentro en un camarote de vapor.»

Al cumplirse los cinco meses de encierro, la resignación ha ganado enteramente su espíritu. En medio de la oscuridad recibe la gracia de su camino de Damasco: «Pensar, pensar siempre, no hacer otra cosa que pensar, sin que nada nos llegue del exterior a entonar y regenerar el espíritu, es terrible.»

Una helada mañana de diciembre, con las pri-

meras luces del día, son conducidos todos los presos a un sitio distante de la fortaleza. ¿Acaso se les prepara la sorpresa de la sentencia absoluta? Pero, ¿y el largo e inútil viaje, con tal frío y esa helada de lobos? La sorpresa no podía ser más trágica y siniestra: se les iba a pasar por las armas. Ante los ojos atónitos de los condenados aparecían veinte banquillos: «Se nos hizo subir al cadalso—refiere Spechnef—y se nos colocó de a dos en fila, nueve en una y once en la otra. Poco después el auditor nos leyó la sentencia.» El sol comenzaba a apuntar en el horizonte; Dostoievski le alcanzó a decir a Spechnef: «No puedo todavía creer que vayamos a morir»; pero Dourov, otro de los condenados, le señaló una gran carreta, que llegaba en esos momentos, tapada con un amplio cobertor: «Son los ataúdes para nosotros.»

Inmediatamente después de leída la sentencia apareció el sacerdote con un crucifijo, mientras a tres de los condenados se les ataba a los banquillos. Un oficial, con su respectivo pelotón, se colocó delante de ellos. Resonó una voz de mando y los fusiles dejaron oír el ruido seco de su mecanismo pronto.

Zagoulaïef, testigo de aquella escena, refiere que Dostoievski conservaba intacta su serenidad; no le vio siquiera palidecer cuando, con paso firme, avanzó hacia el banquillo; una luz extraterrestre comenzaba a iluminar su espíritu, mientras su tranquilidad ante la muerte era la de un

hombre que ya ha hecho su acto de contrición: «Nuestro suplicio nos parecía un martirio absolutamente inmerecido, que nos purificaría y gracias al cual todo nos sería perdonado», iba a escribir más tarde Dostoievski, poco después de trazar aquella página de *El idiota* en la cual, recordando las impresiones que puede sentir un condenado a muerte, dice el Príncipe Muichkin: «¿Quién podrá creer que la naturaleza humana sea capaz de soportar esto sin abismarse en la locura? ¿Por qué esta injuria monstruosa, inútil, superflua? Hay hombres a quienes se les ha leído la sentencia de muerte, y a quienes se les ha dejado sufrir en la espera de esta muerte, y luego se les ha dicho: ¡Anda con Dios! ¡Estás indultado! Ellos podrían referiros sus impresiones. El propio Cristo ha hablado de esta angustia, de este terror.»

Poco después de aquel horrible simulacro de la muerte, con el ánimo aún incierto, en ese helado día de diciembre ruso, Dostoievski le escribe a su hermano una carta, una carta tranquila y triste: «Hoy, 22 de diciembre, se nos ha conducido a la playa Semionovski. Allí se nos leyó la sentencia de muerte, dándonos a besar la cruz, mientras eran quebradas las espadas sobre nuestras cabezas. En fin, se nos ha hecho la postrera *toilette*, camisas blancas. Tres de nuestros camaradas fueron atados a los banquillos, mientras se obligaba a avanzar a los condenados de a tres en tres. Yo era el sexto; por lo

tanto, estaba en la segunda fila. No me quedaban, pues, más que algunos momentos de vida. Me acordé de ti, hermano; de todos los tuyos. Eras tú, tú solo quien embargaba mis pensamientos en aquel instante supremo; entonces, más que nunca, comprendí cuánto te quería, hermano mío.»

El hombre que ha resistido con el corazón entero ese suplicio; que ha visto cara a cara la muerte; que ha tenido un segundo para sopesar la impresión que le reserva el inmediato infinito de la nada, puede explicarse y comprender mejor la evolución decisiva que en el espíritu de Dostoievski cavó una fosa profunda para sepultar toda su vida anterior.

En el momento en que el corazón anheloso de los condenados aguardaba la irreparable hora de ¡fuego!, un pañuelo blanco se agitó en el aire, y la ejecución fue suspendida. Todos renacieron a la esperanza y a la vida, menos uno de ellos, que había perdido la razón: «La sentencia de muerte que se nos había leído era una simple broma. Todos estábamos convencidos que sería ejecutada, y vivimos diez minutos indescribiblemente terribles en la espera del suplicio.»

Conmutada la pena por cuatro años de trabajos forzados, fue conducido Dostoievski a Siberia: llevado a Tobolsk en trineo, tuvo que continuar luego su camino a pie, cargado de cadenas, con una temperatura de cuarenta grados bajo cero. Mientras le concedían un breve des-

canso en esa ciudad, la mujer de un presidiario le obsequió con un Evangelio, el único libro que podían leer los forzados: «Durante cuatro años guardé el mío en la prisión. Lo leí y leí frecuentemente algunas páginas a los otros. En él le enseñé también a leer a un prisionero».

¡Ah, noble, generosa, inexplicable humildad! Jamás, en ningún momento, durante ese tiempo, Dostoievski deja escapar ni una protesta ni una queja. Resignado sufre su injusto martirologio, y ahí está el diario doliente de esos cuatros años, *Los recuerdos de la casa de los muertos*, cuando degradado, confundido entre los peores criminales, convivió la más espantosa miseria física y moral. Libro consolador, libro desgarradoramente humano éste, en cuyas páginas sangra el corazón atribulado del mayor santo laico de todos los calendarios. Escrito con la sencillez descarnada de cuanto concibió el genio de ese hombre, sentimos en sus páginas el calofrío de un nuevo evangelio en la religión del sufrimiento. Jamás interrumpe el hilo de esa narración sin adornos un grito desesperado en medio de las angustias que tiene que soportar o ser testigo. Resignado y fortalecido por el consuelo de su alma, que purifica la expiación lenta y terrible, encuentra en aquel dolor el camino de la verdadera santidad espiritual. Mira en torno y, siempre, en el fondo de las almas abyectas que lo rodean advierte un rayo de luz, una esperanza. Su contacto le descubre esa beata simplicidad que tanto necesitaba

su corazón atribulado. Así este libro doliente, donde la miseria moral estremece hasta las lágrimas, es una obra consoladora, dulce, a pesar de su ingénita amargura. La insospechada realidad de un presidio, vista con simplísima sencillez, en todo el espanto de su brutalidad y degradación, se siente palpar en la vida de todos los condenados, que el novelista va estudiando con piadosa indulgencia, uno a uno, en ese infierno de la desesperación.

En ese medio vivió Dostoievski; ¿cuándo el amor propio de un hombre resistió con tal serenidad mayor humillación y mayor sufrimiento? Para saber de toda la amargura de esa hora es preciso leer las cartas del novelista, recientemente descubiertas, en las que Dostoievski le refiere al eterno confidente de sus angustias, a su hermano Miguel, las emociones de su calvario durante los días de prueba para su pobre vida, vía crucis que soportó sin una queja, con la santa simplicidad del que piensa: ¡Cúmplase tu voluntad, Señor! Con qué sencilla humildad recuerda cómo, al rayar la media noche de Navidad, «me pusieron por vez primera los grillos: pesan diez libras y caminar con ellos resulta muy incómodo... He pasado cuatro años detrás de un muro, saliendo solamente para ser reconducido a los trabajos. El esfuerzo era duro. Me ha ocurrido tener que trabajar, estando rendido ya, durante el mal tiempo, bajo la lluvia, en el barro, o bien durante el frío intolerable del invierno. Una

vez me quedé cuatro horas para ejecutar un trabajo suplementario; hacía un frío de más de cuarenta grados bajo cero; tuve un pie helado... Por lecho teníamos dos tablas desnudas; apenas si nos permitían el uso de un gorro; por tapas, frazadas cortas que dejaban nuestros pies al descubierto; toda la noche dábamos diente con diente... He pasado más de un día en el hospital; he tenido algunas crisis de epilepsia; tengo todavía dolores reumáticos en los pies... Sería demasiado largo decirte lo que ha sido de mi alma y de mis creencias, de mi espíritu y de mi corazón; la meditación constante, en la que huyo de la amarga realidad, no habrá sido inútil; tengo ahora deseos y esperanzas que antes no preveía... Le he enseñado a leer a un joven, Tcherki, enviado a presidio por robo; también le enseñé el ruso. ¡Cuán reconocido me estaba! Otro de los forzados lloraba al dejarme; le di dinero, muy poco, y no cesa de agradecerme... No he perdido mi tiempo; si no he estudiado las cosas de Rusia, conozco el corazón del pueblo ruso; bien pocos pueden conocerlo como yo».

Los que logren imaginar el suplicio de la peor de las cárceles, entregada al más brutal de los regímenes militares, donde la promiscuidad de los más bajos criminales prodiga la expresión de todas las villanías, llegarán a suponer cuál sería el estado de ánimo de Dostoievski, sepultado en Siberia, conviviendo con la más triste de las miserias morales. Junto a un repugnante labriego

lo tártaro, que había asesinado a algunos niños; cerca de un criminal joven, de alma pervertida, que purgaba la muerte de ocho personas; en compañía de un forzado, cuya ocupación favorita consistía en contar los postes de la palizada de la prisión; en la convivencia de la sala común de aquel antro, que cobijaba todas las degradaciones morales, pasó esos terribles cuatro años de vida monótona, trágica y desesperante. Uno de sus camaradas, aquel amigo de juventud, Dourov, no pudo resistir el martirio: llegó siendo aun joven a Siberia y salió de la prisión prematuramente envejecido, enfermo, transformado en una lamentable ruina humana.

Sin embargo, desde aquellos días, Dostoievski estuvo más cerca que nunca de las enseñanzas del Evangelio y del amor del pueblo; desde entonces dejó de creer en la violencia; sólo fue un escéptico de la revolución y un alma que buscaba refugio como el ave herida, bajo el alero cristiano, pero no de esta religión de fariseos y de mercaderes que congregan las sectas, al amparo de un falso cristianismo, sino de aquella plácida doctrina que soñaba Amiel, observadora de las lecciones del Maestro, y «en oposición con el judaísmo y la ortodoxia grosera de nuestras iglesias».

Así, tras aquella época que le enseñó un nuevo camino, Dostoievski sólo creará en la resignación, mientras se acentúa su desprecio por la vanidad de la inteligencia, que pretende rebelarse

contra sus profundas lecciones de la vida. Que el hombre se domine, que ejercite la sabiduría socrática conociéndose a sí mismo; que vea cuanto hay en él de banal y de suficiente en el fondo de su alma, que no pretenda imponerle al pueblo sus ideales ilusorios, sino que se contente con ser digno de su amor y de su confianza.

Los *Recuerdos de la casa de los muertos*, escritos por Dostoievski diez años después de su deportación, constituyó el más saludable de los libros para un régimen vergonzoso: fue tan patético ese cuadro de miseria y de angustia, en el cual las penas corporales renovaban un nuevo aspecto del infierno dantesco, que se abolió casi inmediatamente tal sistema represivo. Pero el libro perdura, y con él la historia siniestra de la página más vergonzosa para la dignidad de un pueblo.

LA ENFERMEDAD

Junto con el primer triunfo literario recibe Dostoievski la advertencia inicial de la enfermedad que atormenta al Príncipe Muichkin en *El idiota*. Sensitivo, fácilmente impresionable, sus nervios comienzan a dejarle presentir la tortura cerebral que, bien pronto, se acentúa en sucesivas crisis epilépticas, causantes de esa predisposición melancólica, de su mórbida emotividad.

¿Qué extraña lesión del sistema nervioso o qué antecedente ancestral pudo exacerbar sus perturbaciones orgánicas? ¿Cómo llegó a perder su dominio ese cerebro tan potente? ¿Qué ignorada decadencia física precipitó en él esa irritabilidad característica del diabólico mal?

La predisposición de un estado epiléptico explica claramente en Dostoievski su impresionabilidad nerviosa, sus accesos coléricos, su carácter violento, propenso a ofuscaciones frecuentes. Los biógrafos no han insistido en los antecedentes patológicos de la familia del novelista, en los que, acaso, cabría encontrar la justificación de su mal. ¿No basta, a veces, el simple carácter neuropático de una enfermedad corriente para explicar el origen de un estado epiléptico? ¿Quién puede asegurar que entre sus antepasados no cuente a un gotoso, a un diabético, a un alcohólico, a un tuberculoso o a un reumático? Cualquiera de estas circunstancias hereditarias suelen ser suficiente razón explicatoria en un caso de irritabilidad nerviosa: un estado mórbido puede tener su origen en cualquiera perturbación histerica. La degeneración nerviosa en Dostoievski, ¿no lograría ser explicada según los antecedentes de esas anomalías que se originan ya en una unión con visibles diferencias de edades entre los padres, en tal o cual aberración sexual, en una irregularidad nutritiva, en una sífilis congénita? Agregad a todas estas posibilidades una hipocondría rebelde y el acicate de una imagina-

ción siempre en actividad, y posiblemente tendremos una aproximación explicativa del mal que el novelista hizo compartir a muchos de los personajes de sus novelas porque él fue el primero en sufrirlo.

Dostoievski conoció en hora temprana el alcance y la profundidad de su mal; anheloso buscaba en la lectura de los libros de medicina una explicación a cuanto presentía con rara clarividencia. Pronto esa preocupación fue obsesora, llegando a constituir un torcedor para su ánimo y su tranquilidad: «¿Cuándo se cambiará todo esto?, exclama. ¿Cuándo terminará todo esto?»

¿Qué extraña influencia ejerce sobre la sensibilidad la epilepsia, el mal sagrado que los orientales temían como la mística predisposición para lo sobrenatural, como una razón explicativa de las facultades proféticas? «En Dostoievski —advierte Merejkovski— las crisis epilépticas constituían como derrumbes terribles, tras los cuales irradiaban torrentes de luz y se abrían ventanas inesperadas hacia el más allá». El propio novelista escribía que «muy a menudo algo se desgarraba ante mis ojos; una extraordinaria luz interior alumbraba mi alma»; y Strakhov ¿no recuerda que Dostoievski decía que, antes de sus crisis, tenía minutos de adivinación infinita?

Tal vez el carácter del novelista reconoce un antecedente esencial en su enfermedad: el humor caprichoso; ese estado hipocondríaco que, en *El eterno marido*, estudió magistralmente; la odiosi-

dad hacia personas conocidas, valga el caso del crítico Bielinski; sus mutismos misantrópicos; el ánimo temeroso; los miedos incontenidos, y todo ese estado, en fin, que, como un reflejo, encontramos en los personajes de sus novelas, no hacen sino justificar un raro don de anormalidad genial, que acaso sólo resulta explicable según una rara predisposición anormal, que afina el sistema nervioso e incendia el cerebro en extraño e incomprensido fuego: «Mi razón se turba, me asaltan a menudo momentos de delirio», ha dicho el novelista en alguna de sus cartas.

¿Quién ha logrado analizar la influencia que esa crisis pudo tener en la lucidez milagrosa con que Dostoievski penetró en el secreto de las almas? Un médico, el doctor Tchij, ¿no advertía en el estado mórbido del novelista la explicación de su lucidez para estudiar los casos patológicos de sus personajes? Y no sólo a los héroes de sus libros, sino que también en sus cartas, la preocupación de la epilepsia y de sus consecuencias reflejas constituyen una obsesión cruel en Dostoievski: día tras día recuerda en su correspondencia que la crisis le destroza física y moralmente, que le perturba su espíritu, que le suele tener hasta cuatro días, después de un ataque, sin recobrar el dominio de sus ideas.

Es el estigma del antiguo mal, que atormentó como un dogal su infancia y su adolescencia, cuando sólo se dejaba anunciar en extrañas crisis nerviosas, en alucinaciones frecuentes. ¿No re-

cordaba él mismo haber huído cierto día en el campo, creyendo haber visto un lobo? ¿No tuvo, siendo muy joven, una extinción de la voz, provocada por una laringitis de carácter nervioso, que son frecuentes en los epilépticos? Siendo ya mozo, y poco después de abandonar la escuela de ingenieros, ¿no le sobresaltaron violentas palpitaciones cardíacas que, decía, «puede ser que me cure definitivamente con el agua fría, según el método de Prsnitz»? Sus dolores al pecho, sus hemorroides, las fiebres durante las noches, los enflaquecimientos repentinos, los accesos de cólera, la palidez continua, los sobresaltos nocturnos, el automatismo deambulatorio, ¿qué son sino testimonios claros del mal que atormentará su vida?

Por lo demás, nadie mejor que el propio novelista ha estudiado su enfermedad, proyectada en las anomalías de sus personajes y, particularmente, en el Príncipe Muichkin de *El idiota*: «El Príncipe conservó un recuerdo muy neto del comienzo, de las primeras quejas que se escaparon espontáneamente de su pecho y que todos sus esfuerzos hubieran pretendido en vano contener. Luego la conciencia se perdió en él... En este momento el rostro y, sobre todo, la mirada se deforman. Las convulsiones y los escalofríos contraen todo el cuerpo y todos los rasgos fisonómicos. Un clamor terrible, inimaginable, que a nada puede ser comparado, se escapa del pecho; se dijera que este grito hubiera perdido todo

carácter humano; y resulta imposible, o por lo menos muy difícil, para el testigo imaginarse o pensar que es un hombre quien ruge así. Parece que se oculta otro ser en este hombre y que es ese quien grita.»

La epilepsia le permitió sentir y conocer perfectamente a Dostoievski todos esos estados ve-sánicos, que tan amargamente describe en sus personajes, anticipando la más completa y variada experiencia de casos para el estudio de la patología nerviosa.

Como advierte con razón Schestov, todos los héroes dostoievskianos tienen desequilibrios que les inducen a extremos justificadores de la evidencia de una anormalidad fundamental. Misántropos, hipocondríacos, terribles neurasténicos, sus estados de alma no son más que reflejos de la personalidad del novelista, desdoblamientos de esa vida interior crucificada por los clavos de todas las amarguras. Es el propio Fedor Michailovitch, el caballero del buen sufrimiento, el alma traspasada por las siete espadas y redimida por las siete virtudes teologales; el mismo que justifica la soledad triste del enamorado de Nastenka, la dulce heroína de ese poema admirable que se titula *Las noches blancas*; el mismo que explica la angustia espantable de Raskolnikov, la hipocondría siniestra de Veltchaninov, las alucinaciones de Karamazov, el terrible mal del Príncipe Muichkin, la resignación admirable de Vania, el vía crucis del presidiario que sobrelleva

su castigo en Siberia, la mansedumbre del bueno y evangélico Chatov, la abnegación heroica de Dievouchkin y hasta las angustias del preceptor Ivanovitch.

Todos son incorregibles solitarios, enfermos de esa soledad que circunda el alma de un cerco de zarzas ardientes y consume la razón en el incendio del propio análisis. Raskolnikov, Muichkin, Vania, hostigados por constante hiperestesia, sobrellevan la tortura de la inteligencia como el símbolo de Baudelaire cargaba con el peso de su quimera. Ronda cerca de ellos la locura en los momentos en que la crisis de la inteligencia ilumina sus caminos con la extraña luz de la vida superior. Soñadores de lo irremisible, extraños iluminados en medio de la vida baja y vulgar, andan solos por los anchos caminos del mundo, consumiéndose a medida que arrojan luz sobre la entenebrecida existencia cotidiana. Aislados en su superioridad moral, tienen que soportar la terrible soledad de Dios en medio de su perfección engañosa. Ellos dan y nadie les da nada a ellos; ellos alumbran y de ninguno reciben luz; eternamente solitarios, como el trágico ideólogo de Sils María, aquel genial Federico Nietzsche que, en fuerza de sentir consumirse cada día un eslabón de su inteligencia, acabó por perderse en el reino de la locura; o como el autor de *El cuervo*, ese atormentado Edgard Pöe, que se daba a pensar en el destino del hombre dotado, para su desgracia, de una

inteligencia superior a la de su raza, que tuviera conciencia de su superioridad hasta acabar por ser tachado de loco, porque «el genio es el pariente más cercano de la locura».

RASKOLNIKOV Y MUICHKIN

Los personajes dostoievskianos aparecen determinados por una verdad profunda, que circunscribe la acción de sus existencias a un sacrificio, al renunciamiento de toda posibilidad de goce personal; como nunca disfrutaron de libertad, viven atados por esas cadenas invisibles que traban la expansión de sus espíritus. ¿Acaso las prodigiosas intuiciones del Príncipe Muichkin no son más que un anuncio de la crisis epiléptica? ¿No busca su perdición cuando cree liberarse el sombrío Raskolnikov? Y el solitario Devouchkin, ¿no persigue la felicidad para sentir luego más tétrico el vacío de su vida malograda?

A medida que avanzamos en la lectura de Dostoievski, la complejidad de sus personajes se acentúa en la enigmática expresión de sus caracteres. Todos ellos llevan en sí un problema, que suele generalizarse en dolorosos símbolos o reducirse a una anomalía conmovedora. Las ideas se encarnan en ellos como una fuerza elocuente: es la acción que prescinde de lo abstracto, porque arranca y se sustenta sobre la humilde realidad necesaria. La lógica que deter-

mina sus actos no es más que el oscuro antecedente de todos los sentimientos que concurren en la personalidad, en el nebuloso mundo de la conciencia, lo «subterráneo», que para ellos puede ser, acaso, el único mundo real, diverso del cotidiano equilibrio mental, de la conciencia común. Schestov ha recordado a Aristóteles cuando decía que el hombre que no siente la necesidad de las personas será dios o bestia salvaje; y Dostoievski, en cierta manera, participa de este aserto: buscó siempre el camino solitario, distante, ausente de la comunidad rebajadora: «Necesito mi tranquilidad. ¿Ignoras que, para no ser inoportuno, yo vendería inmediatamente el universo entero por un kopeck?» Lejos de todo contacto, del general consentimiento, el novelista sentíase libre: «¡Yo estoy solo, y ellos son todos!» Su inmenso aislamiento mueve a pensar en el de aquel héroe de Ibsen, perdido en el mundo de sus ideas, solo, absolutamente solo entre la multitudinaria uniformidad de los hombres. A imagen y semejanza suya, los héroes dostoiévskianos viven perdidos en el terrible aislamiento de su conciencia personalísima: son ideas animadas en la realidad, símbolos que representan superaciones ideales: la personalidad humana es libre y lógicamente responsable; ¿puede concebirse un hombre positivamente bueno?; las ideas materialistas y el ateísmo conducen al suicidio; al perfeccionamiento individual sólo pode-

mos llegar por el renunciamiento y el sacrificio de nosotros mismos.

Durante los años más críticos de su atormentada existencia, mientras le han suspendido el periódico que le permite vivir, cuando las deudas ya le estrangulan y su hermano, su esposa y su mejor amigo han muerto, en las horas en que la soledad y la pobreza comienzan a desesperarle, Dostoievski piensa acaso en Pascal, cuando, al escribir *Los hermanos Karamazov*, pone en labios de Dimitri estas palabras: «En medio de los dolores, yo soy; cuando la tortura me crispera, yo soy; me encuentro atado al banquillo, pero existo; veo el sol y, si no logro verlo, sé que existe; y saber que existe el sol, es toda la vida.» El novelista afirma su conciencia de ser creando siempre, ideando las grandes novelas que van a quedar entre las mejores creaciones de todos los tiempos: *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los endemoniados*, *Los hermanos Karamazov*.

*

* *

Después de los días en Siberia, en horas de tranquilo fervor cristiano, acaso con los ojos puestos una vez más en el Evangelio, escribe Dostoievski un libro desolado, genial, desarrollando en él el más audaz y el más novedoso de los procesos psicológicos. He aquí un tipo ruso peculiar, ese Raskolnikov, nihilista autoritario, que

espera ser un dominador de la vida, capaz de contravenir las leyes sociales e imponer un nuevo criterio de justicia. Se rebela, se exalta, movido por su orgullo, para caer desde más alto, pagando con la más cara expiación lo inútil de su vanidad.

Nunca como en este caso trató Dostoievski algo que tocara más hondo en sus convicciones. Él, que había pertenecido a los círculos revolucionarios, pudo conocer familiarmente ese tipo del estudiante, del intelectual nihilista, que endiosa sus doctrinas prescindiendo de las inesperadas lecciones con que suele contrariar la lógica de lo invisible. Hay almas que necesitan, que deben purificarse; una de éstas es la de Raskolnikov, a quien sólo el castigo mostrará el camino del sufrimiento. ¿Acaso la expiación no es necesaria? Debemos sufrir para redimirnos, abatiendo el orgullo ante el dolor consolador. Cuando Raskolnikov, obsesionado por su inútil crimen, se desespera ante la voz de la conciencia, cae de rodillas a los pies de Sonia, la pobre meretriz, exclamando: «No es ante ti ante quien me prosterno; es solamente ante el dolor humano.»

Triste y generoso, con el alma a flor de labios y un deseo incontenido de ayudar a sus semejantes; perdido en la inactividad de su pobreza; sin poder siquiera estudiar por falta de medios; entregado al abandono que le brinda su misérrima bohardilla, donde las noches son eternas porque carece hasta de la luz de un candil para alum-

brarse, Raskolnikov se convierte en un hipocondríaco solitario, a quien confunde la desgracia que le rodea, imagen de la humanidad doliente: el borracho degradado, la joven que se prostituye para alimentar a sus hermanos, la viuda tuberculosa cargada de hijos. Nunca hará nada, jamás podrá realizar algo útil, porque ni siquiera su miseria le permite estudiar. Sobre la mesa de trabajo yacen los libros, cubiertos de polvo, muertos para su atención. Más hipocondríaco que nunca, a causa de su soledad y de su miseria, se desvive consumido por la incertidumbre de su destino. Un estudiante le ha dado la dirección de la usurera Alena Ivanova, y él piensa que tiene algo que poder empeñar, un viejo reloj de plata y un anillo de oro. Raskolnikov llega hasta su casa y, después de recibir los billetes que le entrega la anciana, se detiene en un figón para tomar una taza de te. En una mesa vecina a la suya un estudiante conversa con un oficial; de pronto la charla recae sobre la usurera, y aquél le dice a éste: «De una parte una vieja enfermiza, ignorante, estúpida, mala; un ser inútil para todos, más bien perjudicial, que ignora por qué vive y que morirá cualquier día de muerte natural... Por otra parte ¡tantas fuerzas juveniles, frescas, que se malogran por falta de sustento, a millones, en todas partes! ¡Qué centenares de obras útiles, que se podrían crear o mejorar con el dinero que ha de legar esta vieja a un monasterio! ¡Qué centenares o millones de

existencias que se podrían encaminar por buenos senderos, cuántas familias que podrían ser arrancadas a la miseria, a la disolución, a la ruina, a los hospitales: y todo esto con el dinero de esa vieja! Que se la mate y que se entregue su fortuna para el bien de la humanidad. ¿Crees tú que ese crimen—si es que se puede considerar como crimen—no estará largamente compensado con los millares de buenas acciones que se realizarían? A costa de una sola vida, millones de vidas salvadas; por una persona suprimida, cien vidas devueltas a la existencia. ¡Es una simple cuestión aritmética! ¿Y qué puede pesar en las balanzas sociales la vida de una mujer paralítica, ignorante y mala? No más que un grano de arena o un escarabajo; agregaré más aún, porque esta vieja es algo fatídica, que es como una calamidad para sus semejantes.»

Raskolnikov cavila y luego recuerda a su anciana madre viviendo de una escasa pensión, que acrecenta con la costura, mientras se destroza los ojos cansados; no olvida a su pobre hermana, que está a punto de contraer matrimonio con un miserable adinerado, a fin de asegurarle una vejez tranquila a su madre y a su hermano un modesto pasar, para que termine sus estudios. Entonces Raskolnikov se desespera, llegando a justificar el crimen si puede traducirse en un beneficio social. ¿Acaso Mahomet y Napoleón, piensa él, no fueron criminales, grandes

destructores, que sobre las ruinas de antiguas leyes concibieron códigos nuevos?!

Nunca Zola, ni acaso D'Annunzio en *El inocente*, alcanzaron igual maestría estudiando la psicología de un criminal. Es preciso seguir paso a paso el proceso volitivo de Raskolnikov, sus inquietudes, sus vacilaciones, para conocer la agudeza del análisis en el novelista y su rara genialidad adivinadora. Observemos a Raskolnikov realizando todos los preparativos en su cuarto: mientras va a recoger el hacha en la cocina, piensa por qué razón todos los criminales son descubiertos, y se contesta que, a causa de una disminución en la voluntad y de una perturbación en el entendimiento, que mueven a obrar con infantil imprevisión, con imprudente ligereza en los momentos en que sólo la prudencia puede constituir un camino salvador. Cuando Raskolnikov va por la calle, en dirección a casa de la usurera, procura no mirar a los transeuntes, a fin de no despertar sospechas; reflexiona en todo lo que encuentra en su camino: cosas, personas, edificios. Pronto asciende la escalera; toca el hacha que oculta bajo el abrigo; piensa si estará más pálido; quiere aguardar un instante para contener el aliento; oprime con precaución el timbre de la puerta, para que su nerviosidad no le denuncie; una debilidad terrible lo invade, mientras la cabeza le da vueltas. Un hachazo, un grito apagado; luego dos brutales golpes más, y la anciana queda exánime. Ya Raskolnikov ha re-

cobrado todas sus fuerzas y está en plena posesión de su inteligencia; pero sus manos tiemblan febrilmente. Ahora pasa al dormitorio y, luego, obsesionado por la idea de no haber rematado bien a su víctima, va a observar el cadáver, que yace en un charco de sangre, con el cráneo destrozado. Nuevamente vuelve al dormitorio, abre un pequeño cofre, busca afanosamente en él, mientras el ruido de pasos y algunos gemidos ahogados le mueven a retornar al dormitorio. Allí está Isabel, la hermana de la usurera, contra la cual enarbola el hacha sangrienta. En vano su víctima quiere gritar, porque sus labios no articulan una palabra; su rostro, su boca, sus ojos suplican con la expresión de los niños aterrorizados. Cubre la cabeza con sus manos, en maquinal e inconsciente actitud de defensa, hasta que el arma se abate sobre ella partiéndole el cráneo.

El doble crimen está consumado: Raskolnikov tiembla, quiere huir lo más pronto posible, no atina a robar, presta el oído atento a los rumores imperceptibles, se desespera en vano, casi enloquecido de terror. ¿Por qué ha matado inútilmente? ¿Para qué se ha teñido las manos con sangre? ¿Una vez más Caín, enemigo de tus semejantes? Y he aquí que la obsesión comienza a constituir una implacable pesadilla para Raskolnikov: se siente solo, incapaz de comunicarse con nadie, aniquilado, loco de desesperación. Quiere revelar su secreto, discutir si ha obrado con justicia, y no hace sino caer más

hondo en la noche de su desesperación, llegando a pensar en el suicidio. Se imagina que alguien conoce su crimen y, entonces, se acerca a los policías, se hace amigo de ellos, sosteniendo largas pláticas. Y en ese limbo espantable de su preocupación, sólo encuentra un derivativo en la pobre prostituta Sonia, cuya ternura es un reguero de luz. A ella, sólo a ella le confiesa el crimen Raskolnikov, y es ella, alma audaz y generosa, quien le aconseja se entregue a la justicia: «Aceptar el sufrimiento, purificarse por el sufrimiento; he ahí lo que se debe hacer». Y así, en la expiación, aquellas dos almas aguardan el momento que las libere de las cadenas invisibles: Sonia obliga a Raskolnikov a confesar su delito, y cuando le habla de su crimen, el estudiante se rebela: ¿qué crimen? ¿Haber muerto a un ser dañino y vil, a una vieja usurera que no sería útil a nadie? Pero tú has derramado sangre, exclama Sonia, y él le responde: «Una sangre que todos derraman, que siempre ha sido derramada, que siempre se derramará sobre la tierra como una catarata, y por la cual se corona en el Capitolio a hombres a quienes se les llama luego bienhechores de la humanidad.»

Raskolnikov ya no vacila: se entrega a la justicia, mientras la dulce niña le sigue a Siberia, donde le va a resucitar a la vida mediante el amor: «El amor los iba a regenerar; el corazón de uno guardaba una fuente inextinguible de vida para el corazón del otro». Con santa humil-

dad aguardarán los siete años del castigo, mientras el Evangelio les enseña el camino de la resurrección: en esas páginas le lee Sonia el milagro de Lázaro.

Y Dostoievski termina su novela con estas palabras: «Pero aquí comienza una segunda historia, la historia de la lenta renovación de un hombre, de su regeneración progresiva, de su gradual pasaje de un mundo a otro.»

¿Acaso Dostoievski alcanzó a leer a Nietzsche? No parece probable, pues aun no apuntaban por ese entonces los primeros anuncios de sus grandes libros. Sin embargo, hay cierto claro paralelismo entre las ideas del estudiante, y sobre todo en las que Dostoievski iba a sostener más tarde en su *Diario de un escritor*, con las del ideólogo tudesco. ¿No hablaba el novelista de los conservadores, que deben servir para que surjan los hombres extraordinarios, los violadores de todas las leyes, que trazan nuevos caminos? Si en realidad no alcanzó a leer al ideólogo de *Aurora*, ¿no podría contársele entre los verdaderos precursores de Nietzsche, como lo ha sido de todos los investigadores de la psicopatología del delito? ¿Cuándo un novelista logró estudiar con la exactitud y claridad con que lo hizo Dostoievski el proceso de una perturbación fundamental? La simple observación directa y su genialidad intuitiva, le llevaron a crear, casi medio siglo antes del advenimiento de Lombroso, la verdadera psicología crimino-

lógica, con el estudio del delincuente de obsesión homicida, que va desde las ideas fijas hasta la parálisis de la voluntad.

Raskolnikov es la antítesis del Príncipe Muichkin de *El idiota*, acaso la creación más pura y más perfecta de toda la literatura rusa, el alma más consecuente y conmovedora. Los personajes de Dostoievski casi siempre, como lo observa Schestov, tienen desequilibrios fundamentales; sin embargo, en Muichkin la inteligencia es un don de equilibrada claridad. Sufre acaso ataques de epilepsia, pero el mal no perturba su cerebro, sino que lo torna excepcionalmente lúcido y sagaz. Mas le falta algo para ser un hombre normal: el amor propio. Como no se ama a sí mismo, como su persona no le preocupa jamás, carece de todo orgullo y de toda vanidad. Sólo Cristo pudo ser superior a él, pero si el Nazareno ignoraba todo amor propio, defendía en cambio la esencia divina de su alma única.

Él quiere ignorar la delicadeza de su espíritu y de su cuerpo: sólo sabe amar a los demás; su abnegación es la santa y perfecta abnegación, y ella será la causa de que, para todos, el insólito caso de su bondad merezca el epíteto despectivo de ¡idiota! Nunca pudo sentirse herido el Príncipe ante esa ofensa, porque acaso llegó a creer que, en realidad, era un idiota; de tal manera carecía del orgullo de sí mismo, y de tal modo era incapaz de preocuparse de sus propios actos.

Siempre se impuso su corazón sobre el cerebro y, como Cristo, jamás tuvo amor de predilección. ¡Amaba a todos demasiado para concentrar su afecto particularmente empequeñeciéndolo! Anastasia le atrajo por su desgracia antes que por su amor, y la fría Aglaé le sedujo con el milagro de su belleza. Para Muichkin el amor era un sentimiento que excluía toda sensualidad. La materia aparecíasele como inexistente y sólo amaba la belleza en su pura idealidad, con la reverencia que se prodiga a una religión; tal vez por frágil, por espiritual, porque tiene un alma infantil que seduce como la inocencia de un niño.

Más que en los sentimientos de Dievouchkin, en los recuerdos de Vania y en las ideas de Ras-kolnikov, encontramos en el Príncipe la verdadera autobiografía sentimental del novelista: la imagen y la realidad del hombre fundamentalmente bueno, como sólo pudo serlo el grande e inocente Fedor Michailovich. Hay en esa bondad un sentimiento único e incomparable de perfección: cuando el insulto le hiere, Muichkin sonríe; si le befan, responde con palabras dulces; entre las almas oscuras, se destaca con los resplandores de una estrella; cuando le humillan y le ofenden, sólo sabe perdonar. ¡Qué bondad tan pura y qué pureza tan buena es la suya! Mientras sus pupilas van recogiendo todo el asombro de la vida, que en torno suyo se enturbia y se entenebrece con la mala levadura

de las pasiones humanas, su corazón está de par en par abierto a cuantos le buscan. Si en la casa de Vania, esa pobre alma de perdición, llama a la puerta, la hermosa Anastasia se adelanta a abrir y, cuando él se queda extático ante el deslumbramiento de su incomparable belleza, ella le confunde con el criado torpe, que no acierta a quitar el abrigo de su cuerpo, insultándole y ofendiéndole, mientras él sonríe, sonríe dulce y tristemente. Al cebarse la desgracia en la pobre muchacha pecadora, que persigue la saña inconsciente de los niños y el odio de cuantos, ante los ojos de Cristo, no hubieran podido arrojar la primera piedra, el Príncipe le tiende la mano para brindarle su apoyo y su defensa.

He ahí al idiota, el más bello y el más puro de los caracteres sentidos por Dostoievski y, acaso, el personaje más interesante imaginado jamás por un novelista, junto a cuya alma resplandeciente se consumen y se apagan los sentimientos mezquinos, las acciones viles, el odio y la venganza, como si estuvieran ante el resplandor de una luz demasiado viva.

LA CARICATURA DEL NIHILISMO

Cuando el renunciamiento a toda actividad le había movido a aceptar la resignación de su destino, en una de las horas más tristes de su vida, Dostoievski terminó *Los endemoniados*, li-

bro agrio, desigual, colérico. Una vez más, como en el caso de *Crimen y castigo*, quiso señalar el dedo de Dios, la lógica inmanente de lo invisible, que castiga implacable después de humillar todo orgullo, a fin de conducir el alma hacia la senda de la expiación. El antiguo revolucionario, que estuvo en Siberia, no era más que el humilde arrepentido.

Ya Tourgenev, en una de sus mejores novelas, *Padres e hijos*, había escrito el libro de aquella hora trágica que agitó a Rusia a promedios del pasado siglo: el autor de *Humo* hizo sentir el medio nihilista y trazó, con verosímiles y más piadosos colores, lo que en Dostoievski se proyecta sobre el negro profundo de la tragedia caricaturesca: el Bazarov de *Padres e hijos*, desesperado, envenenándose la sangre en el cadáver de un tifoso, resulta aún amable cerca del Verkhovenski dostoievskiano, que encarna bajos sentimientos, porque el novelista apagó en él toda necesaria idealidad, que hubiera podido salvarlo de la abyección de su egoísmo.

Pero ¿quiénes son y dónde están esos endemoniados? Para Dostoievski no son otros que los nihilistas, los destructores de un orden que no podrán reemplazar; poseídos por el furor diabólico de exterminar; enemigos de la sociedad, que nunca han comprendido, pues no han llegado a conocerla; dominados por la bestia apocalíptica que duerme en ellos y que sólo

se despertará encendida por la demencia del furor demagógico.

Libro escéptico éste, libro cruel, libro amargo, que, a pesar de sus incoherencias folletinescas, deja sentir la garra del león en el novelista. Nunca pudo concebirse una obra peor intencionada contra la noble causa de la juventud liberal rusa, porque Dostoievski hizo en ella la caricatura épica de la revolución. Los que temían la organización terrorista de las sectas secretas, encontraron en las páginas de *Los endemoniados* un desmentido consolador para su cobardía: más que asociaciones siniestras aprendieron a conocer en la novela sólo caracteres tétricos, poseídos por utopías que no tienen más defensa que la de ser sostenidas por ilusos obstinados, capaces del heroísmo y del sacrificio... Los que ignoraban la verdad de las asociaciones revolucionarias, pudieron ilusionarse con la verosimilitud de aquella caricatura trágico-cómica. Dostoievski, situado ya en su posición conservadora de buen tradicionalista, ganado a la causa de los credos esclavófilos, quiso hacer la parodia del movimiento revolucionario del año 60, ridiculizando las tentativas de la juventud intelectual para organizar grupos opositores contra el régimen despótico del zarismo. En realidad, toda esta novela no es más que una grotesca deformación del proceso Nechaevski, que se ventiló en la Corte Suprema de Petrogrado el año 71. El grupo de conspiradores que el novelista pre-

senta bajo un aspecto ridículo, sin idealidad ni espíritu de sacrificio, y sólo obedeciendo a un jefe, *sans foi ni loi*, que aparece proyectado en este libro, en el que, por vez primera, Dostoievski olvidó la virtud del perdón, que antes aprendiera en el Evangelio, estaba constituido por estudiantes, escritores, ideólogos como Tkachov, redactor del periódico revolucionario *Alarma*; Prijov, autor del libro *Historias de las cantinas en Rusia*, o sea de la antigua institución oficial que hasta el siglo XIX tuvo su legislación especial; Ivanoff, estudiante de medicina, que traicionó al grupo y que corresponde al Chotov de la novela; Nicolaev, Cherkesov, para no citar más que a algunos de entre ellos, todos gente de prestigio, que sobrellevaron su prisión en Siberia con digna entereza.

En el jefe de su imaginario grupo nihilista, Dostoievski quiso ridiculizar al nobilísimo Sergei Nechaev, estudiante de medicina y cabecilla del proceso, joven de claro talento, honrado, bueno, a quien movió la más desinteresada de las ideas y el más digno de los fines. Cuando la policía detuvo a varios miembros de su grupo, él alcanzó a huir a Suiza, donde vivió consagrado por entero a la difusión de sus ideas, en los periódicos rusos. Poco después de la muerte del pensador Herzen, Nechaev publicó *La Campana*, y *Comunidad*, semanarios en los cuales aparecían artículos de Bakunin, de Ogarev y suyos. Sin embargo, a pesar de su labor tranquila y gra-

cias a las gestiones de la diplomacia rusa, que acumuló documentos falsos en contra del estudiante, haciéndosele pasar como un homicida vulgar, fue entregado vergonzosamente por las autoridades suizas a los agentes secretos de la policía rusa. Condenado por la Corte de Moscú a veinte años de trabajos forzados, Nechaev fue encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde vivió dos lustros, perdido en un calabozo solitario. Con entereza heroica, con fe apostólica nunca desmayada, se dedicó a propagar entre los sesenta soldados de la guardia sus ideas hasta el punto que al entrar en comunicación, a fines del año 80, con las organizaciones revolucionarias de Petrogrado, todos estaban listos para servirle, por intermedio de sus mujeres, a fin de ayudarle a escapar de la fortaleza. Mas he aquí que, cuando estaba pronto para intentar la fuga, el comité revolucionario de la metrópoli le comunicó a Nechaev que tenía todo preparado para efectuar el asesinato del zar Alejandro II, pero que podría suspenderse para salvarle de la prisión, cosa que él rechazó terminantemente, negándose a intentar su fuga, porque ello habría podido malograr una empresa mucho más importante que su libertad.

Después del atentado, una época de implacable terror enajenó a la policía rusa y a todas las autoridades, que acaso trataban de vengar la muerte de Alejandro II entre cuantos aparecían como sospechosos de participar en los círculos

revolucionarios. Así la guardia de la fortaleza fue suspendida y luego condenada al destierro, y Nechaev encerrado en un calabozo siniestro donde, después de ser atormentado diaria y bárbaramente, murió consumido por la tuberculosis. Y he ahí la realidad que Dostoievski aprovechó para su novela, convirtiendo en caricatura el recuerdo nobilísimo del abnegado Nechaev. En ninguna de sus obras, ni al trazar el retrato de sus personajes más grotescos, siempre en el fondo dolorosamente humanos, así Gabriel Ardalionovitch, Verguinski, Foma Fomich, imaginó un tipo tan cruelmente irónico, en su trascendental carácter trágico, como el caudillo Stepan Trophimovitch Verkhovenski. Algo hay en él del ilustre Pacheco, el del inmenso talento, de Eça de Queiroz, y no poco del Homais y del Tribulat Bonhomet de Flaubert y de Villiers de L'Isle Adam. Como ellos, Verkhovenski era un corifeo de las ideas liberales y del materialismo científico, y, aunque en realidad nadie preocupábase de su humanidad, él creía que se le vigilaba porque se le temía, que «todos sus pasos estaban contados, todas sus acciones espiadas, y que cada nuevo gobernador enviado a nuestra provincia llegaba de Petersburgo con instrucciones precisas concernientes a su persona». Vuelto a su provincia, tras un viaje por Europa, pasó a ocupar una cátedra en la enseñanza superior, dando algunas lecciones sobre los árabes y sosteniendo con brillo una tesis sobre la im-

portancia cívica y hanseática que hubiera podido tener la pequeña ciudad alemana de Hanau, entre los años 1413 y 1428, y sobre las causas desconocidas que le impidieron alcanzar tal importancia. Además, Verkhovenski escribió un poema simbólico; viajó nuevamente por Europa, asistiendo en Berlín a las bibliotecas para tomar notas, y participó de la camaradería en los círculos de la juventud, en cuyas veladas, junto con gustar de la buena música, se soñaba con la renovación de la humanidad.

Entre los endemoniados, y en medio de ese pequeño mundo de la burguesía rusa de provincias, el caudillo se destaca con los relieves de una intencionada caricatura: ante el perturbado Chigaleff, que sueña con partir de la libertad ilimitada, yendo hasta el despotismo ilimitado, para reducir una parte de la humanidad a la esclavitud de la otra, Verkhovenski casi parece un hombre sensato. En medio del círculo, él representa la acción clara, la decisión enérgica, contra la retórica fácil: «debéis elegir, les dice a sus adeptos, entre el método lento que consiste en escribir novelas sociales y en ordenar los destinos de la humanidad a mil años de plazo, mientras la tiranía da cuenta de todo; o bien aceptáis la solución inmediata que permitirá a la humanidad organizarse socialmente, no en el papel, sino en la realidad». «Se hace mucho ruido a propósito de los cien millones de cabezas; eso no pasa de ser, acaso, más que

una metáfora; pero ¿por qué retroceder ante este programa si, mientras se tarda confiado en los sueños de los emborronadores de papel, se permite que el despotismo devore, en algunos centenares de años, no sólo cien millones de cabezas, sino quinientos millones?» Verkhovenski es un revolucionario que trata de violentar las teorías para dominar la realidad. Los apóstoles como Chigaleff serán para él mejores adeptos que los libros de Fourier o Proudhon: el caudillo acepta sus ideas, sobre todo su audaz doctrina de la esclavitud igualitaria, que sacrifica a las inteligencias superiores, capaces de entronizarse en el poder: «Cortarle la lengua a Cicerón, reventarle los ojos a Copérnico, lapidar a Shakespeare; he ahí el chigalefismo.» Abajo la instrucción y la ciencia: es preciso organizar la sumisión; la sed del estudio constituye un afán aristocrático; con la familia o el amor aparece el deseo de la propiedad; después de las convulsiones del desorden, de la esclavitud, de la embriaguez, se entregará el mundo al Papa: «Que salga, con los pies desnudos, de su palacio; que se muestre al pueblo diciendo: ¡He aquí a lo que se me ha reducido!, y todos, hasta el ejército, se prosternarán a sus pies. El Papa en alto, nosotros rodeándole, y por sobre todos nosotros el chigalefismo».

¿Acaso se puede imaginar mayor sarcasmo para ridiculizar toda la acción revolucionaria de la juventud rusa? Movidio por el odio y des-

corazonado en su fe por el mejoramiento del pueblo, según los anhelos de los apóstoles del socialismo, Dostoievski no se midió al extremar el tono en los colores de ese sombrío y burlesco cuadro que trazaba de Rusia. ¿Acaso no es digno de respeto el sacrificio de todo ese apostolado silencioso, que en cien ocasiones pagó con sus vidas la aventura de contribuir al advenimiento de la justicia en el pueblo ruso, envilecido en su ignorancia y en su servidumbre de siglos? Tal vez abundaron los falsos apóstoles, los especuladores del pueblo, los malos pastores de las buenas doctrinas; y tal vez el novelista llegó a conocerlos en las veladas del círculo Petrachevski, que él pagó con el suplicio de cuatro años de presidio en Siberia; pero ¿acaso entre los doce apóstoles no hubo un traidor y entre los discípulos de Sócrates un escéptico?

Ese es, pues, el retrato grotesco de Verkhovenski, el jefe del círculo nihilista, que se hace leer en el Evangelio de San Lucas los versículos de la parábola de los cerdos: «Encontraron un gran rebaño de cerdos, que pacían en una montaña; y ellos le suplicaron que les permitiese entrar en el cuerpo de los cochinos; y él se lo permitió... Y habiendo salido del cuerpo de ese hombre los demonios, entraron en el de los cerdos. Y todo el rebaño se precipitó con impetuosidad en el lago, ahogándose inmediatamente.» En esa parábola admirable encuentra Verkhovenski su símbolo: «Ved

cómo esa es nuestra Rusia: los demonios que han salido del enfermo se encarnan en los cerdos: esos son los miasmas, los venenos, los residuos de todas las impurezas, todos los demonios, grandes y pequeños, que se han formado durante siglos en el cuerpo de nuestra querida y doliente Rusia.» Sin embargo, piensa que él y ellos, cuantos como él sienten, son los poseídos, los insensatos, que acabarán por arrojarse desde lo alto de la montaña al lago; sólo así el enfermo se habrá curado y «podrá sentarse a los pies de Jesús». He ahí, una vez más, al Dostoievski cristiano, que ha encontrado toda su verdad en el Evangelio y al Dostoievski escéptico de toda causa liberal.

Con fundada razón este libro fue recibido con ira no encubierta por la juventud revolucionaria de Rusia, que vio en él una inesperada regresión política. Cuantos luchaban por libertar al pueblo de sus prejuicios, promoviendo una evolución indispensable, advirtieron con dolor esa vuelta al bizantinismo político. Como siempre, Dostoievski siguió siendo un partidario del pueblo, el más comprensivo y el más indulgente de sus adeptos; pero en sus ideas había evolucionado violentamente hacia una posición de antiliberalismo decidido, impugnando a los malos pastores que predicaban la exaltación revolucionaria entre los humildes, porque habían importado el fermento, esencialmente contrario al bienestar del pueblo, del cáncer liberal de Europa.

He ahí cuanto quiso poner en descubierto en su novela, mostrando un círculo nihilista grotesco, tiranizado y sojuzgado por un cabecilla, ese Pedro Verkhovenski, hombre de ideas nebulosas, mitad ingenuo y mitad perverso, caricaturesco a veces, trágico otras, torturado por los delirios de una imaginación desequilibrada, falto en absoluto de cordura, especie de ángel nefasto encargado de extraviar a muchos a través de malas encrucijadas: así nos le presenta el novelista, catequizando a sus secuaces, a fin de que asesinen al vehemente Chatov, que puede denunciarlos. Verkhovenski no teme tanto al delator, sino que busca más seguros fines: tiene la inteligente previsión de que «la sangre vertida une a los conspiradores entre ellos con más seguridad que el mejor de los pactos». De esta manera logra también inducir al suicidio a Kirilov, cuyas ideas (libertar a la humanidad del temor a la muerte, valiéndose del suicidio) concurren en los propósitos nihilistas del mentor.

Verkhovenski sueña, desea, quiere, el advenimiento de la igualitaria humanidad futura, aunque sea a costa de ríos de sangre y del necesario naufragio de las inteligencias superiores. Lo que él busca es la igualdad absoluta: «ahogaremos en su origen a todo genio, reduciéndolo todo al mismo denominador». Así, escuchará con agrado las ideas del ya citado Chigalev cuando expone sus proyectos de reorganización de la humanidad, procurando resolver definitivamente la cues-

tión con la división de los hombres en dos partes: los que deben someterse y los que gocen de todos los derechos y de todas las libertades, que ejercerán una tutoría sobre los demás, sobre quienes prevalecerá la voluntad de los jefes: «la sociedad perderá su personalidad, metamorfoseándose en una especie de rebaño que, gracias a una sumisión total, logrará, gracias a una serie de regeneraciones, la inocencia primitiva del paraíso terrenal».

Verkhovenski, jefe y director de esas almas, aprueba todas las utopías para ejercer mejor su acción dominadora. Y así el cuadro resulta más patético dentro de su proyección caricaturesca.

En medio del caos de esas almas extraviadas, en las cuales se ensaña el novelista proyectándolas en una perspectiva de ingenuidad y depravación, para hacer resaltar más la antítesis del mal y el bien, de la humildad y la salvación, Dostoievski presenta, con rasgos menos grotescos, la figura de Chatov, víctima cara a los sentimientos del novelista, ideólogo que ha renegado su pasado revolucionario y que, por esta misma causa, cae en la emboscada asesina de sus antiguos compañeros nihilistas. La preparación y decisión de ese crimen constituye una de las páginas más agudas de psicología: el contagio de la violencia, que se convierte en una perturbación exaltada en el ingenuo Erkel, que ha reemplazado los iconos de un altar por las obras de Moleschott y Haeckel; el furor de Virguins-

ki y Liamchin; la maldad de Verkhovenski, im-
pasible, posesionado como ninguno de su papel
de justiciero, resumen verdad, pero una verdad
cruel y triste, en la cual se advierte, acaso, el
encono y la burla disimulados. Esa misma de-
mencia en la acción induce a uno del grupo, ob-
sedido por sus remordimientos, a delatar a las
autoridades a los asesinos. Y cuando ya el cas-
tigo pesa sobre todos los adeptos, sólo el cabe-
cilla, el grotesco Verkhovenski, no doblega la
audacia de su entereza, pues desafía a la muerte
misma con la sonrisa en los labios, despidiéndose
de sus camaradas, a quienes les aconseja en-
tregarse con esa firme rudeza que debe presidir
en el cumplimiento del deber libre.

Novela de diatriba y de escarnio, en ella Dostoievski prodiga sin reparos sus pequeñas ven-
ganzas, ridiculizando no sólo a los revolucio-
narios del proceso Nechaevski, sino a quienes,
como Tourgenév, nunca abdicaron sus convic-
ciones liberales. Se ha reprochado al novelista su
falta de generosidad para con el poeta Nekras-
sov, con el crítico Belinski y, sobre todo, con el
autor de *Tierras vírgenes*, con quien fue vengativo
y cruel hasta la invectiva. Acaso Dostoievski pen-
só, una vez más fiel a la letra del Evangelio: ojo
por ojo y diente por diente. A raíz de la publica-
ción de *Los pobres*, Tourgenév, tal vez mordido
por un injustificado recelo, se complacía, en la
tertulia de Belinski, en ridiculizar a Dostoievski,
ya contando apólogos alusivos a cierto sujeto a

quien había encontrado en provincias y que padecía de la ridícula pretensión de creerse un genio ignorado, o ya pergeñando poemas burlescos sobre el doliente Dievouchkin. ¿Qué mucho entonces que en *Los endemoniados* le devolviera la mano, ridiculizándolo en ese Karmazinov, «el grande escritor», según lo llamaba Lipoutin?

Cuando el caudillo Verkhovenski va a verle, Karmasinov le recibirá amablemente, colmándole de atenciones; mas si la visita se prolonga y un príncipe, una condesa o un personaje cualquiera cruza su umbral, entonces «el grande escritor» prescindirá de su huésped, olvidándole de la manera más ofensiva, como si fuese una viruta o una mosca. Mientras Karmasinov considera a Verkhovenski como al príncipe conductor de la revolución rusa, como a uno de los guías de la juventud, éste admira en aquél al hombre más inteligente de Rusia.

Y he ahí al ilustre escritor ante el poderoso caudillo: cada vez que Verkhovenski va a visitarle, le encuentra en el comedor, pero jamás le invita a compartir su mesa. Rueda la charla, y Karmasinov reclama el manuscrito de su último libro, que le ha prestado al caudillo, haciéndole gracia de la primera lectura. Verkhovenski le dice que no debería temer una pérdida, pues no ignora que él toma siempre buenas precauciones para evitarlas, haciendo varias copias, que deposita, una en cierta notaría del extranjero, otra en Petersburgo, una tercera en Moscú y la cuarta

en un Banco: «Pero Moscú puede incendiarse, y con él mi manuscrito», arguye Karmazinov.

Luego hablan sobre literatura: el grande escritor no lee nada: «¿En lo que toca a la literatura rusa? Espere: he leído algo... *A lo largo del camino...* o *En camino...* o *Al paso*, no recuerdo bien el título. Hace mucho tiempo que leí ese libro, cinco años. No tengo tiempo para leer.» Por lo demás, Karmazinov se interesa poco o nada por las cosas de su tierra: él cree que su estado no permite esperar nada: «Yo me hice alemán, y me siento honrado con esto.»

La ironía no puede ser más cruel y sardónica: Tourgenev, puesto en la picota, ridiculizado en su arribismo social y en su preocupación cosmopolita. En el fondo de esa caricatura hay una gran verdad: lo más durable en la obra del autor de *Humo* no será esta su novela amarga, de terrible desesperanza, sino aquellos libros suyos que, como los *Relatos de un cazador* y *Demetrio Rudin*, corresponden a un estudio hondo y humano de la realidad rusa. No es el novelista occidental, el escritor europeizado, el que más nos puede interesar, sino el hombre de la estepa, el carácter que suele hacer sentir el alma áspera de su raza. El Tourgenev frívolo, que va a un balneario a estudiar un incidente sentimental, no podía ser del agrado del sobrio y atormentado Dostoievski. También el autor de *Padres e hijos* no llegó a gustar jamás de la amarga aspereza del novelista que pudo escribir ese libro des-

carnado, *Recuerdos de la casa de los muertos*, en cuyas páginas se siente el calofrío de la sensibilidad convertido en una terrible hiperestesia: « ¡Santo Dios, qué acre olor! —escribía Tourgenév— ¡qué perfume tan desagradable de hospital!, ¡qué palabrería inútil!, ¡qué agujero de topo psicólogo! »

El elegante novelista, que sufrió el fácil mimetismo de Lutecia, no pudo gustar jamás del agrio y genial oso ruso, que repudió su liviano y frívolo cosmopolitismo.

ROJO Y BLANCO

Raro contraste en dos hombres y en dos artistas singulares, a quienes la vida exalta y agobia. El primero encarna el tipo del *raté*, del fracasado, del abúlico enfurecido contra su impotencia y contra la capacidad de los otros. El segundo no es más que el propio novelista, proyectado en crudo y sincerísimo retrato. Efimov es una pobre alma de perdición, un anormal, un candidato de la desesperación y de la locura; Vania es el artista despreocupado, consciente de sus fuerzas y tranquilo en su modestia, que resuelve toda su acción vital en un noble esfuerzo de bondad y de simpatía: como es capaz de crear, tiene la inteligencia de la comprensión; su fuerza se resuelve en dulzura y en indulgencia; Horacio

pudo escribir para él que de los fuertes proviene la dulzura.

Contrariando la falta de amor propio que caracteriza a los personajes dostoievskianos, el músico Efimov padece de una exaltación vanidosa del propio valer: el talento de los otros le enferma de envidia; las aptitudes de sus amigos le desesperan. ¡Cuando él llegue a realizar un concierto se sabrá lo que es tocar el violín! Entretanto se cree un incomprendido, el genio ignorado que aguarda su día revelador. Siempre huraño, hipocondríaco, desanimado, busca en el alcohol un refugio que justifique su inactividad artística. Desleal, mezquino de alma, falto de ternura, contraerá matrimonio movido por el cebo del pequeño patrimonio que ha de aportar su esposa, a la que luego va a agobiar con su carácter irascible y con su repugnante truhanería. De caída en caída, de desvergüenza en desvergüenza, no se arredrará ante la calumnia y el robo. Su mujer trabajará para mantener sus vicios, y su pequeña hijastra será víctima de su rapacidad y de sus engaños. La desesperación de su talento perdido agría su biliosa impotencia. Cuando le aceptan en la orquesta de un teatro, que le da un buen pasar, se acentúa su animosidad envidiosa: se burla de sus compañeros, desprestigia al director, intriga, miente, hasta que le arrojan como a un criado sorprendido en vergonzosa falta. Sin embargo, se cree un genio ignorado y, aunque desconoce lo que es

un contrapunto, sueña con ser un compositor único. Cuando vive exclusivamente a costa de un amigo, arrastrando una existencia holgazana, no alcanza a reconocer lo indigno de su mendicidad, conduciéndose insolentemente con él; mientras éste le propone que toque en una reunión, Efimov se pone furioso y le dice que no es un violinista de la calle ni tan infame como él, que deshonra al gran arte tocando delante de viles tenderos que no podrían apreciar ni su mecanismo ni su talento. Pero la magnanimidad del amigo ni siquiera se quebranta ante la ofensa del irresponsable Efimov: le busca, le tiende la mano, le aconseja fraternalmente: «Tus futuros camaradas —le dice— no te alentarán, no te consolarán. No te indicarán lo que en ti haya de bueno y verdadero. Poseídos de un júbilo maligno, pondrán todos de manifiesto tus faltas. Te mostrarán, precisamente, lo malo que en ti encuentren, aquello en lo cual te equivoques, y, en una actitud tranquila y despectiva, se alegrarán de tus errores, como si hubiese alguien infalible. Tú eres soberbio y te equivocas con frecuencia. Te ocurrirá ofender a una nulidad que tenga amor propio, y entonces, pobre de ti. Tú serás uno solo y ellos serán varios. Te matarán a alfilerazos.»

Las buenas palabras oportunas resuenan como un eco perdido en la decadencia del músico: no escucha, no se domina, está irremisiblemente perdido en su miseria y en su vanidad. Sigue

frecuentando las tabernas y es el hombre que se ahoga voluntariamente. Jamás estudia, pero tiene el engaño pronto: al buen amigo que le protege le asegura que ya ha alcanzado la perfección en el violín, y cuando aquél le insta a buscar una ocupación, Efimov le contesta: «¿Para qué? ¿Quién de vosotros comprende algo? ¿Qué sabéis vosotros? Nada. Eso es todo lo que sabéis. Tocar en un baile, en una reunión, y nada más. Vosotros no habéis visto ni oído nunca a un buen violinista. No vale la pena de haceros caso. Continúad siendo lo que sois.»

La llegada de un nuevo violinista, de una celebridad, exaspera en el músico sus peores pasiones. Los elogios que se le prodigaban solían enfermarle. Cuando el genio musical de S. se anuncia en la metrópoli, Efimov exclama ante las burlas de sus compañeros: «Creo que a S. no se le ha oído más que en París. Los franceses, pues, son los que han formado su reputación, y ya sabemos lo que son los franceses.»

En la última etapa de su degradación, Efimov proclama que son la miseria y su esposa las que le impiden triunfar. Después del concierto del genial S. siente la revelación aplastadora del arte y la inutilidad de su vida. Quiere arrancar, en el silencio trágico de su bohordilla, junto al cadáver de su esposa, un eco a su violín, y sólo brota un gemido ronco. Entonces la desesperación le ofusca y se hunde en la noche de la locura.

Es ésta una de las páginas más bellas y sombrías de Dostoievski. La anatomía moral de un alma reconoce aquí el escalpelo del más avezado cirujano; las ciencias naturales del espíritu, según quería Sainte-Beuve, tienen a su mejor naturalista, y la disección psicológica a su mejor maestro. El egoísmo y la vanidad del fracasado aparecen descompuestos, así bajo el reactivo los cuerpos, con una clarividencia definitiva. El megalómano y el *raté* han encontrado al Rembrandt que fije para siempre su mejor retrato moral.

Pero ante esta alma nocturna, afiebrado espíritu de decadencia, el novelista puede exaltar el tipo predilecto entre sus creaciones: el hombre abnegado, bueno, puro de intenciones, una variante del Príncipe Muichkin y de Dievouchkin. Tal es Vania, en quien ni los dolores ni los desengaños han muerto al niño que duerme en su corazón. Es él el primer humillado y el constante ofendido, pero jamás se rebela y todo cuanto participa de su contacto se ilumina con su bondad. La única mujer a quien ha sabido amar, la tierna y dignísima Natacha, se aleja de su lado para entregarse al frívolo y elegante Aliócha, mientras él, nuevo abnegado Dievouchkin, le ayuda en sus amores, se alegra ante su felicidad, aunque dentro de su corazón el llanto le ahoga. Un grande afecto capaz de un doloroso sacrificio; he ahí un verdadero amor. Cuando la dulce niña huye de la casa de sus padres para seguir a su amante, es Vania quien recogerá de

sus labios la confesión más amarga: «A ti no te he amado nunca así, Vania. Comprendo que he perdido la razón, que no debiera amarle de ese modo... Lo siento, lo he sentido hace tiempo; sé que en los momentos más felices no tendré más que pena y tormento. Pero, ¿qué voy a hacer? Si los tormentos que me vienen de él son venturas para mí. Sé de antemano lo que me aguarda, lo que sufriré. Me ha jurado amarme, me ha hecho toda clase de promesas, y yo no tengo ninguna fe en sus promesas; no le creo, no le he creído antes, ahora mismo no sé si me miente, no sé si es capaz de mentirme. Se lo he dicho con toda mi alma, que no quiero obligarle a nada. A nadie le gustan las obligaciones, y yo soy la primera que las odio. Yo me siento feliz con ser su esclava voluntaria y sufrir por él, con tal de que esté conmigo, que pueda verle, mirarle. Creo que le permitiría amar a otra con tal de estar yo allí, a su lado... ¡Qué bajeza! ¿No es verdad, Vania? —gritó fijando en mí su mirada inflamada— Sé que esto es una bajeza, y sin embargo, si él me abandonara iría a buscarle por todo el mundo, aunque me rechazase y echara. Tú me exhortas a renunciar a mi decisión, a volver atrás. ¿Para qué serviría esto? Me iría mañana si él me lo dice, si él me lo manda. No tiene más que llamarme, que silbar como a un perro, y le seguiré. ¡No creo en los tormentos si vienen de él...! ¡Oh, Vania! Tengo vergüenza de lo que digo.»

Tal es el alma de Vania: su amor por Natacha es un amor de sacrificio. Frente al egoísmo sórdido de Efimov, su generosidad muestra hasta el fondo de su corazón único. Mientras aquél sólo inspira horror, éste despierta simpatía, amor profundo; hacia él van las almas y los afectos como una blanca teoría de palomas.

LOS NIÑOS

¡Nunca los sentimientos de perfección moral del Evangelio pudieron reflejarse en un alma más tranquila! Beata simplicidad, que Cristo exaltó como el don de los mansos de corazón. Tal vez sólo el que es capaz de una infinita bondad puede sentir una inagotable compasión. Así el suave pescador de Galilea fue hacia los niños, como Francisco de Asís acogía a las aves, a los animales y a las cosas humildes, movido por un incontenido amor y por una exaltada piedad; y así también Dostoievski no contuvo las efusiones de su enorme corazón al acercarse a la infancia, a los niños, que en sus novelas se sienten vivir inolvidablemente. Con qué inmensa ternura de padre el novelista pudo comprender y penetrar al alma infantil, llegando a sentir como sólo sabría hacerlo un niño. Recordemos a Nietotchka Nezvanova, a Nelly o Ilioucha, tres caracteres únicos, que permiten conocer todo el inmenso dolor del alma adolescente.

He ahí la historia de la pequeñuela Nietotchka, nacida en medio de la miseria; que vive junto a su madre enferma, llegando a querer, con rendida inconsciencia, a su padrastro, el músico que se cree un incomprendido, pródigo con ella en las caricias y los mimos, a fin de explotarla mejor; que vive en el antro y pasa a través del fango sin perder la delicada virginidad de su alma. Su madre riñe a menudo con el marido brutal, mientras la pobrecilla busca el apoyo de aquel hombre en quien su ternura infantil ha creído presentir a un padre. Después de toda esa tristeza, mal encubierta por el harapo, la niña pasa a un medio opulento y bondadoso, recogida por la mano caritativa de un hombre. Entonces la pequeña Nietotchka, en su abandono inocente, conoce el acicate de los primeros rencores y de las primeras inquietudes en su ya complicada sensibilidad femenina: se torna desconfiada y hasta llega a urdir alguna pequeña venganza, que le enseña su vaga y despierta previsión infantil. ¡Cuán conmovedoras resultan las páginas en que el novelista describe la amistad de las dos pequeñuelas, estudio milagrosamente intuitivo del corazón infantil!

En *Humillados y ofendidos*, una de las mejores novelas del autor de *Crimen y castigo*, que cierta crítica no ha comprendido torpemente, Dostoievski estudia el carácter de un niño, la pequeña Nelly, hija de un padre alcohólico, con esa rara perspicacia en el análisis que él hace

aguda hasta la tortura. Trágicos y dolientes son esos trece años, prematuramente sacrificados por una hiperestesia dolorosa. El alma de Vania, nuevo Muichkin por su comprensión y por su humildad sublime, presente en Nelly toda la angustia de un dolor único, la huella profunda que la miseria y la orfandad han abierto en ese corazoncito tembloroso de ternura, apenas ha despertado a la pesada realidad de la vida.

Con delicadeza genial, conmovedora hasta las lágrimas, va adentrándose el novelista en el complejo mundo de las sensaciones de esa pequeña, hasta hacer sentir en aquel corazón virginal el despertar del amor, del amor que en ella se viste de dulce rubor infantil para ocultarse ante Vania, su protector y el príncipe de los sueños de sus trece años inquietos.

¿Qué milagroso don de la sensibilidad y de la observación le permitió al novelista penetrar tan hondo en un corazón de niño? Es preciso leer las páginas bellísimas en que Dostoievski describe la afección epiléptica de la tierna Nelly, y su muerte en los brazos de Vania, como un pajarillo cansado que se duerme después del vuelo. ¡Cuánta sutileza y qué extraña ternura hay en ese episodio, preñado de lágrimas, en que Nelly recuerda cierto día que con su madre, después de haber soportado largo tiempo la más horrible de las miserias, encuentra a su abuelo, a quien no había visto desde que huyó ella de la casa siguiendo a su padre, el miserable se-

ductor: «Mamá dio un grito y cayó de rodillas ante un grave anciano que andaba apoyado en un bastón, con la cabeza inclinada: era mi abuelo. Estaba muy delgado, y su traje, viejo y usado... Era la primera vez que le veía. Cuando la vio de rodillas ante él, se sobresaltó tanto como mamá. La rechazó y, golpeando las piedras de la calle con el bastón, se alejó precipitadamente. *Azor*, aullando, siguió lamiendo las manos y la cara de mamá; después se fue corriendo tras del abuelo, le tiró del abrigo para hacerle volver sobre sus pasos, hasta que el abuelo le pegó con el palo. *Azor* volvió otra vez; pero, llamado por el abuelo, se fue, al fin, dando aullidos y ladrando. Mamá quedó tendida; creí que estaba muerta; la gente nos había rodeado y dos agentes de seguridad llegaron. Me ayudaron a levantarla y, después de lanzar una mirada a su alrededor, se dejó conducir a casa; la gente nos miró marchar, y algunos se fueron haciendo movimientos de cabeza...»

He ahí la pintura de todo un carácter, en cinco líneas: el tipo del padre inflexible, duro de corazón, incapaz de perdón, egoísta y helado; y he ahí, también, el contraste del sentimiento en el perro, que reconoce al amo, le busca, se alegra con su presencia, mientras le lame las manos y quiere hacer lo que es incapaz de realizar la calculada pertinacia del padre ante el hijo, a quien la desgracia le ha hecho pagar con creces

el error de una desobediencia y de un matrimonio.

¿Cómo no recordar al pequeño Ilioucha, el hijo del pobre capitán retirado, que vive en un hogar donde el espectro de la pobreza y de la muerte están siempre presentes? Una vez más aparece el niño capaz de sentir hondamente y con una prematura conciencia de la responsabilidad: si es grande su desesperación cuando le arroja un pedazo de pan con alfileres al pobre perro, es inmensa su alegría, y le abraza y le besa al saberle sano y salvo; cuando Dimitri maltrata a su padre, Ilioucha se precipita sollozando y le besa las manos al ofensor para que perdone a su papá; tal vez ha decaído ante el concepto de sus compañeros, pero se ofende y se revuelve airado cuando ellos se burlan de su padre llamándole por su sobrenombre.

En el amor de Dostoievski por los niños se siente siempre el enternecido afecto de un padre bueno, de un hombre que, en fuerza de ser inmensamente abierto de corazón, es capaz de perdonarlo todo. Cuando aparece el tierno Fedor Michailovitch, encarnando al Príncipe Muichkin, rodeado por los niños, nos imaginamos sentir rediviva la figura de Jesús, el hombre que fue capaz de adorar tanto, tanto a la infancia, rosada primavera de las almas, tembloroso comienzo de la vida. El Príncipe, que tiene una delicada alma de niño, no sólo lo comprende, sino que busca y prefiere su compañía. No se olvida jamás ese

episodio de *El idiota*, cuando Muichkin se constituye en defensor de la pobre muchacha deshonrada por un villano, la delicada María, que han arrojado de su hogar y a quien persiguen con befa los niños. Pronto comienza la obra persuasiva, dulce y justa del Príncipe, explicándoles que María era muy desgraciada, hasta que el encono se convierte en respeto y luego en piadoso cariño; los niños se acercan a ella, llegan hasta su lecho cuando cae enferma y hasta alegran, como un rayo tibio de sol, su muerte irremisible: «Semejantes a pajarillos, los niños batían sus alas junto a la ventana, exclamando: «¡María, te queremos mucho! Si al Príncipe le reprocha el severo Schneider porque les habla a los niños como si fueran hombres, sin ocultarles nada, él le replicará: «A pesar de todas las precauciones que adopten ustedes, ellos sabrán lo que ustedes quieren que ignoren; sólo que lo aprenderán de un modo que pervertirá su imaginación, mientras que con mi sistema no hay que temer ese peligro. Interrogue cada cual los recuerdos de su propia infancia.»

La esposa de Dostoievski ha recordado que cuando el novelista solía estar abstraído en su trabajo, el pequeño Aliocha, entonces el menor de sus hijos, solía buscar el tierno refugio de sus rodillas, y el padre interrumpía sus labores para hacerle sonar su reloj de repetición. ¿No se refiere con frecuencia Dostoievski en sus cartas a su pequeñita Sonia, a quien adoró con

la más rendida ternura? «Mis queridos niños —les decía Aliocha a los escolares en el entierro de Ilioucha—, sabed que no hay nada más elevado, más poderoso, más útil que un buen recuerdo de la infancia. El hombre que logra reunir muchos está salvado para toda su vida. Pero uno solo basta.»

Los niños no sólo alegran, sino que dignifican y enaltecen nuestras oscuras vidas, y acaso el problema de la felicidad sólo consiste en prolongar indefinidamente la infancia en nuestro corazón. El más puro conformismo fluye de la sana ingenuidad, que permite sentir la vida como una sencilla fiesta, eternamente nueva; como una alegría inextinguible que fuese una eterna adolescencia. ¿Acaso la más bella perfección moral, aquella que carece de todo amor propio, no fue la de esa alma eternamente niña con que Jesús convirtió la vida en una eterna primavera?

EL LIBERAL REDIMIDO

Hombre afirmativo en sus convicciones, demasiado honrado consigo mismo para representar la comedia de escéptico elegante, Dostoievski ha sido en la literatura moscovita el más ruso de entre todos los rusos, por su hostilidad, cabría decir su odio, hacia toda fácil europeización, por su oposición tenaz y constante contra las ideas liberales, que le habían lleva-

do a Siberia. Mientras sus contemporáneos miran hacia el occidente, él se muestra sordo y ciego ante la renovación social de Europa, sacudida por los vientos de las primeras Internacionales, que anticipan las reivindicaciones iniciales de los trabajadores. Pero cuando todos comienzan a negar, él afirma su tradicional sentimiento de la vida cristiana, volviendo los ojos hacia el Evangelio, en cuya fuente encuentra la única verdad civilizadora: la religión del sufrimiento, a través de cuyo vía crucis alcanzará el alma la purificación de las siete aguas lustrales. Él no transigirá ya más, después de la conspiración Petrachevski, con los sueños del falansterio fourrierista, con las utopías de Saint Simón, porque conviene que en un país como Rusia la tierra exista como una propiedad común, que establece la relación feliz entre aldeanos y patronos.

Sin embargo, no era sólo el aspecto práctico, que fluye de las obligaciones adscritas a la tierra, la que determinó el inmediato alejamiento suyo de las asociaciones liberales, sino un problema más trágico y doloroso: la lucha de su conciencia ante el ateísmo. Esencialmente religioso y fundamentalmente cristiano, Dostoievski no quiso ser uno de los que dudan, cualquiera de los eternos frívolos que todo lo corrompen porque desvían la finalidad de los más claros destinos. ¿No le dice, acaso, el monje Tikhon al amoralísimo Stavroguine?: «El ateísmo absoluto es preferible a la indiferencia mundana... Un

ateísmo total ocupa el penúltimo escalón en el punto culminante de la fe perfecta.» Y el fraile cita, en apoyo de sus palabras, la letra del texto apocalíptico: «Sé cuáles son tus obras; tú no eres ni frío ni ardiente. ¡Ah, si tú fueses frío y ardiente! Pero, justamente porque eres tibio, porque no eres ni frío ni ardiente, yo te vomitaré de mi boca.»

He ahí al Dostoievski de los últimos años, tembloroso ante su conciencia, preocupado tan sólo de la finalidad de nuestros destinos. Cuando ya ha escrito *Poseídos*, prepara *Los hermanos Karamazov* y acaricia la idea de una vasta trilogía novelesca que titulará *La vida de un gran pecador*, en los cuales, una vez más, la idea de la expiación, del castigo reparador, le preocupa trágicamente.

Dostoievski, humillado y ofendido en Siberia, no se queja del castigo que le llevó a sufrir el vilipendio de los criminales, porque sólo entre ellos pudo conocer perfectamente al pueblo ruso, a su pueblo. ¿No recuerda su hija (Dostoievski, *geschildert von seiner Tochter*, Zurich, 1920) que él solía decir: «fuimos condenados justamente», cuando alguien se dolía del vía crucis que había sufrido?

El descubrimiento reciente de los papeles inéditos del novelista viene a arrojar nueva luz sobre la crisis última de su vida, que acentúa sus ideas conservadoras, fortifica su amor por el pueblo y le mueve a sopesar en su conciencia,

una vez más, la obsesora idea de Dios. La esposa del novelista había preparado, con piadosa mano, el archivo de los papeles del novelista, que se custodiaban en el Museo Histórico de Moscú, y que, enviados al Centro-Archive, han sido publicados por el historiógrafo Brodsky, revelando con ellos, si no a un nuevo Dostoievski, por lo menos un aspecto último sumamente interesante del escritor. Entre esos escritos merecen una particular mención los capítulos inéditos de *Poseídos*, que vienen a explicar una curiosa laguna de la novela en cuanto toca al carácter de su personaje central, el característico Stavroguine. He aquí uno de los tipos más curiosos de Dostoievski, que se hermana con Foma Fomich, con Efimov, con el jugador. Los capítulos inéditos nos le muestran en uno de los aspectos integrales de su vida, cuando, rendido bajo el peso de sus culpas, llega hasta el convento a confesarse con el monje Tikhon. ¿Qué pensar de su acto de contrición, de su espíritu humillado, de su mansedumbre que se arrastra y se entrega fatalmente? ¿Es un abúlico, tal vez un degenerado, acaso un santo? ¿O es que le impulsa a mostrar su pecho lacera-do el romanticismo enfermizo de su abulia incurable, hermana de la que llevó a Rousseau a escribir sus *Confesiones*? ¿No recuerda Stavroguine que cada infamia cometida provocaba en él la cólera y el regocijo? Si una vez fue golpeado, recibió el castigo con una sensación de

voluptuoso regocijo: «Cuando me golpearon y arrastraron por los cabellos en un cabaret de San Petersburgo, no experimenté ese sentimiento de vergüenza, sino una gran cólera, aunque no estaba ebrio. Si, por la inversa, ese vizconde francés que en el extranjero me había ofendido y a quien le destrocé en duelo la mandíbula inferior, me hubiese cogido por los cabellos y aplastado la cabeza, habría sentido una alegría embriagadora y nunca enojo.»

Así Stravoguine quiere purgar sus culpas, haciendo pública confesión de sus faltas, rebajándose ante su amor propio, porque él no es, como se lo advierte el monje Tikhon, de aquellos que viven en paz con su conciencia, considerando como inevitables sus faltas cometidas en la juventud.

Y he aquí la razón que identifica a este personaje con el propio novelista: el Dostoievski de los últimos años no fue sino el humilde arrepentido que buscaba a Dios tras cada acción y a la finalidad de todos los destinos. Así, *Los hermanos Karamazov* no parecen sino ser una de las partes del gran tríptico novelesco que preparaba con el título de *La vida de un gran pecador* y cuya idea central iba a ser la existencia de Dios, en torno de la cual se agita el mundo de sus personajes como un gran torbellino. Pero la muerte intempestiva malogró la realización de esa obra, en la cual el novelista soñó dema-

siado tarde, en la hora incierta de su ancianidad que comenzaba.

En torno de aquel nobilísimo santo ruso, el obispo Tikhon, con quien se confiesa Stavroguine, el héroe de *Demonios*, debía desarrollarse toda la acción de la novela, en un vasto friso que abarcaría un aspecto total del alma moderna, solicitada por todos los reactivos de la delicuescencia ideológica del siglo. Al poeta Apolo Maiakov le escribía Dostoievski que esa novela cíclica iba a constituir su último libro, «la última palabra de mi carrera literaria». La cuestión primordial de la novela iba a ser lo que siempre atormentó la vida del novelista durante sus últimos años: la existencia de Dios: «El héroe es, durante su vida, ora ateo, ya creyente, fanático y sectario a veces, luego ateo.» La vida de un muchachuelo de trece años que ha participado en un crimen de derecho común, y que ha sido encerrado por su familia en el monasterio, a fin de que pueda instruirse y corregirse, iba a constituir el asunto central, la fábula de la novela. En el convento, el recluso se une al monje Tikhon, cuya influencia comienza a obrar el milagro de la transformación de su vida.

A pesar de todos los testimonios, que concurren en la idea de que todos los apuntes encontrados significan la documentación completa para *La vida de un gran pecador*, ¿no cabría suponer que ese plan fue refundido en *Los hermanos Karamazov*, primera parte acaso de la

trilogía novelesca? ¿Acaso aquel monje Tikhon no es el mismo Zossima, en cuyo convento está Aliocha, ante quien van a dirimir un asunto personal Fedor Pavlovitch Karamazov y su hijo Dimitri? Tal vez el Tikhon Zadousky, canonizado después de su muerte y objeto de la veneración de todo el pueblo ruso, no aparece claramente caracterizado en el monje Zossima, a quien todos bendicen y de cuyas manos esperan su mejoría los enfermos, constituyendo el tipo inconfundible del santo popular, que derrama bendiciones y consuelo entre los que sufren y entre los que tienen fe. En el fondo de esa conducta, tan elevada y tan pura, que pasa a través de todas las faltas, perdonándolas como Cristo, Dostoievski podía reconocerse o buscarse afanosamente.

El monje Tikhon, como el propio novelista, no iba a ser más que un tipo perfecto del hombre superiormente bueno, inmensamente resignado, sin rencores ante las ofensas, sin odio para con sus detractores. Caro para el pietismo del novelista tenía que ser aquel monje que desarma a los más duros con su humildad y que humillan, recibiendo resignado las humillaciones: ¿no pone, como el Nazareno, la otra mejilla cuando, discutiendo un día con un ruso volteriano, éste le golpea y le insulta? ¿No hay en todo eso mucho del Dostoievski que purgó en Siberia las faltas de los otros; que fue el juguete de aquella María Dmitrijevna, de quien cuenta su hija que engañaba cruelmente a Dos-

toievski no ocultando el desprecio altanero que por él sentía?: «Una mujer que se respeta no podrá amar jamás a un hombre como tú, un hombre que ha pasado cuatro años en los trabajos forzados, en compañía de ladrones y de asesinos.»

Aunque los apuntes encontrados sobre *La vida de un gran pecador* no tienen más continuidad que las de notas sumarias y esquemáticas, permiten conocer el plan y las proporciones que el novelista soñaba para su obra, como también algunas de sus ideas sobre la concepción de la novela. «Por la elección de los hechos referidos, debe darse la impresión que algo está constantemente puesto en evidencia y que el futuro hombre va siendo gradualmente destacado sobre un pedestal.» He aquí una razón fundamental en el arte del novelista: la creación del carácter, que suple todas las artimañas de la técnica novelística. Así en su esquema, Dostoievski describe los rasgos esenciales que constituirán el plan de esa vida, desde sus años de infancia, hasta su formación moral: «No cesa él de prepararse para algo, sin saber en qué consiste, hecho extraño, que no le desvela, como si estuviese firmemente convencido de que eso llegará solo.» En la hoja 13 de los originales consigna el novelista: «Período de ateísmo. Es preciso absolutamente indicar cómo influye sobre él el Evangelio. Está de acuerdo con el Evangelio.» Dostoievski se identifica de esta manera con su personaje: es él,

y no otro, quien vivió siempre con el Evangelio entre sus manos y cerca de su corazón.

Dostoievski pensaba ubicar la acción de su novela hacia promedios del siglo XIX, durante el período en que los acontecimientos sociales y morales europeos comienzan a influir en el medio en el cual va a desenvolverse la actividad espiritual del protagonista. Con precisión indica el novelista las condiciones del ambiente familiar en que se formará el niño que va a ser el personaje capital de la obra, junto al monje Tikhon. En esta parte, Dostoievski evoca reminiscencias de sus años juveniles, sobre todo cuando muestra a su héroe frecuentando los mismos medios que a él le atrajeron durante su niñez. Aunque no precisa bien claramente el crimen en que participa, puede deducirse por las notas, que aluden frecuentemente al hecho y que determinan el humor solitario, la temprana misantropía en el niño. Cuando su soledad no es más que un refugio de sí mismo, acaba por abandonarlo todo y «después de toda clase de crímenes, se libra, con dolor, de sí mismo», entrando al convento. Después de confesar su participación en el crimen, su familia le recluye en la corrección del Monasterio.

En esta parte debería comenzar el mayor interés de la novela: la influencia del monje va modelando el espíritu del joven. El recuerdo de su vida, de sus faltas, de su familia constituirían el más edificante de los ejemplos y el mejor

camino de reflexión para los extraños. «Por orgullo, por un postrer sentimiento de elevación sobre los hombres, se muestra dulce y benigno para todos, precisamente porque se siente por sobre todos.»

En su primera concepción, Dostoievski pensaba titular esta gran novela *El ateísmo*, siempre obsesionado por la idea central, esto es, la de la existencia de Dios, que le preocupaba constantemente: «Mi espíritu está ocupado en este momento—escribía Dostoievski desde Florencia— en una novela inmensa, cuyo título es *El ateísmo*. Pero antes de ponerme a trabajar en ella, necesito leer casi toda una biblioteca de obras ateas, católicas y ortodoxas.» El personaje existe, porque será un ruso de «nuestra sociedad, de cierta edad, no muy instruído, pero tampoco inculto; que a su edad pierde de repente su fe en Dios». Frecuenta todos los círculos, todas las ideas, en la camaradería de las generaciones nuevas, hasta que, decepcionado, «acaba por reconocer a Cristo, la tierra rusa, el Cristo ruso y el Dios ruso».

Es Dostoievski mismo, son sus ideas, sus crisis, sus convicciones eslavófilas, su sentimiento de la tierra de la patria, de las viejas instituciones, cuanto, trascendiendo de su vida y de sus ideas, va a encuadrarse en el plan gigantesco de esa novela, que la muerte malogró.

UNA MUJER

Hay en todo lo que escribió Dostoievski un fondo de piedad humana y de nobleza moral que podría ser comparable, según ya lo advertíamos, con las lecciones del Evangelio: sólo Jesús fue capaz de tal humildad; sólo en un perfecto y hondo amor se comprende una absoluta compasión y un perdón siempre pronto. Como Dievouchkin, Vania, el personaje de *Las noches blancas*, y el Príncipe Muichkin aman con un amor inmenso a Ana Ferodovna, a Natacha, a Nastenka y a Anastasia; no sólo son capaces de renunciar a ese amor, sino que también llegan a sacrificarse a él con la devoción del verdadero enamorado, que ignora el egoísmo del amante.

No preside en este concepto del perfecto amor un simple capricho de la fantasía, pues siempre Dostoievski vivió y sintió profundamente cuanto iba a constituir el alma de sus novelas. Como ocurre en el caso de Natacha, en *Humillados y ofendidos*, el novelista se enamoró de la señora Isaïev, quien, después de corresponderle rendidamente, se fue con otro amante. Entonces Dostoievski prodigó los sacrificios y atenciones a su rival, a fin de procurarle una pasable situación pecuniaria hasta que ella volvió a su lado; pero las rupturas no cesaron. En una carta de esa época, el novelista le escribe a un

amigo: «Tiemblo de pensar que ella se case sin esperar este dinero. Él no tiene un céntimo y ella tampoco. Va a ser la pobreza, la angustia para ella, que tanto ha sufrido.» Amargos fueron esos días para Dostoievski, tierno enamorado, que sólo vivía pensando en los dos amantes, con una abnegación que toca los límites de la más noble generosidad, esa que sólo pudo sentir el Nazareno.

Sólo así se concibe la divinización, de tan hondo arraigo humano, con que el novelista creó los más puros tipos de mujer, aquellos que, como la Anastasia Filipovna de *El idiota*, resumen dotes excepcionales y condiciones casi divinas de superioridad moral. Entre todas ellas, las inolvidables heroínas de sus novelas, seres extraños, medio ángeles y medio demonios (Besoukhoff no le responde a la princesa María, cuando le pregunta si Natacha es inteligente: ¿es encantadora?), oscuros e indescribibles, Anastasia se destaca aureolada con viva luz, consecuente siempre con su corazón excelso, con su torturada sensibilidad, con su sed de inextinguible amor. Viviendo desde su infancia más remota en un ambiente equívoco, a merced del hombre que la amparó de niña porque presintió su belleza, mientras su bajo egoísmo pensaba en el cercano futuro que habría de brindarle a una querida fina, grata a sus emociones de vividor refinado y sensual, ella no conoció otro hombre que a su protector, a quien se pudo entregar

con la confianza de un niño que se duerme en los brazos de su madre, con la seguridad de la inocencia, cierto de un despertar tranquilo. Pero el de Anastasia no fue un despertar sin remordimientos. Mientras su protector contraía matrimonio con una joven de la clase alta, mitad por amor y mitad por conveniencias, Anastasia, abandonada largos años, inteligente e intuitiva, pudo comprender a tiempo su situación de mujer equívoca, acarreada por la conducta de su protector, que había mancillado su cuerpo, pero no su corazón puro.

Anastasia, como todas las heroínas en las novelas de Dostoievski, es libre en sus sentimientos, y jamás la autoridad de la superstición o el temor de los prejuicios entorpecen su levantada actitud ante la vida. Ella obra espontáneamente, ciñéndose a la norma de su corazón, malo o bueno, pero siempre apasionado y ardiente. En medio de los hombres y ante la vida desafía a su injusto destino sin otras armas que las de su belleza; pero es demasiado honrada, carece de amor propio y de cálculo. Prefiere ser una víctima, porque así estará más cerca de la bondad y de la justicia.

Y este sentimiento de bondad fluye de toda la obra de Dostoievski y exalta la dignidad de sus personajes, porque no es más que un reflejo de su manera de sentir. Los que busquen en su alma palabras de admonición contra la humana injusticia no las encontrarán. Cristiano puro, pero sin esa elevada

altivez de espíritu que enciende la obra de Tolstoi, Dostoievski se nos aparece como el más humilde entre los humillados y los ofendidos. Con resignación y tristeza sobrellevó la carga de sus desventuras, sin proferir una palabra airada, sin un gesto de amargura. La religión del sufrimiento, de la que ha podido hablar un crítico, hace pensar en la reencarnación del espíritu de Kempis en el alma sencilla de un buen hombre de la estepa, que suele olvidar hasta la justicia, porque todo lo espera del perdón, de la piedad y de la bondad. ¡Cuándo un novelista logró sentir como éste el dolor de su pueblo, que jamás advierte abyecto o envilecido, sino lacerado por la miseria! ¿Dónde pudo encarnarse el espíritu del Evangelio mejor que en esa alma admirable, única y sublime del Príncipe Muichkin? En medio de la turbia vida de la crápula, del vicio, de la mentira, se destaca aureolado por una luz inmarcesible, y cuantos le comprenden se purifican de sólo gozar de su bondad única.

Ningún novelista ha modelado con tales relieves los caracteres de la personalidad humana; en ninguno resaltan con tal vigor la individualidad rebelde, las fuerzas morales, los sentimientos de piedad y de justicia, las ideas religiosas y sociales. Todos ellos se sienten libres, soberanos de su voluntad («Me creo obligado a proclamar mi propia voluntad», exclama Kirilov en *Los endemoniados*), en lucha abierta contra las ase-

chanzas de la violencia oscura de las cosas; ahí están Raskolnikov, pugnando contra su conciencia; Iván Karamazov, obsesionado por la angustia de Dios; Muichkin, que vence la maldad con sus sentimientos puros; Dievouchkin, amargado por la fatalidad de la vida solitaria; Natacha y Nastenka, que abandonan el amor humilde por el otro, el amor pasión. En todos ellos la tragedia de las fuerzas oscuras se revuelve en razones de un imperativo categórico, contra el cual nada puede la lógica y el razonamiento. Algo hay en esas expansiones invisibles de la conciencia y del instinto, del *Fatum* que preside en las tragedias griegas, de las determinaciones que impone el espíritu subterráneo: él levanta el hacha en la mano de Raskolnikov y precipita la fatalidad de Dolgorouki. «¿Si hubiere esperado entonces un instante—recuerda el estudiante cuando se encontraba ante la puerta de la usurera—para dejar a mi emoción el tiempo de calmarse? Pero, lejos de cesar las pulsaciones de su corazón, se hacían más y más violentas. Y llegó casi a perder la sensación de que tenía un cuerpo.» También análoga obsesión encontramos en *Los endemoniados*: «Era un día en el que antiguos nudos se desatan y en los que no se atan nuevos; un día de bruscas explicaciones y de confusión enorme, un día de coincidencias singulares.» Sin embargo, Dostoievski no fue un fatalista, porque ese fatalismo hubiera contrariado la humilde libertad

que puso Dios en todos sus actos. Y él quiso ser, antes que nada, el más resignado de los cristianos.

LA SALVACIÓN ESTÁ EN NOSOTROS

Concreción de la última etapa evolutiva y síntesis de esa larga búsqueda del camino definitivo, es la postrera novela de Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, la intensa epopeya de todos los sentimientos, de las más hondas inquietudes, de las más profundas angustias morales, que agobiaron la existencia del altísimo maestro. Diez años trabajó en ese libro, que es como la suma de los destinos del hombre y la historia de la trágica comedia humana, en cuyo fondo incierto creía ver el novelista el ojo de Dios, que interroga, escrutando la marcha de todos los humanos destinos: «El problema principal —le escribía Dostoievski a su amigo Maïkov—, al que está consagrada toda la obra, es el que me ha hecho sufrir siempre: la existencia de Dios», que es como la acción subterránea que determina el espanto alucinante de la tétrica familia Karamazov, en cuyo seno la degeneración aparece cual la mano diabólica encargada de ir desuniendo los eslabones que debieran estrechar los vínculos de la sangre y los preceptos de la familia.

Nuevo rey Lear, Fedor Pavlovitch Karama-

zov aparece como un lobo envejecido entre los lobeznos de sus hijos. Fiero, rudo, concupiscente, grosero, es una figura de tragedia y un alma mordida por bajas pasiones. Crea una familia, sobre la cual pesará la espantosa maldición del castigo bíblico.

Valle Inclán pudo sentir algo parecido a lo que pensó Dostoievski cuando concibió la vida de esa familia siniestra, hijos nacidos de buena entraña, que martirizan a la santa madre y arruinan al padre hidalgo, ese bravío don Juan Manuel Montenegro que cruza como una llamarada a través de las páginas de *Romance de lobos*. Sólo que en el viejo Karamazov rara vez se impone una pasión noble, porque la sensualidad y los bajos apetitos rigen sus groseros instintos. ¿No le dice a su hijo Aliocha un compañero de estudios en el Seminario?: «En tu familia, la sensualidad está en el estado agudo». Y el seminarista Rakitin tiene razón cuando agrega que sobre toda esa familia pesa una verdadera fatalidad, porque aunque ella comprende la vileza de sus acciones, las comete, sin embargo. ¿No riñen, se insultan y se odian el padre y el hijo a causa de la mezquina rapacidad de la herencia? ¿No se recelan los hermanos por el amor de una mujer? ¿No calumnia el anciano Fedor a su primogénito Dimitri, disputando con éste, impulsado por los celos, cuando teme que le arrebathe a cierta mujer de livianas costumbres, con la cual trata de ponerse de acuerdo para

llevarle a la cárcel? ¿No le dice al hijo irrespetuoso aquel padre degenerado?: «Si no fueses mi hijo te provocaría en duelo... a pistola, a tres pasos... a través de un pañuelo». La sensualidad, terrible fiebre de la carne, arroja a ambos hacia Grouschenke, y cuando Aliocha, el más puro de los Karamazov, le asegura al seminarista que su hermano Dimitri desprecia a esa mujer, éste le replica que no existe tal desprecio, porque en esa pasión hay algo que él aun no puede comprender: «Un hombre puede enamorarse de cualquiera belleza, de la belleza corporal, y aun tan sólo de una pequeña parte del cuerpo femenino (sólo los sensuales comprenden esto). Entonces no vacila en dar por ella a sus propios hijos, en vender a su padre, a su madre, a su patria. Si es honrado, robará. Si es bueno, degollará. Si es leal, hará traición.»

Padre sin entrañas y hombre vicioso, el viejo Fedor sólo aparece como un alma de perdición y de villanía: jamás respetó su hogar, nunca le evitó un dolor a su esposa. ¿No mancilló su casa preparando orgías, a las que llevaba prostitutas, en presencia de su mujer? La degeneración había estampado en su rostro las huellas de una vida deshecha por las miserias físicas y por las torturas morales: «La piel se abolsaba bajo los ojuelos pardales y juguetones; la cara, grisienta y gruesa, se surcaba de profundas arrugas, y la barbilla, excesivamente corta, manifestaba en evidencia una nuez larga, saliente, enorme,

que daba al conjunto aire de enorme lubricidad. Añadid a esto una boca ancha, de carnicero, belfa, llena de raigones negros y siempre babosa a poco que hablase.»

Esa herencia puede explicar la maldición que las fuerzas oscuras del instinto desencadenan en toda su trágica fatalidad. Es el caso del mayor de los hijos, Dimitri, lujurioso como su padre, cruel, a veces redimido por insólitos rasgos de generosidad. La vida sólo era para sus apetitos un simple agrado, un vano capricho: «Hoy tengo una señora, mañana una mujer de la calle. Divierto a las dos y tiro el dinero por la ventana con tal de tener música, ruido, zíngaros.»

A su hermano Aliocha le refiere un día que, estando de alférez en una pequeña ciudad, conoció a las hijas de un teniente coronel y que, valiéndose de cierto apremio de dinero que urgía al padre, con motivo de no haber podido rendir éste cuentas de la caja del regimiento, él le propuso a una de ellas que le daría cuanto le faltaba imponiéndole la condición de que enviase a su hermana a buscar la suma. El ofrecimiento envolvía una ofensa villana; pero la situación desesperada del padre, que intenta suicidarse, obliga a la hermosa Catalina a ir en busca del dinero: «Mi primer pensamiento—le refiere Dimitri— fue... el de un Karamazov... ¿Comprendes? La medí con la vista. Es muy hermosa, pero en aquel momento estaba más hermosa de nobleza que de belleza física. Venía a sacrificarse

por su padre, a mí, a un insecto. Estaba en cuerpo y alma entre mis manos.» Sin embargo, en ese instante los bajos instintos no prevalecen en su alma y se vence, domina su malignidad, mientras la contempla, presa de un odio terrible; ese odio que está a un paso del amor; abre un cajón y da un billete de cinco mil rublos: «Se estremeció, me miró, y pálida, pálida, de repente, sin hablar, con arranque grande se prosternó ante mí, tocando el suelo con la frente. Luego se levantó vivamente, y se fue. Y yo cogí mi espada para matarme, sin saber por qué... por entusiasmo.» Pero Dimitri no se matará, porque su fatal destino debe conducirle por la senda oscura de sus impulsos sensuales, de degradación en degradación, hasta pagar el odio que siente contra su padre y las amenazas que ha proferido contra él, con la culpabilidad de su muerte.

Dimitri es un alma perdida; pero, junto a él y en el seno mismo de aquella familia, del fondo negro de esa charca, nace el dulce y bueno Aliocha, Alexei, el menor de los hijos del segundo matrimonio. Heredero del carácter de su madre, y como ella consumido por las tempranas inquietudes nerviosas, huye del lado de su padre y de sus hermanos, yendo a refugiarse en el convento: «¿Para qué ir al mundo? Aquí, la calma, la santidad; allí, la turbación y las tinieblas, en las que se pierde uno desde el comienzo.» Amaba a la humanidad; pero su alma, sedienta del ideal, sólo había encontrado consuelo

junto a un hombre superior, el padre Zossima. Su amor por los hombres le movía a ser indulgente con todas sus faltas. Callado y triste, suscitaba hondos afectos, y cuando en alguna ocasión le ultrajaron, no supo guardar ni el rencor de un instante. No era la suya una naturaleza enfermiza, pero era un temperamento soñador, inquieto. Cerca del monje Zossima, buen director de su conciencia, aparece como el hijo humilde ante la autoridad del padre venerado. Aquel varón austero, anciano, que vivía en su celda como un asceta en el yermo, ejerce un extraño dominio. Aliocha, como la ingenua gente del pueblo, creía ciegamente en su potencia milagrosa, acaso porque veía con frecuencia que, entre la multitud de los peregrinos llegados de todos los rincones de Rusia a recoger su bendición, su palabra y su voluntad obraban sorprendentes beneficios.

Mientras Dimitri es un desenfrenado, Aliocha un alma resignada en medio de los tortuosos caminos del mundo, Iván es un teórico de la vida y de las creencias, frío, indiferente, calculador, que sufre alucinaciones y ama a la mujer que todos consideran como la novia de su hermano, y Smerdiakov, el último de los hijos, que el lúbrico anciano tuvo de una muchacha idiota y a quien su padre destinó a la cocina, es taciturno, calculador, hurafío y epiléptico. Alma helada de malvado, sin nociones de responsabilidad, de niño se complacía en ser cruel, ahorcando

gatos que luego enterraba con gran pompa. Nunca aprendió nada, y cuando su padre le envía a Moscú como aprendiz de cocina, vuelve muy cambiado, prematuramente envejecido, amarillo, arrugado, misantrópico, con cara de castrado: «Moscú no le había gustado y no había aprendido nada. En cambio se dedicó a la coquetería. Bien vestido, con ropa interior impecable, cepillaba dos veces al día su traje y sus botas, que lucían como espejos. Se hizo muy buen cocinero. Su amo le señaló un salario que gastaba casi enteramente en objetos de adorno: trajes, perfumes, pomadas. Parecía que despreciaba tanto a los hombres como a las mujeres, y respecto de éstas observaba una continencia inaccesible.» Su degeneración malogra en él todo buen provecho: sus bajas pasiones, su cobardía de impulsivo, su misantropía reconcentrada le ofuscan un día hasta convertirse en el tétrico parricida que, luego, ahogado por sus remordimientos, se ahorca mientras todas las acusaciones del crimen caen sobre su hermano Dimitri. Así el padre parece purgar quién sabe qué bíblico castigo engendrando cuatro terribles renuevos de la mezquindad de la naturaleza violentada en sus normas y contrariada en las necesidades conservadoras de la especie. Los cuatro enderezan sus pasos por diversos caminos y van hacia las sorpresas de la vida con todas sus taras y con la marca de fuego de todas sus maldiciones hasta ver asesinado al padre por uno

de ellos, venganza oscura y siniestra de la sangre contra cuantos contrarían sus designios y huyen de Dios negándole o fingiendo que le ignoran. Así Iván, irritable y nervioso como su madre, le habla al adolescente Aliocha de ese Dios que, acaso, para el cerebro rudimentario del mozo no es más que la concreción de todos los espantos y de todos los fines: «¿Es Dios quien ha creado al hombre—le dice—o el hombre quien ha creado a Dios?... Si hay un Dios, si admito un Dios, no acepto sus obras... Te confesaré que no he llegado nunca a comprender cómo se puede amar al prójimo.» Con asombro le refiere el hermano que Juan el Misericordioso, a fin de dar hospitalidad a un viandante helado, se acostó con él, calentándolo con su aliento la boca fétida y roída por espantosa enfermedad. Para Iván, el hombre, visto de cerca, inspira antipatía; él se siente incapaz de conmoverse con el dolor de los otros hombres: «Se puede amar al prójimo abstractamente, sí, pero casi nunca de una manera concreta.» Los hombres han sido culpables: tenían el paraíso y, deseando libertad, robaron el fuego del cielo para su eterna desgracia. Iván imagina un poema, el poema de su fantasía y de sus sentimientos, tratando de impresionar a su hermano Aliocha con el golpe de sus justicieras ideas: le refiere cómo, en tiempos de la Inquisición, cuando se quemaba todos los días *ad majorem Dei gloriam*, aparece un día Cristo entre la multitud:

hacía muchos siglos que había prometido venir, y la humanidad le esperaba siempre, siempre. El pueblo, atraído por una fuerza invisible, le rodea, le sigue: «Él pasa silencioso, sonriendo con una compasión infinita; el sol de amor arde en su corazón; los rayos de la luz, de la civilización y de la fuerza irradian de sus ojos, elevando en los corazones el amor del prójimo. Los bendice, y su contacto da fuerzas saludables. Un anciano, ciego de nacimiento, exclama: ¡Señor, cúrame para que te vea!, y el ciego le ve. El pueblo llora y besa el suelo en donde se han posado sus pies; los niños arrojan flores ante Él, gritando: ¡Hosanna!, y todos repiten: es Él, no puede ser sino Él.» Ya todas las pupilas, anhelosas, le bendicen, y todos los corazones, febriles, le ungen con el calor de sus esperanzas. Y mientras el pueblo llora de alegría, se presenta el gran inquisidor, que todo lo ha visto, con el rostro ensombrecido y las espesas cejas fruncidas. Ordena que detengan a Cristo, mientras la multitud inclina la cabeza ante el inquisidor, que la bendice y pasa. El prisionero yace en su calabozo, y cuando declina el día, se abre su puerta y ve entrar a su verdugo. El fraile le mira largo rato, luego se acerca y le bendice: ¿Eres tú? ¿Tú?... y, mientras los ojos del Nazareno se duermen dulcemente contemplándole, prosigue: «No respondas. Ya sé lo que podrías decir, lo que has dicho y lo que no puedes contestar. ¿Por qué vienes a turbar-

nos?... Lo has puesto todo en manos del Papa y ya nada tienes que ver, a lo menos hasta que sea el tiempo. No tienes derecho a revelarnos un solo misterio del mundo del cual vienes, si no quieres privar a los hombres de aquella libertad que afirmabas cuando aun estabas en la tierra. Todo lo que anunciaras de nuevo atentaría a la vida humana, porque aparecería como un milagro, y la libertad de fe era lo que tenías de más caro hace mil quinientos años. Esa libertad la tenemos nosotros, la hemos establecido en tu nombre y hemos necesitado quince siglos, pero está sólidamente fundada. Tú no lo crees; me miras con dulzura, sin siquiera condescender a indignarte. Sabe que ahora esas gentes se creen libres por completo, que han puesto dócilmente su libertad a nuestros pies. ¿Es esa la libertad que tú quisiste?... Has dado tu palabra; nos has dado el derecho de atar y desatar, y ahora no puedes pensar en quitárnosle; entonces, ¿por qué vienes a turbarnos?... No estamos contigo, sino con Él. Hace ocho siglos de esto, ocho siglos, que te hemos tomado lo que tú rehusaste inhábilmente, lo que te ofreció después de haberte mostrado los reinos celestes; hemos recibido de Él Roma y la espada de César y nos hemos proclamado reyes de la tierra. Aun sufrirá mucho la tierra antes de que lleguemos a Césares, y entonces pensaremos en la felicidad definitiva del hombre.» Y mientras Cristo escucha absorto, el inquisidor, prosigue: «Tu tiem-

po ha pasado: ¿Qué has hecho de los hombres a quienes les diste la libertad para que te siguieran? Tú no te preocupaste más que de los fuertes, de los elegidos, que pueden sobrellevar todos los sacrificios, todas las humillaciones cuando siguen tu ejemplo. Pero ¿y los otros? ¿Acaso eres Tú solamente el Dios de los fuertes?... Sabe que no te temo, que yo también estuve en el desierto comiendo saltamontes y raíces; bendecía la libertad que has dado al hombre y me preparaba a ser uno de tus elegidos, entre los poderosos y los fuertes, con deseo de acrecentar el número; pero reaccioné y no he querido servir a la locura y me he ido con los que han corregido tu obra. He dejado los altivos por los humildes. Lo que te he dicho será, y nuestro reino será constituido. Mañana verás al dócil rebaño atizar por orden mía tu hoguera, porque te quemaré por haber venido a turbarnos. Si alguien merece la hoguera eres Tú. Mañana te quemaré. Dixi.» El inquisidor calla, esperando una respuesta, mientras Cristo avanza hacia él y besa con dulzura su boca de noventa años. El viejo tiembla, abre la puerta y le dice: Vete, y no vuelvas más. ¡Jamás! Pero ese beso le quema el corazón.

He ahí, acaso, las ideas fundamentales de Dostoievski sobre el problema religioso, que justifican la significación romana que da el inquisidor a las tres proposiciones del espíritu terrible, dominadoras de la humanidad: el milagro,

la autoridad y el misterio, triple base sobre la cual descansa la potestad de la Iglesia.

Escéptico respecto de todo progreso humano, el novelista buscaba, sobre todo en los últimos años de su vida, el único refugio para su tranquilidad en el seno de Cristo: Él, que ha tenido piedad de todos, tendrá piedad de nosotros; Él significa la libertad y la salvación, mientras que la libertad que busca el mundo no es más que la servidumbre y el suicidio: «Interpretando la libertad como el derecho a la satisfacción de los deseos, se desfigura la naturaleza, porque se engendran multitud de necesidades absurdas. En los pobres la embriaguez lo ha eclipsado todo, y pronto no se emborracharán únicamente con vino: necesitarán sangre. Y yo os pregunto si hombres semejantes son libres.» El pueblo es creyente, piensa Dostoievski, y sólo los creyentes harán algo en Rusia: «El pueblo vencerá al ateísmo y Rusia se unirá en la ortodoxia.» Sin embargo, los imprevistos designios del destino le han reservado otra suerte al pueblo, tal vez lo que temía infundadamente Dostoievski: libre de una tiranía odiosa, todavía ciego y enloquecido, busca su camino, la senda que tardará en encontrar después de la catástrofe necesaria y dolorosa. Nunca pudo, acaso, prever el novelista ese fin cuando soñaba, con las manos juntas y el corazón anheloso, en la necesidad del eterno *Sursum corda* que el monje Zossima elevaba al cielo en su oración contrita: «Hermanos

míos, amad a los hombres hasta en sus pecados, porque así os acercaréis al amor de Cristo. Amad toda la creación, toda cosa, todo animal, toda hojuela, todo grano de arena, todo rayo de Dios, y comprenderéis el misterio de Dios en las cosas.»

La evolución cristiana alejó al novelista de la juventud liberal rusa, de sus antiguos amigos. Después de los días de su primera mocedad, y sobre todo después de los años angustiosos que vivió en Siberia, Dostoievski sólo sabe ser un hombre resignado, que aguarda con los brazos en cruz, conmovido ante la doliente piedad de la vida. Su fe en el progreso y en las ideas liberales sólo se transmutará en un suave conformismo, en una beata resignación. Con el crítico Belinski, que con su prestigio y su autoridad contribuyó a consagrar el éxito de su primera novela, riñe bien pronto a causa de sus ideas, de su ateísmo satisfecho: («Inmediatamente —dice en el *Diario de un escritor*— quiso catequizarme para el ateísmo.») Y Dostoievski, prematuramente, era ya un escéptico de la ciencia, de la razón y del realismo, sólo suficientes para crear un hormiguero humano, que no para concertar la armonía social. En cambio, el crítico se le aparecía como un eco de Feuerbach, de la filosofía materialista, del socialismo teórico, de Proudhon, fantasmas que Dostoievski repudiaba con toda la energía de su aversión más explosiva. Y fue así como el novelista jamás iba a

perdonarle a Belinski su negación del cristianismo, de la familia, de la propiedad, de la responsabilidad humana, sustituibles para éste por un remoto y utópico socialismo, que creía restablecer la verdadera libertad. Dostoievski llegó a odiar a su amigo y protector de antes, porque vio encarnarse en sus ideas el espíritu sin idealidad del siglo, la suficiencia de la razón, la pretendida picota demoledora de la izquierda hegeliana. Mientras el crítico combatía los sentimientos filantrópicos del cristianismo antes que la organización religiosa, que creía aniquilada por la ciencia, el novelista rebelábase indignado contra su materialismo grosero. Belinski, hombre de ideas netas, de convicciones claras, independiente e irreductible en su falta absoluta de supersticiones religiosas, admiraba al Dostoievski moralizante con un indulgente sentimiento de piedad, que el novelista acogía con altivo desprecio: «Cada vez que hablo de Cristo—solía decir el crítico—, este desgraciado se demuda como si fuese a llorar.» A veces, encarándose con Dostoievski, le espetaba algo por el estilo: «¡Pero recapacita un instante, ingenuo! Si vuestro Cristo reapareciese de pronto, sería el hombre más anacrónico, el más inadecuado que se pudiese imaginar. Desaparecería ante la ciencia moderna, con todo lo que cautiva a la humanidad.» En el fondo de su irreligiosidad, formada en la lectura de Strauss, Feuerbach y Renán, Belinski no podía tolerar al novelista

con su pietismo religioso, con su espíritu resignado, eternamente movido por la piedad y el más riguroso conformismo. Cuanto Dostoievski repudiaba constituía el credo moral del crítico: a él pudieron ser dirigidas las palabras de aquel artículo, *¿Un sueño de conciliación es posible fuera de la ciencia?*, que publicó en el *Diario de un escritor*, el año 77: «Creéis que llegará un día en el cual, ante la inteligencia universal, desaparecerán todos los obstáculos y los prejuicios que impidan a la humanidad llegar a olvidar los antiguos egoísmos, las viejas exigencias de nacionalidad y hagan posible que todos los pueblos vivan fraternalmente, en perfecta armonía.» En nada de esto puede tener fe el fatalismo del novelista; sus dudas parecen clamar siempre: palabras, palabras, palabras. En lo imposible está el eterno muro de piedra. La naturaleza no consulta, no le importan los deseos de los hombres, no se preocupa de que sus leyes sean o no agradables. He ahí el obstáculo, la valla implacable que advertirá el héroe subterráneo en sus memorias. Ante las miserias de la vida sólo podemos resignarnos, cayendo de hinojos al pie de la cruz donde expiró el Cristo, porque ¿lograremos encontrar al culpable de todos los dolores? Si aceptamos la responsabilidad de la vida, debemos participar de sus culpas: cada cual es culpable de todo y respecto de todos. Es la razón que acata la doctrina del pecado original: «Así como de una fuente en-

venenada nace un torrente envenenado, así también de un antepasado infectado por el pecado proviene una posteridad contaminada por el pecado». Es la idea que sostiene Iván Karamazov cuando afirma que la humanidad es la responsable de su desgracia porque, si se le dio el goce del paraíso, no debió sacrificarlo a cambio de la libertad que le iba a acarrear su desgracia; entonces sólo queda un camino único: «exáminate y asume la responsabilidad del pecado humano»: acepta resignado el mal de la vida y busca el camino que te lleve hacia Cristo, fuente del eterno perdón.

El oscuro sentido de la existencia encontró al novelista cada mañana inquieto y atribulado, y sus propias dudas no hicieron sino mostrarle el camino que buscaba su alma cristiana. Mira la tierra, prostérnate y bésala, porque ella es tierra maternal de los humildes, del pueblo que lleva en el fondo de su alma la imagen de Cristo. Y el amor de Dostoievski por el pueblo no reconocía límites: deseoso de verlo siempre resignado y sumiso, convertido en la mansa bestia de carga, odiaba cuanto pudiera abrirle los ojos en sus aspiraciones justicieras, haciéndole perder su nacionalidad y su religión. Enemigo del socialismo, porque carecía de todo espíritu de religiosidad, aceptaba el indigno régimen existente, autoridad medieval y expoliación sin contrapeso: «El que no siente el suelo de su país bajo sus pies, ese carece de Dios.» Dadle a los

rusos su mundo ruso, dejadles descubrir el tesoro de su tierra, porque llegar a ser completamente un ruso «significa tal vez llegar a ser el hermano de todos los hombres». Estas palabras, pronunciadas por el novelista en su discurso sobre Pouchkin, muestran hasta el fondo cuál era su actitud frente al pueblo: el sentimiento de un nacionalismo mantenido sobre la esperanza de la gran concordia futura, de todas las razas acogidas a la ley del Evangelio. Movido por esas aspiraciones religiosas, Dostoievski llega a ver en la autoridad del zar una encarnación del principio cristiano, a pesar de que fue él una de sus más injustas víctimas. Ya Iván Karamazov lo decía también cuando afirmaba que, al entrar la Iglesia en el Estado, ella no puede renunciar a sus principios ni hacer otra cosa que seguir la ruta que le trazó el Señor: «Todo reino terrenal debería procurar transformarse en iglesia y renunciar a aquellos de sus propósitos que no concuerden con los de la Iglesia.» Y el pueblo ruso, en su inmensa mayoría, fiel a su ortodoxia, no necesita comprender, sino creer.

He ahí la ideología moral de Dostoievski, que constituye la gravitación justificadora de todos los móviles en los personajes de sus novelas. Es un mundo moral curioso y único, a través del cual pasan el vicio y la degeneración aureolados por la verdadera bondad. En las almas, al parecer equívocas, de sus personajes siempre pre-

side una razón superior, que justifica sus actos: la mujer que se prostituye para alimentar a sus hermanos; el estudiante que comete un crimen para ayudar a la familia; el que, en fuerza de amar perdidamente, sacrifica su dignidad y su amor propio; el hombre bueno, que es vejado y ofendido; todas esas almas cristianas, que reproducen la perfección evangélica del Nazareno, en cuyo recuerdo siempre tuvo Dostoievski puesto el temblor de su pensamiento.

EL ESPÍRITU SUBTERRÁNEO

He aquí al novelista representativo de un pueblo, que no fundó el carácter de nacionalidad en su literatura recogiendo varias excepciones folklóricas o pintando tipos y costumbres regionales. Sólo supo sentir el hombre ruso, místico, indolente, atormentado, rebelde. Porque ninguno entró en la mina de su alma, consumida por la inquietud de Dios; porque jamás un escritor, llámase Rousseau o Ibsen, se estudió más sinceramente, sintiéndose vivir en los otros; porque su obra abarca toda la historia de la vida, en las exaltaciones más sublimes y en las bajas más ruines, la novela de Dostoievski crecerá cada día.

¿Y acaso sentirse vivir no constituye la manera más eficaz de penetrar los designios de la naturaleza humana? Demasiado se han

estudiado los hombres en sus relaciones, pero muy poco se conocen las de individuo ante el problema de su destino y de la conciencia. Y en Dostoievski, como en Pascal, advertimos ese constante sondeo en lo profundo de los subsuelos espirituales, por donde se desvían las corrientes subterráneas de la vida oscura y tumultuosa de nuestros sentimientos; donde la repercusión de nuestras angustias desencadena las tempestades y el rayo de la conciencia y donde la vida se siente en su pesantez profunda, en su desnuda gravedad trascendental.

En todos los personajes dostoievskianos la actividad de sus actos parece estar determinada por la lógica de esas fuerzas invisibles, que impulsan con la misma energía ciega hacia las acciones superiores como hacia la fatalidad del delito y del renunciamento. Es el caso del suicida Kirilov o de Dievouchkin. Como árboles henchidos de savia o doblados bajo el peso del fruto, sus personajes viven sus existencias en la independiente plenitud que les permite la expansión de sus anhelos. Aunque, con frecuencia, abúlicos tristes, hipocondríacos incurables, reflejan en todo instante una intensa vida íntima, acentuada en el aislamiento que les sustrae a la conciencia común, abandonándoles a sus ideas, a sus sentimientos, a sus estranguladas aflicciones. ¿Acaso entre una felicidad menguada y un sufrimiento supremo no buscarían todos ellos el camino de este último, que puede con-

ducirle hacia una purificación reparadora del mal de vivir? ¿No basta con que cada cual sobreleve el tormento de la conciencia para sentir la desgracia de la vida? «Una conciencia demasiado lúcida es una enfermedad, una verdadera enfermedad». La demasiada conciencia es un mal, una angustia irreparable; es el dolor de la responsabilidad atormentadora del pobre diablo, que monologa pensando en la bajeza cometida, y en quien la amargura de esa obsesión llega a convertirse en la voluptuosidad de un goce reflejo ante su rebajamiento, en el que toca hasta el fondo de su infamia, encerrado en el rincón más soterrado de su pesadumbre, en donde se ha sepultado en el enloquecido escarbar de sí mismo. Y desgraciados los que, olvidándose de que no son sino una pútrida fermentación de deseos reprimidos, no se resignen ante lo imposible, ante la implacable e indestructible muralla de piedra que edificaron las leyes de la naturaleza, porque habrán violentado el único refugio, el blando acomodo de la inercia, donde acurrucarse para apagar el inútil furor de su orgullo, que no saben contra quién enderezar. Siempre somos los actores de nuestro propio drama interior y los jueces en nuestros propios actos; porque para el subterráneo querer es poder y con tal de afirmarse a sí mismo no le importa conservar sus ensueños más quiméricos o su rasquera sandez. Él piensa que nadie llegará a privarnos de nuestra libertad con el pretexto de

organizar la vida humana de acuerdo con los intereses normales, con las leyes de la naturaleza y de la aritmética. Absurdo y siempre absurdo: ¿corregir la voluntad del hombre según los dictados de la ciencia o del sentido común? ¿Dónde puede estar el provecho de no atentar contra los intereses que emanan de la razón y de la aritmética? ¿Quién dijo que el hombre sólo necesita lo normal y lo positivo, la prosperidad y el orden? No siempre la prosperidad supone un progreso, ni la alegría un goce, porque podría ocurrir que prefiriese el sufrimiento y que éste le resultase tan provechoso como la primera. Que el dolor suele ser en nosotros una pasión necesaria y una negación fecunda y, a veces, la única justificación de la conciencia; si suele constituir la mayor desventura, el hombre no se apega a ella, sin embargo, porque en el fondo de su voluntad puede probarle que dos o dos suelen no ser cuatro, a pesar de la razón, pero de acuerdo con nuestros deseos, que son la manifestación de toda la capacidad de vivir, de todos los desasosiegos posibles, porque el que desea vivir sólo desea satisfacer su actividad y no su facultad de raciocinio, que representa la vigésima parte de la capacidad de vivir. La razón sólo sabe lo que ha tenido tiempo de conocer, mientras la naturaleza humana actúa en masa, con cuanto ella arrastra como una corriente sin atajos y, se equivoque o acierte, vive.

He ahí Dostoievski; he ahí el hombre que cede ante las fuerzas fatales; he ahí el eterno resignado, que confía en un remoto paraíso. Su cristianismo no resulta un propósito de mejoramiento, sino una razón de decadencia, una eterna entrega, un tácito abatirse ante las fuerzas dominadoras de la vida. Pero la vida es algo más que eso: lucha en la naturaleza y lucha en el espíritu: superación constante; dominio de las potencias ciegas; propósito, cada mañana renovado, de ágil y liviano vuelo hacia el azul. Una vez más será preciso repetir las palabras de Kant: soñé, y creí que la vida era belleza; desperté, y aprendí que la vida era deber.

EL SENO DEL SEÑOR...

¡Cómo se comprende que esa alma blanca y ese corazón puro, vaso transparente a pesar de sus terribles trizaduras, buscara en el Evangelio el camino que traspone la muerte y aquietta todas las incertidumbres en la dulce paz del Señor! Nadie como él estuvo tan cerca de Cristo: cuanto más humillado y ofendido, todo su ser clamaba por la resurrección de su espíritu hacia la luz eterna, que recibía del eterno pesebre, buscado por su sed de ideal. ¡Qué elocuente y qué claro camino de santidad resulta la melancolía cristiana de Dostoievski! ¿Cuándo,

si no es en los anales del martirologio, podría encontrarse otro hombre a quien la brutal injusticia de sus semejantes vejara, humillándolo, con tan inútil y cruel barbarie?

Recogido en el seno de una suave conformidad cristiana, Dostoievski esperó tranquilamente la muerte, rendido a su inaplazable fatalidad. Se preparaba a fin de asistir a las fiestas que debían celebrarse con motivo del aniversario de la muerte de Pouchkin, cuando cayó bruscamente enfermo, para no recobrar ya su salud. Su antiguo catarro pulmonar se agravó inesperadamente con la ruptura de uno de los vasos; de hemorragia en hemorragia, su pobre organismo cansado fue preparándose para el último sueño.

En vísperas de la hora postrera, como en todos sus momentos de incertidumbre, Dostoievski buscaba el Evangelio y, abriéndolo al azar, leía, leía con el espíritu inquietado en ese dulce consejo. ¡Buen libro modestísimo aquél, en sencilla edición, revestido con las negras tapas de los novenarios, que le había acompañado en los días de su prisión en Siberia! Cuando su amor propio pudo rebelarse contra la injusticia y la maldad, el agua lustral de los eternos versículos ungió su ánima vacilante con el consuelo que reciben los mansos de corazón, los humildes, los únicos que serán consolados.

Ese atardecer, dulce hora de suave penumbra, mientras el alma entabla el coloquio invisible con los precursores de la oscura noche,

Fedor le pidió a su esposa que le leyera el Evangelio, abierto en San Mateo: «Pero Juan se lo impidió, diciéndole: soy yo quien debe ser bautizado por ti y tú vienes hacia mí!» Y Jesús le respondió: «No me retengas, porque de esta manera realizaremos justicia». Entonces Dostoievski le dijo a su esposa: «¿Entiendes, Ana? *No me retengas...* Esto significa que voy a morir».

Cerró los ojos, y se quedó dormido.

COLOQUIO

Sobre la mesa de trabajo pende del muro la copia del vivísimo retrato de Serov: del fondo oscuro de la tela emerge la figura enigmática de Fedor Michailovitch. Su frente es amplia, su nariz firme, sus ojos profundos, su rostro enjuto. La barba despoblada, algo hirsuta, y los pómulos salientes, donde el dolor acentuó su terrible huella, denuncian un extraño ascendiente mongólico, quién sabe qué rara supervivencia asiática, suavizada en su rostro, tal una pincelada de sombra, por la boca suave, ligeramente hundida, que casi oculta la cortina del bigote espeso.

Las pupilas miran hacia la tierra, como buscando en ella todo el sentido de una angustia profunda y de una esperanza nunca fallida. Tal vez Fedor Michailovitch le dice a la tierra, en el tem-

bloroso coloquio de su alma: acaso hoy o mañana, amiga; aguarda un poco, que pronto llegará el día; bien sabes que los designios de la muerte nunca me sorprendieron con su espanto.

El rostro triste, todo tristeza velada; tristeza que se esconde en las pupilas, se baña en la frente y se afila en su nariz. ¿Qué mueca amarga frunce los labios y cierra la tenaza de sus mandíbulas recias?

¿Sufre, medita, se ausenta de sí mismo? Las ventanas de su espíritu están abiertas en sus ojos dolientes y mansos. Su rostro de fatigado escruta desde su enigmático estatismo. Entre sus hombros se hunde el globo de una cabeza despejada y dura. La calvicie deja modelarse el cráneo y, a medida que lo observamos, nuestra fantasía comienza a desnudarlo, a desnudarlo lentamente, arrancando el cabello, bajando hasta los pómulos que acentúa las cuencas vacías, donde murió la luz de los ojos claros, grises u oscuros. Y he aquí desnuda, con todo lo que le arrancó la muerte, la testa socrática; el cráneo mongoloide; la boca, oscura caverna donde anida una mueca siniestra, que exagera la falta de los incisivos superiores y el primer molar roto.

El pintor ha buscado la expresión del rostro que debió ser, con la pupila dormida a través de los párpados entrecerrados. Esa era la máscara del verdadero rostro, ensombrecido por la muerte, que ahora se anima otra vez en el fon-

do oscuro de la tela tremante de vida. He aquí, nuevamente resucitada, la expresión de ese rostro: las pupilas atisban sin concentrar su intención, lejos, muy lejos, con una mirada tan suave y tan profunda, la misma que en los Cristos de Ribera o en los caballeros del *Greco* denuncia todas las torturas del alma sacrificada por las siete espadas. ¿Qué han recogido esas pupilas en su paso por la vida? He ahí el espejo que citaba Stendhal: todo el dolor, todas las angustias, están clavados en el fondo, en la gota de luz que se condensa en ellas. La miseria, la injusticia, la muerte, la inquietud, el dolor, los cinco torcedores que atenacearon esta alma cristiana, consumida por los remordimientos. ¡Ah, nuevo Cristo de una nueva humanidad, sin Gólgota, sin evangelistas, sin apóstoles! Buen Nazareno, que sufrió humildemente por una causa que no tiene historiadores y carece de doctrinas: la religión del sufrimiento y de la bondad humilde, de la pobreza callada, de la soledad sin rebeliones.

Su rostro lo revela todo: es el eterno espejo del alma atormentada; el cristal que deja ver hasta el fondo las angustias de un corazón sangrante.

El pintor ha sido el mejor psicólogo: su pincel pudo contar con elocuencia la historia de este hombre que, bajo su capa raída de mujik, llevaba un Cristo dormido en el fondo de todos sus impulsos. Sus ojos cansados y su boca apretada

bajo el bigote hablan lo que las mejores palabras no podrían decir: ese es el mismo gesto resignado del presidiario que aprendió en el Evangelio la santa religión del sufrimiento; ese es el mismo Dievouchkin, ese es Vania; ese es Raskolnikov; ese es el Príncipe Muichkin. Son él y es el alma de ellos, de todos los resignados, humillados y ofendidos, que tuvieron los ojos puestos en la clara estrellita que cada atardecer se enciende del lado de la eterna Galilea.

Sobre nuestra mesa de trabajo, el retrato se anima en el fondo oscuro de su noche profunda. Consumido por la meditación, el rostro zurbaranesco se inclina hacia la tierra, y acaso sus pupilas acarician el hueco solitario en que mañana dormirá su cuerpo y donde ellas se consumirán como una gota que se evapora en las cuencas vacías.

GUÍA DE LECTORES

Mala fortuna ha tenido la obra de Dostoievski en nuestra lengua, donde se han perpetrado tantas versiones comerciales del francés. Mientras en Inglaterra y en Alemania se cuentan por centenares las traducciones fieles, y el conocimiento del novelista resulta familiar y seguro, en Francia no ocurre, desgraciadamente, lo mismo: muchas de las traducciones hechas por el más pródigo de los difundidores

de Dostoievski, hemos mencionado a Halperine-Kaminski, no pasan de ser sino mutilaciones de las obras originales, como ha ocurrido con *Neztochka Nezvanova* y con *Los endemoniados*, novela está última de la cual publicó la *Nouvelle Revue Française* (números 105 y 106 de 1 de junio y de 1 de julio de 1922) el capítulo IX de la segunda parte de la novela, descubierto en los Archivos de la Academia de Ciencias de Petrogrado, que no figuraba en la edición francesa, hecha por la casa Plon Nourrit, de París.

Así, pues, sólo ahora una excelente empresa editorial matritense, las «Publicaciones Atenea», ha comenzado la obra de reparación ante las profanaciones hechas a la memoria del más grande de los novelistas, iniciando la publicación de sus obras, bien traducidas y respetando la totalidad de su texto original, ya que las existentes hasta ayer constituían una vergüenza para la cultura española. Actualmente corren impresas las siguientes ediciones: del primer libro de Dostoievski, *Los pobres*, circula un pequeño volumen, con la novela mutilada, vertida del francés, y una edición hecha por la casa Sanz Calleja. De *La casa de los muertos* se han hecho numerosas traducciones, lamentables trasposiciones del francés: la primera con el título *La casa de los muertos* y otra con el de *La novela del presidio*, ambas de *La España Moderna*; la nunca bien execrada casa Maucci, de Barcelona, la dio a la estampa con el título *Los presidios de*

Siberia; la de Sopena la publicó también, con no menos escrúpulos, bajo el nombre de *El sepulcro de los vivos*. En 1923 se publicó una traducción completa de la edición francesa, hecha por la casa Plon.

De *Crimen y castigo* han circulado mucho las versiones de Maucci y las de Sopena, traducidas del francés con sobrada ligereza y menos honradez; de *Nietotchka Nezvanova* se ha publicado una versión del francés en la Editorial América. Ya en ocasiones anteriores, traductores poco escrupulosos habían incurrido, al trasladar algunos capítulos de esta novela al español, en las mismas lamentables confusiones en que cayeron los traductores franceses, sobre todo Halperine-Kaminski, que, con el título de *Les étapes de la folie*, publicó los seis primeros capítulos de la novela, haciendo aparecer al músico Efimov con el nombre de Bouvarov; y con el de *Netochka* editó otra parte del libro, donde el protagonista se llama Berner. Con el título de *Ame d'enfant*, y con el correspondiente de *Alma infantil*, y más tarde con el de *Las etapas de la locura*, han circulado en francés y en castellano dos ediciones baratas, fragmentos de *Nietotchka Nezvanova*, publicada por el *Mercure de France*, y en edición por Payot, también inconclusa. En la Editorial América, de Madrid, aparecieron, bajo el título de *Tragedias oscuras*, una novela corta de Dostoievski y *El violín embrujado*, fragmento de *Nietotchka Nezvanova*,

traducida del francés por Cansinos Asens. *Las noches blancas* y *El jugador* fueron dadas a la estampa, bajo el primer título, por la casa Maucci, de Barcelona, y nuevamente se ha reeditado la primera en las ediciones *Lecturas de una hora*. De *El idiota* existen dos ediciones españolas: una, incompleta, mutilada por su traductor, D. Pedro Pedraza y Páez, traducida del francés para *La Nación*, de Buenos Aires, y otra, detestable, editada por la casa Sopena, con el título de *El príncipe idiota*. De *Stepan-chikovo* existen dos ediciones: una, traducida por R. Baeza y R. Zhukovski, publicada en las ediciones de *El Sol*, y otra, hecha por Bernardo G. de Candamo, del francés, con el título de *Apuntes de un desconocido*, dada a luz por Domenech, de Barcelona, en la que aparecen, además, dos artículos del *Diario de un escritor* y una ligera biografía de Dostoievski, basada en las noticias publicadas por J. W. Bienstock en su volumen de la correspondencia del novelista, editado por el *Mercure de France*. También la casa editora de esta revista francesa dio a la estampa las tres novelas cortas de Dostoievski, que, con ese mismo título, tradujo del francés Cansinos Asens y publicó la Biblioteca Nueva: la primera *nouvelle*, *El subsuelo*, no es más que la primera parte de la obra completa, que en otras versiones aparece con el título de *El espíritu subterráneo*. *Humillados y ofendidos* fue traducida del francés por Mariano de Mazas y

editada por la casa Sáenz Calleja, de Madrid. Baeza y Zhukovski tradujeron, editándolo *El Sol*, de Madrid, *El eterno marido*. *El subsuelo*, excelentemente traducido del ruso por Levachev, apareció en cuidada edición de la casa Calleja, y *Los hermanos Karamazov* fueron traducidos por H. Antipov y F. Villanueva y publicados por las ediciones Michaud, de París. Interesante resulta esta edición por los bellísimos dibujos de Widhopff, ya que carece de otros méritos. No existe aún, ni en francés ni en español, una edición completa de esta obra, que las Ediciones Bossard tienen anunciada desde hace algún tiempo. De *Un adolescente* ha dado a la estampa una completa versión Carmen A. de Peña, en las «Publicaciones Atenea»; de esta obra sólo existía una detestable traducción fragmentaria, hecha del francés y publicada por una fugaz sociedad editorial matritense. Del *Diario de un escritor* se ha publicado una edición incompleta, en Madrid, traducida del francés.

Rarísimas resultan, pues, las ediciones dignas de atención que existen de Dostoievski en nuestra lengua. Pero el lector medianamente culto deberá preferir, evidentemente, las traducciones que han dado en la estampa algunos editores franceses, como la casa Plon Nourrit, que ha publicado la mayor parte de las obras del novelista, traducidas cuidadosamente, aunque a veces mutiladas, por Humbert, Halperine-Kaminski, Bienstock, Derely, Neyroud; el *Mercure de*

France ha editado también otras; Payot, una de sus novelas; Rieder, *La logeuse*; Charpentier, el *Journal d'un écrivain*, etc., etc.

Si el lector de Dostoievski lee el alemán, podrá conocer totalmente al novelista en la edición hecha por K. Piper, de Munich, que es la más recomendable después de las que se han hecho en ruso.

RENÁN

LA celebración del primer centenario de Renán puso de actualidad el tradicional antagonismo, muchas veces renovado, sobre el valor de la personalidad ante las conquistas científicas. ¿Debe el investigador sacrificar las efusiones de su particular sentir cuando se trata de los problemas superiores del conocimiento? El biólogo y el exégeta, ¿han de ser simples narradores, estrictamente impersonales, según lo realizaba Stendhal con lo literario, en quienes la enseñanza vista la túnica de la austera claridad, o pueden convertir los resultados de sus indagaciones en levadura que amase la obra original, en la cual la ciencia encuentre el complemento de una ideología o de una estética propias? Filólogos fueron Nietzsche y Renán, pero en quienes la ciencia constituyó siempre un apoyo para saltar, sobre el trampolín de las posibilidades, hacia el sentido de las cosas eternas: ni el helenismo de aquél, ni la preocupación hebraizante de este otro llegaron a estrangular al artista y al ideólogo, que se impusieron sobre el frío *scholar*. Lo que con ello pudo per-

der la ciencia lo ha ganado la literatura: las doctrinas del autor de *Caliban* sobre los orígenes del cristianismo han sido muchas veces rehechas, y de sus libros se recordará con preferencia la elegancia de un estilo incomparable y la maestría de evocaciones que, como las de San Pablo y de Nerón, hablan de un noble artista y de un excelente historiador de las ideas morales. En cambio, la exégesis marcha por nuevos caminos y ha olvidado ya los senderos de la crítica renaniana, que el andariego curioso ve cubiertos de flores, pero a través de los cuales no se advierten las huellas de los necesarios pasos de cada día. ¿No escribía uno de los más eruditos cristólogos, el profesor de la Sorbona, Guignebert, que «el Jesús de Renán no se parece más al verdadero Galileo que el del padre Didon, y, sin embargo, muchos franceses, ignorantes o desdeñosos de los resultados adquiridos desde hace veinte años por la exégesis evangélica, invenciblemente seducidos por los encantos de una lengua flúida y cantante, por las gracias de una imaginación que se revela para conquistarnos, por la ilusión de una pintura delicada y luminosa de las cosas y de los hombres, tan ingeniosa que es preciso demorarse para encontrar el artificio, continúan buscando en Renán el secreto de la persona y del alma de Jesús?»

Renán, como Taine y Michelet, aunque provenía del Seminario y había entrevisto la Es-

cuela Normal, le rindió un culto fervoroso a la ciencia, en una hora en la cual los positivistas celebraban su advenimiento con hosannas que se confundían al *De profundis* rezado en los funerales de la religión. Pero ese fue el espejismo de un momento, y, antes de que Renán publicase el fruto de todas sus comuniones en el altar de la nueva diosa, ya la primera duda le obligaba a volver idealmente a San Sulpicio: *El porvenir de la ciencia*, escrito en horas de afiebrado estudiar, sólo iba ser, en los postreros años de su vida, como un documento retrospectivo.

Tan pronto como esa medulosa juventud, se abatieron sus afirmaciones científicas. Sus estudios sobre el lenguaje, en los cuales presidió siempre el psicólogo que había leído a Humboldt, y sus páginas de crítica y de exégesis sobre la historia de los orígenes cristianos, constituyen más una curiosidad interesante para la literatura que una fuente de afirmaciones para la ciencia.

Sin embargo, queda el escritor, el psicólogo agudísimo que determinó un nuevo aspecto en la literatura moderna, influyendo sobre los sentimientos de toda una época. Aun se es renaniano en Francia, como lo fueron Jules Lemaitre, Anatole France, Paul Bourget y Maurice Barrés hace seis lustros. Sólo que, con la mudanza de los años, esos renanianos de ayer han vuelto al antiguo refugio: las cansadas palo-

mas añoraban el alero eucarístico. Lemaitre murió en olor de arrepentimiento; Bourget y Barrés halagan el tradicionalismo católico, y sólo el espíritu libre de Anatole France, ese volte-riano impenitente, reclama en cada hora su libertad, quemando a veces lo que exaltó otros días: ¿quién puede reconocer en su Renán de hoy al Renán de ayer? «Su estilo tiene la falsa sencillez, el arte sagrado de los hijos de María y de los sacristanes—ha escrito últimamente—. Carece de espíritu crítico y del sentido de la historia.» Posiblemente, nunca el autor de *La isla de los Pingüinos* se nos antoja más renaniano que en estas contradicciones: él, que había elogiado en Renán «su arte de animar el pasado lejano, su inteligencia del antiguo Oriente», ¿puede negarle ahora al maestro de los *Orígenes del Cristianismo* el sentido de la historia? Razones son éstas que acaso encuentren su explicación en la eterna versatilidad del es- céptico.

DE SAN SULPICIO A STRAUSS

«Tú no me buscarías si ya no me hubieses encontrado», decía la voz divina a Pascal. Cuando Renán, en cambio, más afanosamente andaba tras él, Dios parecía estar más lejos de su fe. Su vida rayaba en la grávida primavera de los veinte años; cada mañana sorprendía al mo-

desto profesor rendido ante un fervoroso estado de conciencia: era en vano, en vano resistir, porque las horas de recogimiento iban destilando en su inteligencia el escéptico corrosivo. ¡Que huya el análisis; que estrangule la hidra de todas las dudas; que solamente crea el alma beata que no desee perder su Dios! Pero el joven sansulpiciano no pensaba así mientras cruzaba su camino de Damasco que le conduciría hacia la duda cardinal, donde iba a encontrar su propia perdición. ¿Acaso puede un profesor de hebreo, un aprendiz de sánscrito, un exégeta y un modesto filósofo, que ya se sabe su Kant y su Spinoza, torcer la dirección que le impone el más alto deber moral? ¿No amó como ninguno la verdad? ¿No soñaba con que sobre su tumba se grabara el epitafio latino: *Veritatem dilexi?*

El sedante interior de San Sulpicio, donde estudiaba la teología y la filosofía semítica, consumó la tragedia de su divorcio moral con la Iglesia; la gramática comparada le indujo al estudio de los textos bíblicos, y, luego, las lecciones de sánscrito del sabio Quatremère completaron su preparación filológica, atizando el fuego de su afán por el conocimiento de los problemas religiosos. El estudio de la filología le familiarizó con la disciplina del investigador, habituándole al ejercicio del más riguroso método intelectual.

Sus constantes lecturas y el cotidiano exa-

men alejaronle definitivamente del seno de la ortodoxia: ¿cómo cerrar los ojos ante las evidencias? ¿Bauer y Strauss carecían de razón? ¿Acaso los primeros capítulos del Génesis no son puramente míticos? ¿Se puede atribuir seriamente a Moisés el Pentateuco? El libro de Isaías, ¿no reconoce diversas épocas en su redacción? ¿Cómo no advertir las contradicciones y los errores en los textos de las Escrituras? Ahí está el libro de Daniel, donde el joven tonsurado siente confirmarse sus primeras dudas sobre el origen divino del catolicismo.

Él quisiera seguir siendo un sacerdote en quien la religión pudiera cimentarse sobre un estudio lógico, en la crítica más estricta: «¿Quién fundará, entre nosotros, el cristianismo racional y crítico?», le escribe un día, pensando acaso en Herder, a su director espiritual, el sabio abate Le Hir, su maestro de filosofía semítica. «¡Ah, que yo no pueda, como Herder, pensar todo eso sin dejar de ser ministro predicador cristiano!» La influencia de los pensadores alemanes comienza a torcer la dirección de su vida. Mientras estudia el hebreo, le escribe a su hermana: «También en esto la palma pertenece a los alemanes: son ellos los que han hecho del hebreo una verdadera ciencia, enteramente racional; una geometría, en una palabra». Me gusta mucho «la manera de *tus* pensadores alemanes», le dice él en una carta, y ella le responde: «Cuanto tú me cuentas sobre tus gustos por los filósofos

germánicos me alegra y no me sorprende; Alemania es la tierra clásica del ensueño apacible y de los razonamientos metafísicos. Nuestro espíritu francés es, generalmente, demasiado ligero para ser profundamente filosófico».

En el camino de la duda, su hermana Enriqueta es, según él mismo lo va a recordar más tarde, como la columna de fuego que le guíe y le oriente. Verdadera madre durante su niñez y el más desinteresado mentor en su juventud, cifra para el joven estudiante la más entrañable afección de su vida. Ella será su constante confidente y decidirá de su porvenir. Ya, antes de abandonar el Seminario de Issy para ir a San Sulpicio, le escribe: «Al término de mi permanencia en esta casa de estudios suena la hora en que, conforme al uso, se invita a la tonsura a aquellos a quienes se juzga dignos de ella; yo estoy, felizmente para mi intención y para los deseos de mi madre, en el número de los que la Dirección ha creído de su deber invitar a este primer paso de la carrera eclesiástica. Bien sabes tú que esto no es un mandato, ni siquiera un consejo, pero no puedo expresarte las perplejidades que tal proposición me ha traído. El compromiso que se me insinúa no es irrevocable, pero es una promesa sobre el honor y la conciencia, una promesa a Dios, que por ser hecha a Dios se acerca mucho a un voto. He creído, por lo tanto, que ella exige, antes de ser formulada, serias meditaciones y

no quiero omitir ningún medio de los que puedan esclarecer mi pensamiento.» Así, poco más tarde, recibe en la iglesia de San Sulpicio las órdenes menores: las siete horas que dura la ceremonia de la ordenación le llenan de consuelo y acallan todas sus dudas. Mas cuando el estudiante de San Sulpicio piensa consagrar su vida entera al deber religioso, Enriqueta se levanta ante él y, suavemente, con dulzura, le comienza a guiar, instándole a no tomar un compromiso definitivo, del que más tarde acaso puede arrepentirse: «Sí, mi querido Ernesto, antes de ir más lejos en la carrera en que has entrado, antes de dar un paso irrevocable en tal vía, es menester que cese sobre tu espíritu toda influencia extraña, que tu determinación emane de una voluntad ilustrada y libre. Ahora bien, para que ella sea libre, es preciso que salgas por algún tiempo del ambiente en que has vivido hasta el presente; para que ella se ilumine es de toda necesidad que tú puedas conocer un poco este mundo en el que debes pasar tu vida: hay cosas que no podrían enseñar todos los libros del Universo.» ¿Qué debió pensar Renán ante esta advertencia tan justa y tan razonable? Una carta del 11 de abril del año 45 arroja luz completa sobre el particular: «Desde el momento en que mi razón despertó, ella reclamó sus derechos legítimos, tal como todos los tiempos y todas las escuelas se lo han acordado; emprendí, desde entonces, la verificación racional

del cristianismo. Dios, que ve en el fondo de mi alma, sabe si he procedido con atención y sinceridad... Pero una cosa es decir que el cristianismo no es falso y otra que él es la verdad absoluta... Enriqueta, perdóname si te digo todo esto; dudo y no depende de mí el ver de manera distinta de la que veo. Y no obstante, ellos dicen que es necesario admitirlo todo, que sin esto no se es católico. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es preciso ser entonces?... He ahí mi estado, mi pobre Enriqueta.» En ese coloquio de la razón, en el cual nunca están ausentes los sentimientos, ella lo anima, robusteciendo sus decisiones: «Valor, ¡oh! valor, mi buen amigo», le escribe. He ahí la columna de fuego en el desierto, que él mismo reconoció con leal nobleza. No era la duda, el simple incentivo perturbador, aquel puro consejo de mujer, sino la prevención oportuna, la cordura de la experiencia que ha recorrido ya el camino a través de cuyas encrucijadas suele extraviarse la juventud para llorar después tardíos arrepentimientos. Enriqueta sólo piensa en él desde su rincón de Polonia, donde se encuentra como institutriz en casa del conde de Zamoyzki: le aconseja que no sacrifique aún su libertad de acción, que espere, que conozca antes la vida, que no se comprometa con ningún voto solemne. Entretanto, Renán estudia el alemán y prosigue en las lecturas intensas de sus escritores: «Siempre me ha sorprendido —le escribe a su hermana— ver cómo

mis pensamientos se encuentran en perfecta armonía con los puntos de vista de sus filósofos y escritores». De pronto le anuncia a Enriqueta que la carrera eclesiástica ha dejado de sonreírle: «el verdadero motivo helo aquí, es una sola palabra: no creo lo suficiente». Entonces ella, que acaba de regresar de una peregrinación a la tumba de Kant, le habla del deber, que le revela al hombre su dignidad y su verdadera libertad; mientras él piensa: «¡Ah, si hubiese nacido protestante en Alemania!» Allá estaba su sitio, cerca de Herder, de Goethe, de Kant: ¡con cuanta ira no reduciría a polvo la hueca y pedante Universidad, a «esos estúpidos franceses, que no saben lo que desean, ni lo que deben pensar!» Ni Taine, ni Cousin iban tan lejos en su rendida germanofilia: «Herder, mi pensador rey, reinando por sobre todo, juzgándolo todo y no siendo juzgado por nadie». ¿Luego no faltará algún crítico poco informado que hable sobre la leyenda de la influencia alemana en la formación de Renán?

Pero analicemos el proceso de esa influencia, que se refleja en los estudios del joven tonsurado. Hegel, que ha sostenido que Cristo y el cristianismo representan una necesidad histórica, ha franqueado un camino nuevo a la exégesis: los teólogos de Tubinga, sus discípulos, proyectan la lenta crítica sobre los testimonios de la Escritura, y Bauer y Strauss consuman una revolución en los estudios religiosos. La muerte de

Hegel precipita un movimiento de trascendental importancia exegetica: Richert y Feuerbach, tímidamente, inician la controversia de las doctrinas sobre la vida futura, mientras la crítica bíblica comienza a aplicar el sistema de un vasto plan de revisión a los orígenes del cristianismo, que descansa sobre la audaz hermenéutica de la Escritura y de la tradición mesiánica.

Renán no ignora todo el alcance del movimiento que se realiza en Alemania: estudia a los críticos de Tubinga y de Bonn mientras su hermana le anima y le reconforta. La moda cultural del momento le obliga a preocuparse de aquella renovación que trasciende a toda Europa como el triunfo del materialismo radical. Bien pronto él, que desde sus días de estudiante en el Seminario de San Sulpicio soñaba, como Taine, en el científico refugio del protestantismo, pensando en la libertad de Kant, de Fichte y de Herder, se convierte en un admirador de la escuela tedesca: «El trabajo de las exégesis bíblicas —escribirá más tarde— construído piedra a piedra, con una continuidad maravillosa y una incomparable tenacidad de método, es, sin disputa, la obra maestra del genio alemán y el modelo más perfecto que se puede ofrecer a las otras ramas de la filología». Antes de aprender el alemán, puede leer e imponerse en las traducciones, y según los comentarios, de los trabajos de Bauer, de Strauss y de Feuerbach. Un estudio entusiasta de Quinet y la traducción he-

cha por el concienzudo Littré le familiarizan con el más difundido de los libros de Strauss, *La vida de Jesús*, que fue para sus incertidumbres del momento como un rayo de luz. El método straussiano aplicado al Nuevo Testamento y los procedimientos estrictos de la crítica histórica, constituían una novedad hasta ese entonces desconocida. El nuevo exégeta llegaba, por un camino no sospechado antes, a interpretar las Escrituras como concepciones míticas, explicando según el mismo criterio los orígenes del cristianismo.

Los Evangelios constituyen para Strauss una serie de relatos milagrosos, que concurren en la explicación de la vida de un personaje sobrenatural y, como la naturaleza rechaza cuanto contraría sus leyes, las Escrituras pueden ser destruídas con la sola aplicación de este enunciado. En todos los relatos sobre la vida de Jesús existen discordancias evidentes, anacronismos claros, errores flagrantes y falta de acuerdo con la relaciones de los autores profanos, que le hacen dudar de su historicidad. Si antes se había aplicado al estudio de la Biblia el criterio teológico, Strauss reacciona abiertamente contra la vieja escuela, concibiendo tan sólo las explicaciones que se basan en el método histórico, lo cual le obliga a rechazar los testimonios milagrosos, que relega como simples hipótesis preconcebidas. Los hechos sobrenaturales no pueden fundar un criterio histórico, pues la

historia se basa en la verdad del testimonio natural, única razón de fe aceptable. ¿Cómo conciliar entonces el milagro con las leyes de la naturaleza, a fin de aceptar la historicidad evangélica? Ya que esto no es posible, debe llegarse a la conclusión de que estos tres relatos no pueden ser tenidos como documentos históricos, sino como un residuo de las ideas mesiánicas de esa época, y la figura de Jesús como una creación que no resiste el análisis de la crítica científica.

La confrontación de los textos evangélicos con los testimonios de los historiadores de la época, no concuerdan en lo que se refiere al advenimiento de Cristo: ni Josefo, que sólo alude incidentalmente a la muerte de Jesús; ni Filón, ni otros autores griegos o romanos, hacen mención de él. Por lo demás, los Evangelios, si se toma en cuenta su composición, parecen escritos redactados uno tras otro, que no coinciden en la reproducción de los mismos testimonios.

Después de eliminar el milagro por el mito y de buscar en los relatos evangélicos el fondo de verdad, Strauss analiza sus textos estudiando su formación y los antecedentes que presidieron en sus orígenes. A la luz del más riguroso procedimiento exegético restaura la personalidad de Cristo: el fondo histórico, en medio del cual debió desenvolverse la vida del Nazareno, el judaísmo, la familia y la educación de Jesús, los testimonios de los Sinópticos, la duración

de su existencia, sus prédicas, sus discípulos, sus relaciones con el Bautista, son analizados razonadamente, valiéndose del más severo método, como el relojero que desmonta las piezas de la minúscula maquinaria. El crítico analiza la leyenda formada en torno de esa figura extrahumana, que en el rodar de los años va creciendo lentamente: los discípulos que aguardan la resurrección del Maestro comienzan, acaso sin pretenderlo, a crear el mito; el profeta, hijo de David, es ya el hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo; el hijo de Dios se ha convertido en el Verbo encarnado; el simple pecador puede resucitar a los muertos, contraviniendo a su antojo las leyes de la naturaleza. Así la transmutación de la personalidad humana justifica la representación divina, que Strauss estudia prolijamente, descubriendo la gestación mítica, en la que concurren tantas circunstancias, y de la cual resulta, como una consecuencia, el Evangelio de San Juan, que Bauer piensa se compuso durante la segunda centuria y Weisse también advierte como apócrifo.

He ahí, pues, el espíritu de la exégesis straussiana, que fue para Renán una revelación y la base de sus estudios posteriores, tan sólidamente iniciados en San Sulpicio con su interés por los estudios filológicos. Más tarde, en el correr de los años, Strauss iba a leer la obra que Renán le consagró a la vida de Jesús, refiriéndose a ella como a una excelente historia de Cristo

humano, pero sin concederle mayor importancia que la que le da el maestro a la lección del discípulo aprovechado, aun cuando la iba a imitar preparando una edición popular de su libro, la *Vida de Jesús para el pueblo alemán*. Para el teólogo árido, sin fantasía, sólo habituado a los métodos de la helada hermenéutica, la novela delicada en que el escritor francés refería y comentaba la vida de Jesús, no podía constituir más que un risueño pasatiempo literario.

Por lo demás, toda discrepancia resulta hartamente explicable entre ambos críticos, pues su posición intelectual no podía ser más diversa: formado en el culto de la exégesis transrhineana, Renán provenía de Humboldt y de Herder, pero nunca había renunciado a su espiritualismo latino; Strauss, en cambio, era el materialismo en marcha, la afirmación del concepto antropomórfico, sin reparos ni concesiones. («No hacéis más que adoraros —escribía el autor de *La antigua y la nueva fe*—; los dioses ante los cuales se ha inclinado la humanidad no eran otra cosa sino lo mejor de ella misma, sus pensamientos más hermosos, sus más puras concepciones, a las cuales les concedía una importancia distinta, que conformaba en una concreción objetiva, llamándola sucesivamente Brahma, Buda, Júpiter, Jehová, Jesucristo.») Renán no podía aceptar esa representación demasiado brutal del *Homo homini Deus*, que negaba la idea del sentimiento religioso, claro testimonio de la

superioridad humana, que siempre le ha obligado al hombre a tener un ideal, suave y confortadora aspiración del alma, «la prueba mejor del espíritu divino que hay en nosotros y que responde, por sus aspiraciones, a un ideal trascendental».

¿Hasta dónde esta actitud demoledora de la crítica podía ser considerada como una irreverencia censurable y hasta dónde les asistía el derecho a seculares y religiosos en Alemania para confundir con sanciones severas al autor de la *Vida de Jesús*, amargándole su tranquila vida de estudioso? Renán, burlón y escéptico, recordaba que el beato Angélico pintó de rodillas la cabeza de la Virgen y de Cristo, cosa que debería imitar la crítica ante las figuras veneradas que han adorado las generaciones de todos los siglos. El primer deber del filósofo, proclamaba él, consiste en unirse al coro de la humanidad que ensalza el culto de la bondad y de la belleza moral, vivos en todos los caracteres nobles y en todos los símbolos elevados. Profundamente idealista, Renán no llegó a extremar su crítica del cristianismo hasta convertirla en una negación destructora, según lo había intentado Strauss: «Careciendo del sentimiento de la historia y del hecho, Strauss no abandona jamás las cuestiones del mito y del símbolo: se pensará que para él los acontecimientos definitivos del cristianismo han ocurrido fuera de la existencia de la realidad y de la naturaleza.» No

podía aceptar Renán que las contradicciones de los Evangelios o las dudas que sus textos podían ofrecer respecto de su autenticidad autorizasen para fundar una negación absoluta sobre su efectividad. La estricta explicación mítica era, acaso, demasiado radical para que no apareciese como antojadiza y falta de pruebas competentes, y desconocer la importancia de Jesús resultaba argüir contra la propias afirmaciones exegéticas de la escuela de Tubinga.

Aunque en sus procedimientos críticos y en ciertas negaciones ambos exégetas compartían análogos propósitos fundamentales, en su finalidad se alejaban radicalmente; Strauss representó el ateísmo puro y Renán la duda melancólica; aquél fue un minucioso erudito de la exégesis; éste, el ideólogo del diletantismo.

ANTECEDENTES DE LA «VIDA DE JESÚS»

Los últimos meses que permanece en San Sulpicio son para Renán los de su definitiva crisis de conciencia. En su ánimo se debaten la duda que le mortifica y el apego a la antigua fe de sus padres. Inútilmente pretende encontrar la tranquilidad que anhela su vida, cuando el acicate implacable del libre examen le arrastra lejos, hacia la verdad. La lucha que libran su razón y sus creencias sólo pueden resolverse en una solución definitiva: rendirse ante la fe cie-

ga o arrojar las sotanas, que vistió por primera vez el domingo de Pentecostés del año 39. Aunque ha pronunciado la fórmula *Dominus pars hereditatis mea*, su sentimiento de Dios es más oscuro e impreciso que nunca. Cuando, en junio del año 44, recibe las órdenes menores, una resolución formal se apodera de su espíritu: aun puede volver atrás, abandonando la Iglesia, antes de aceptar las órdenes mayores. «Una voz secreta decíame: no eres ya católico; tu hábito es una mentira; quítatelo.»

Y es en esa hora de incertidumbre, de honda melancolía intelectual, cuando Renán, como Jacob en medio del sueño, entrevé su futuro destino: en vano estudia, en vano se doblega a la voluntad de una vocación que ya no siente, porque la razón ha vencido y el camino que le indicaba Malebranche le muestra su tentadora perspectiva: todo interés y todo amor propio deben desaparecer ante los dictados de la verdad. Las contradicciones que descubre en los Evangelios son como el demonio que le tienta en su soledad y le bastan para justificar su decisión irrevocable; el estudio atento y prolijo que ha intentado de la Biblia le demuestra que ese libro no está exento, como cualquiera de la antigüedad, de contradicciones, inadvertencias y errores; encuentra en su páginas fábulas y leyendas, simples rastros de invenciones humanas. «No es posible sostener —escribe— que la segunda parte de Isaías sea de Isaías; el libro de Da-

niel, que toda la ortodoxia hace remontar al tiempo del cautiverio, no sea un apócrifo, compuesto en 169 o en 170 antes de Jesucristo; el libro de Judit resulta una impostura histórica. La atribución del Pentateuco a Moisés es insostenible, y negar que muchas partes del Génesis tengan un carácter mítico es obligar a explicar como reales narraciones como las del Paraíso terrenal, del fruto prohibido, del arca de Noé.»

De esta manera, su último año escolar en San Sulpicio se convierte en una etapa supliciatoria de inquietudes morales: la exégesis y la filosofía cavan, cada hora más honda, la sima de su alejamiento con la Iglesia. El espíritu del siglo ha penetrado en sus convicciones, y más que nunca la influencia alemana precipita su definitiva crisis religiosa. Por ese entonces le escribe a su hermana Enriqueta rogándole le prepare el campo para un posible viaje de estudio en Alemania, en caso de que no vuelva a San Sulpicio al año siguiente.

Ni su regular asistencia a los cursos del sabio Etienne Quatremère, en el Colegio de Francia, ni las clases del abate Le Hir o del anciano profesor de hebreo, bastan para calmar la tragedia de su conciencia: por el contrario, su vocación filológica precipita el ya inevitable desenlace herético. Las razones que justifican esa ruptura son de orden filológico y crítico antes que de carácter metafísico y moral: el hecho de

saber si existen contradicciones entre el cuarto Evangelio y los Sinópticos tiene el carácter de una absoluta evidencia para Renán y, como para la Iglesia todo descansa en la infalibilidad de las Escrituras, «un solo dogma abandonado, una sola enseñanza de la Iglesia rechazada, significaban la negación de la Iglesia y de la Revelación. En una Iglesia fundada sobre la autoridad divina se es tan herético por negar un solo punto como por negarlo todo. Una sola piedra que se saque en este edificio, la construcción se hunde fatalmente.» Si la Iglesia católica reconoce que el libro de Daniel es un apócrifo de la época de los Macabeos, confiesa paladinamente su equivocación; y si ha podido engañarse en eso, también puede estar equivocada en otras afirmaciones, lo cual echaría por tierra toda inspiración divina.

Y aun cuando lleva la sotana de las órdenes menores, el joven tonsurado ya no contiene las dudas que le hostigan: se resuelve a pensar libremente, renunciando a la comedia hipócrita que finge con su presencia en San Sulpicio. Entonces, mientras estudia con infatigable tesón, y después de terminar su disertación sobre la cuarta égloga de Virgilio y los versos sibilinos, aborda, por vez primera, el misterio de Jesús, resolviéndose a escribir un estudio audaz: «Jesús, no Dios, sino hombre, pero un hombre extraordinario, el «primero» entre los hombres». Inclinado sobre los libros, en la soledad de su cel-

da de seminarista, concibe su primera obra formal, un *Ensayo psicológico sobre Jesús*, bosquejo del libro que más tarde va a escribir, tras su provechoso viaje a Fenicia; apuntes, hasta hace poco inéditos (1), conservados entre sus papeles, que contribuyen a explicar el período más incierto de su formación intelectual.

En el *Ensayo* aparecen, netas y claras, las ideas de Renán sobre Jesús: la influencia de los exégetas alemanes ha consumado la crisis definitiva en el proceso de las dudas que el estudiante sansulpiciano siente nacer, mientras le preocupan sus estudios filológicos, que comienza a aplicar a los textos bíblicos. La lógica audaz de la negación se afirma rotundamente: el crítico ha estudiado ya el Talmud, esa producción patente del suelo judío, y en su texto encuentra un cuadro de la época y las costumbres que han podido, en otras circunstancias, presidir en el nacimiento de los Evangelios. Y ¿acaso en el Talmud no se hallan reunidas la más baja materialidad con la más pura elevación moral? «El Evangelio y el Talmud—escribe Renán en el *Ensayo*—son los dos brotes paralelos del mismo tronco. Son dos gemelos nacidos del mismo seno y que tienen análoga importancia, ya que, aunque no sea inferior por la fecha de su composición, no representa sino un cuadro de la época de Jesús.»

(1) Publicados por primera vez, en la *Revue*, de París, de 15 de septiembre de 1920.

Con evidentes temores, en su celda de estudiante, en San Sulpicio, ha pensado y escrito su primera producción. ¿No advierte en su introducción que, si llega a caer el escrito en las manos de alguien, le suplica «no juzgarme muy severamente», porque para justificarle sería preciso que se llegase a conocer el estado de su alma y de sus ideas? Él pretende escribir la historia científica de Cristo, olvidando a Strauss y su *Vida de Jesús*, que ha leído en la traducción de Littré: «Sin embargo, me atrevo a decirlo, Jesucristo no ha sido todavía científicamente explicado.» ¿Acaso porque Víctor Cousin, en el estudio sobre Platón, no menciona a Cristo puede el joven erudito afirmar rotundamente que no se ha estudiado científicamente a Jesús? Sin embargo, no parece sino que luego Renán reconociese la ligereza de esta afirmación cuando escribe que Hegel, Goethe, Richter, Herder, Strauss, Bauer y Ranke comprendieron muy bien su tipo moral. Pero toca preguntarse: ¿Y las confrontaciones prolijas de los textos bíblicos, realizadas por toda la escuela de Tubinga?

Renán piensa ya, decididamente, en abandonar San Sulpicio; pero aun su evolución no es completa en cuanto toca a sus estudios exegéticos: conserva la tradición de los testimonios del Génesis, la idea del diluvio y de la creación; acepta la crítica de la Revelación y de los dogmas, que destruye la hipótesis de la divinidad de Jesús y confirma su representación de la per-

sonalidad humana: «este hombre —dice— ha sido poco estudiado». Luego, antes de entrar abiertamente a desarrollar su *Ensayo*, redacta una invocación al Nazareno, que resulta un do-liente *mea culpa*: «Jesús, a quien tantos hombres han adorado, yo también te venero. Yo no quiero intentar tu crítica sin rendirte antes este homenaje... en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, entremos en materia en el nombre de Jesús».

Si la aparición de Cristo no puede ser explicada mediante la hipótesis teológica, ni basándose en las leyes psicológicas que determinan el nacimiento de toda idea según los antecedentes de una doctrina anterior, y si no es un producto del espíritu griego, resulta que Jesús no puede ser Dios ni puede ser hombre. Entonces cabe la posibilidad de encontrar, en el orden físico y moral del mundo, alguna ley que valga por una excepción extraordinaria. Así, pues, su nacimiento debe explicarse como la aparición del hombre sobre la tierra; es una especie de creación nueva: «Concibo la aparición de Jesús, de las ideas de Jesús, no de la persona, precisamente, sino de las ideas que han encontrado el más alto poder en su persona, como análoga a la del hombre sobre la tierra; es una especie de creación nueva, toda espíritu, pero encarnada: era necesario que así fuese para manifestarse al hombre. Pero la carne no aparece en él. El fin de la humanidad consiste en

alcanzar, o más bien en marchar buscando la manera de alcanzar el ideal de moralidad y de ciencia, es decir, Dios. Jesús se encontró en ese punto, en medio de su camino, para ofrecer el tipo perfecto.»

Más tarde, cuando Renán estudia a Lamarck y a Darwin, su concepción de las leyes extraordinarias cederá el paso a una idea más razonada y científica. El conocimiento de las leyes del transformismo puede hacerle pensar en cierta dualidad existente entre las creaciones de la historia y la evolución natural: la materia se transforma y crea seres organizados, que reconocen un fundamento eterno de energía y de acción. De deducción en deducción, el estudio de los orígenes del cristianismo, que el pensador y el filólogo comparan con el de todas las sociedades humanas, acaba por convencerle de la inutilidad de todo esfuerzo que pretenda sostener la idea de lo sobrenatural en la personalidad de Cristo: «Una comprensión más amplia de la psicología de la historia me ha llevado a explicarme que la verdadera dignidad de Jesús no podía estar fuera de la humanidad, sino en el seno mismo de la naturaleza y en el seno de los espíritus.»

Entonces Renán se encuentra libre de su ascendiente ortodoxo, de sus tiránicas ideas anteriores, en las cuales presidía el espíritu de la Regla y de las enseñanzas de San Sulpicio y la tradición de sus estudios religiosos: solo y libre, se prepara para escribir *El porvenir de la cien-*

cia, libro que marca la primera etapa en su camino de Damasco. El discípulo de Le Hir y de Quatremère ha recobrado su libertad religiosa para consagrarse por entero a la prosecución de sus estudios de filología, antecedente obligado de sus futuros libros y, sobre todo, de los *Orígenes del Cristianismo*.

LA REPRESENTACIÓN DE JESÚS

Quando Renán se encuentra en París, después de abandonar San Sulpicio, le agobia la más honda crisis que haya consumido un alma. Ni la exégesis, ni sus meditaciones filosóficas, bastan para consolarle contra el torcedor de su conciencia. En vano los recientes descubrimientos de Bopp le permiten aplicar las leyes de la filología comparada al estudio de las lenguas indoeuropeas, porque mientras estudia la gramática semítica y lee a Strauss, la sombra de San Sulpicio acentúa sus inquietudes.

La curiosidad por el movimiento hegeliano define su posición intelectual y acaba por libertarle definitivamente de sus resabios católicos. El año 45 es uno de los más fecundos en su cambio de frente. Su antiguo director espiritual ha perdido definitivamente el alma sumisa del precozmente docto tonsurado. Ahora él sólo piensa en estudiar, en trabajar, en construir su obra futura: «He recogido tantos materiales —le escribe

a su hermana— y he practicado tantas búsquedas interesantes, que no dudo en el triunfo.»

En ese momento París sólo mira hacia la sabia Alemania, cuya ciencia y cuyo idealismo moral conquistan todas las preocupaciones intelectuales de Lutecia: Kant, Herder y Hegel son leídos y comentados por los estudiosos. La señora Staël había iniciado ese movimiento de curiosidad, que Víctor Cousin iba a hacer más intenso cuando, movido por todas las ambiciones del normalista que desea ganar notoriedad, pensó restaurar los estudios filosóficos en Francia, yendo primero a Alemania a visitar a Hegel y a Schelling y preparando esa serie brillante de cursos que tanto contribuyeron a divulgar las ideas ultrarrenanas. Después de él, Edgard Quinet y Michelet realizaron otro tanto: mientras el primero traducía y comentaba un libro de Herder, que acogieron con entusiasmo Chateaubriand, Lamartine y el propio Cousin, el segundo iba a Heidelberg, visitaba a Creutzer y frecuentaba a Goerres. Entretanto, Barchou, Grimblot y Bouillier traducían a Fichte; Husson y Bénard a Schelling, mientras este último comentaba a Hegel. La *Revista de Ambos Mundos* acogía con el más vivo interés toda esta obra divulgadora, capaz de responder a la curiosidad general. En ese momento, el entusiasmo germanizante no tiene límites: responde a un sentimiento de la moda, que priva en todos los círculos intelectuales y mantiene, como un fuego sa-

grado, la curiosidad de dos escritores hoy injustamente olvidados: Saint René Taillandier y Blaze de Bury. El culto por todo lo alemán a nadie sorprende y no faltan quienes piensen como el entonces joven Taine: «Trato de consolarme del presente leyendo a los alemanes»; y quienes como él recuerden que han leído a Hegel en provincias, cada día y durante un año. Renán dirá también que el espíritu de Alemania le produce la impresión de que se encuentra en un templo. «Creí entrar en un templo.» Sin embargo, después de los acontecimientos de la guerra del 70, cuando aun Taine mantiene la actitud digna de su anterior predilección, Renán olvida todo cuanto ha adorado antes y contribuye, como cualquier periodista del boulevard, a difamar lo que antes había enaltecido. Jorge Brandes ha llegado a decir que el silencio de Taine y el ofuscamiento de Renán se deben a un conocimiento y a un respeto profundo por la cultura alemana de parte de aquél, y a ligeras o parciales lecturas que, en el autor de *Caliban*, no fundaron un depurado conocimiento formal (1). ¿Acaso resultaría justo condenar a Pascal, a Malebranche o a Sainte

(1) No parece posible ya, a pesar de la rotunda afirmación de Brandes, negar la importancia y el ascendiente que la influencia alemana ejerció sobre Renán. ¿Acaso consiste en simples lecturas de Herder y de Hegel? Un documento elocuente y acaso definitivo es al respecto la publicación de la *Bibliografía*, hecha por Girard y Moncel, que permite seguir las lecturas del autor de la *Vida de Jesús* durante todo el desenvolvimiento de su vida de estudioso. En él la preocupación de las lecturas alemanas

Beuve, como a Kant, a Goethe o a Nietzsche, a causa de las brutalidades cometidas por los ejércitos de Luis XVI, de Napoleón, de Moltke o por las violencias de Bismarck o de Poincaré? Renán contribuyó eficazmente a hacer más honda la desgraciada división entre los dos pueblos escribiendo *El agua de Juvencia*, ese drama que, aunque tiene por escenario la Edad Media y por asunto un cautiverio del Papa en Avignon, no es más que una caricatura disfrazada, en la cual la brutalidad alemana aparece como razón animadora de la crítica más grotesca. Taine, más sólido en sus doctrinas y menos versátil en sus simpatías, jamás pudo contribuir a la obra mezquina de atizar el odio, olvidándose de la más alta idealidad moral que puede mover los sentimientos de un verdadero filósofo: la guerra no le impulsa a ser procaz y mezquino y apenas si le obliga a sacrificar el libro sobre Schiller que se preparaba a escribir.

¿Cómo explicarse esta antinomia entre el Renán que, en 1845, se siente transportado por la idealidad moral de ese pueblo cuando exclama: «¡Cuán dulces y qué fuertes son! Pienso que el

es constante: ya en los años 48, 49 y 50 comenta la *Historia de la filología clásica de la antigüedad*, de Graefenhan; el *Cosmos* humboltiano; la obra de Strauss, traducida por Littré; la *Vida de Jesús*, de Kuhn, y un estudio de Ewerbeck. Durante los dos años siguientes publica noticias y artículos en el *Journal des Savants* y en la *Revue des Deux Mondes*, sobre libros de Brecher, Mone, Gugenheimer, Weil, Neigebaur, Fischer, Boetticher, Boehmer, Lübker, Lauer.

Cristo nos puede venir de allá», y el que, un cuarto de siglo más tarde, reconoce o proclama haberse equivocado lamentablemente, estigmatizando cuanto antes exaltó? Un aprendiz de filósofo y un crítico con arraigos de erudito no debió equivocarse de esta manera. Y acaso él sentía el peso de esa sinrazón cuando en las palabras preliminares de *El porvenir de la ciencia* se apresuraba a decir que no había alterado los pasajes en que presentaba a la cultura alemana como sinónimo de aspiración a lo ideal: «Eran verdaderos cuando los escribí. No soy yo quien ha cambiado. M. Treitzchke no nos había enseñado aún que esas no eran más que ensoñaciones pasadas de moda.»

Cuando arriba a París el joven intonso ex seminarista, comienza a vivir en el ambiente del más puro germanismo, atento a todo cuanto se piensa en la patria de Goethe. Sus estudios filológicos aun no le permiten encontrar una orientación clara en su carrera intelectual. Sin embargo, la Lorelei straussiana ya le ha atraído con su canto, que no en vano la exégesis bíblica ha hecho presa formal de sus preocupaciones. Si aun ignora el idioma de Hegel, los oportunos comentarios y traductores acuden en su auxilio: la *Vida de Jesús* de Strauss había sido estudiada por Quinet en 1838 y ya, un año más tarde, Littré publicaba su traducción.

¿Por qué razón no ha investigado ninguno de los biógrafos de Renán la influencia que ejerció

en su formación intelectual la izquierda hegeliana? Ese primitivo *Ensayo*, en el cual demostraba conocer a los teólogos alemanes, y que no pasó de ser más que una glosa a las ideas de la exégesis tudesca, puntualiza claramente una de las cuestiones más interesantes que la crítica ha solido rozar, sobre la tan decantada influencia germánica en escritores como Taine y Renán.

Formado bajo el ascendiente de la escuela hegeliana, Renán siguió la indicación directriz del filósofo tudesco; el cristianismo y Cristo representan una necesidad histórica, que reconocen las circunstancias del medio y del momento en que nacieron. Así, en ese cuadro inolvidable sobre los orígenes del cristianismo, aparece el espectáculo de la sociedad en los primeros siglos, su evolución de lo antiguo a lo moderno, sus errores, sus supersticiones, sus engaños.

En el fondo de la negación sobre la divinidad, se encuentran de acuerdo Bauer, Strauss y Renán, porque concurren en análogas observaciones y críticas. Pero cuando la crítica de Tubinga reduce a polvo el templo cristiano, el aprendiz de filósofo se aparta, con las manos sobre los ojos, horrorizado ante tanta ruina. Con los despojos de la crítica straussiana él escribe la más amable y elegante novela; toda la farragosa confusión de mitos populares y de leyendas vernáculos le sirven para destacar, en una suave perspectiva de ensueño, la historia admirable de

Cristo, que su espíritu identifica con su personal manera de sentir. Él ha sabido prescindir de toda la ciencia infusa de la exégesis alemana, abandonando la puntualización inútil de las concurrencias folklóricas, a fin de proyectar en la dulce figura del Nazareno la perfección del más noble ideal moral.

Sobre las ruinas del mundo antiguo Renán siente el advenimiento de Cristo como una aurora de santidad. En medio de la decadencia del imperialismo romano, la nueva religión representa el reinado de la justicia y de la más pura bondad: ni la riqueza ni la fuerza prevalecerán sobre los dictados del bien; la antigua virtud cesárea, que todo lo rendía ante las grandes ideas cívicas, cederá su paso a las simples virtudes de los mansos de corazón, a la dignidad del bien, a la idealidad de los sentimientos. Es la historia de todos los anarquismos justicieros: los humildes poseídos de la cabal conciencia de la igualdad; los plebeyos reclamando a las indolentes aristocracias romanas cuanto les pertenece.

Al derrumbarse el mundo antiguo, la figura de Cristo se destaca como una estrella sobre el horizonte del Oriente. Renán medita bajo los cielos maravillosos que vieron al Nazareno, mientras recorre, en su misión de estudio, las tierras de Siria; he ahí las perspectivas del Líbano, las alturas de Ghazir, donde las noches son perfumadas, el campo fresco, la nieve pura entre las rocas de las empinadas montañas, la soledad

rumorosa. Está solo, porque Enriqueta, la hermana de todas sus horas, el mejor amigo de su corazón, duerme ya bajo las palmeras de Am-schit, muerta en hora prematura. Entonces su crisis sentimental se torna profunda como las simas del Líbano: medita, medita largamente, y a veces lee el Nuevo Testamento o su volumen de Josefo, compañeros en su peregrinación de estudio. Se olvida de las bibliotecas, de las revisiones exegéticas, de Strauss y de Bauer, y sólo piensa en representarse a Jesús con los sentimientos que a él le preocupan. ¿Acaso las apacibles tierras de Galilea, que ha recorrido, pudieron ver a otro Nazareno que a ese, triste y suave, que desborda de su corazón en la hora más conturbada de su vida? La melancolía que infunde la desgracia, el amable recuerdo de la hermana bien amada, su soledad lejana, los años de su camino de perfección vividos en San Sulpicio, la imagen de su madre, toda su delicadeza moral, trascienden hasta su representación de Jesús, feminizándola como acaso lo soñaba Enriqueta: «Tú me dijiste un día que tú amarías este libro, primero porque lo había escrito en tu compañía, y luego porque era como tu corazón.»

En medio de la apacible tierra de Galilea, entre pescadores y labriegos de alma sensible y corazón tranquilo, pudo sentir propiciamente el psicólogo, atormentado por la eterna inquietud religiosa, el nacimiento de Jesús, simple hombre del pueblo, inculto y lleno de fe, a quien

atormenta una ideal voluntad de perfección; que lleva, como una estrella encendida en medio del pecho, el don del genio creador; que sufre con cuantos purgan el dolor de su humildad y se vuelve airado contra los espoliadores y los duros de corazón.

Claramente Renán se explica y comprende a Jesús en medio de las multitudes de pescadores, entre la simple gente del pueblo, supersticiosa, ignorante, ajena a toda inquietud cultural. Con el alma a flor de labios, el Nazareno les sabe hablar directamente al corazón, en su lengua exenta de complicaciones, de radiosas alegorías y sentidos símbolos. El clima agradable, los lagos azules, la alimentación frugal, la convivencia con la naturaleza, las noches diáfanas, tornan propicia para todos los corazones, aquella palabra encendida, que es llamamiento de amor a la bondad y a la justicia: «Jesús —dice Renán— vivía con sus discípulos casi siempre al aire libre.» Ya se aleja con ellos, en débil barca, surcando las aguas; luego se encamina hacia el seno de las montañas, siguiendo las orillas del lago, donde el aire es más puro y el cielo más diáfano. Los discípulos van tras la huella de su sandalia y tras el rumor de sus palabras, recogiendo en el aire, en el cielo transparente y en la alegría del camino, el eco milagroso de aquella palabra pura. ¿Acaso el país de Galilea no invita a esa fiesta del espíritu? Allí pudo cantar su Cantar de los Cantares el ardiente

Salomón, entre la verdura de los abriles, cerca de la perspectiva de las montañas, bajo los cielos azules; y allí nació también Jesús, creciendo como una planta lenta al amor del clima propicio. Su infancia recogió el milagro de las tierras que acaso conoció durante sus viajes a las fiestas de Jerusalén, cuando cada año hacían los judíos esa obligada peregrinación. Era una andanza alegre y venturosa: cantando los salmos consagrados a la alegría del camino, las familias recorrían los campos verdegueantes por el influjo de la primavera, transponiendo las colinas y los valles, en busca de la santa ciudad de Israel.

Así el artista que siempre vibró en la sensibilidad de Renán concebía la formación de Jesús como un reflejo de ese ambiente bienhechor. Olvidando todas las minucias de la exégesis, quiso explicar el ideal moral de un santo varón que, en cierta manera, sentía vivo en él. Los orígenes rústicos, la religiosidad instintiva del pueblo judío, la bondad sin complicaciones de los pescadores de Galilea, bastaron para crear en él una superioridad moral que, en realidad, estaba por sobre los dictados de la cultura. La simplicidad que inspira a Cristo es tan natural que nada resulta extraño en su persona: en él la naturaleza pudo concentrar el ideal de todas las perfecciones, y como no abandona su tierra pródiga, ignora la civilización del mundo antiguo, el valor de Grecia y la autoridad de Roma. Su sentido estricto de la justicia y de la bondad

le convierten en un héroe, en el médico moral de su pueblo; como no ha estudiado las ciencias profanas y sólo ha frecuentado la Sinagoga, que resume toda la ciencia religiosa del pueblo judío, conserva la ideal candorosidad que le permite sentir más bondadosamente las aspiraciones de las rústicas gentes de Galilea. En medio del imperialismo romano, de la corrupción de las ciudades asiáticas, de la brutalidad dominadora de los pueblos, sus palabras bastan, como un fuego de justicia, para cambiar la faz del mundo antiguo. Su muerte se traduce en una consecuencia propicia para la difusión de sus enseñanzas, porque el martirio no hace sino acrecentar la aureola de su vida nobilísima. Primero sus discípulos y luego el pueblo, sencillo y supersticioso, difunden los testimonios de sus doctrinas, que la imaginación y la credulidad acrecientan como la más real de las leyendas. Cuando la muerte sella sus párpados, los apóstoles sienten a Jesús redivivo entre ellos, aquél era el hijo de Dios que, como Elías, subió al cielo en su carro de fuego; su sacrificio fue el mayor de todos, porque compartió con los hombres su modesta envoltura, para sufrir con ellos y morir entre ellos, víctima de sus divinas enseñanzas.

Para Renán, melancólicamente religioso, la existencia de Jesús no fue jamás motivo de duda, en lo cual nada pudo el ascendiente de la escuela de Tubinga. Él no hubiera logrado explicarse un movimiento religioso tan importante como el

cristianismo, sino cual emanación de un hombre extraordinario, a quien se divinizó después de su muerte. En las primeras dudas religiosas del estudiante sansulpiciano presidieron razones históricas y filológicas que parecían encaminar, invariablemente, hacia una negación total, la aceptación del concepto mítico straussiano; sin embargo, cuando escribe la vida de Jesús, acepta de hecho su existencia y apenas si suele prodigar algunas dudas sobre tal o cual hecho de su vida. Si ya Strauss y Bauer han estudiado, a la luz de la crítica, los textos evangélicos, aun no aparece la exégesis más lógica y demolidora de Drews, Bultmann, Bacón, Loisy, Kalthoff, que va a descomponer en sus elementos iniciales la epopeya ingenua de los cuatro libros fundamentales del cristianismo, analizando uno a uno hechos como la curación del leproso y del parálítico, la cena, la tentación, el bautismo, la resurrección de Lázaro, la multiplicación de los panes, la curación del ciego de Bethsaida.

Acaso el romanticismo de un viaje doliente, que encuentra su epílogo en la cabaña maronita de Ghazir, acallan en Renán los dictados de la crítica y exaltan su sensibilidad: ¿Cómo destruir el templo que han erigido diecinueve siglos de fe ardiente? Bien haya por la leyenda que contribuye a idealizar la vida, aunque sus orígenes se confundan con la noche de la humanidad misma, si esa leyenda puede ser razón de salud moral. La necesidad del Cristo no es más que

la de un imperativo categórico moral. ¿Que sus contemporáneos apenas si aluden, incidentalmente, a su persona, hasta el punto que el historiador Flavio Josefo no le menciona, aunque su texto aparezca alterado por plumas interesadas que interpolaron en su historia algo que hasta la crítica conservadora reconoce como apócrifo? ¿Que el cuarto Evangelio carece de valor histórico y no pasa de ser más que una simple alegoría, sin ningún valor real? Sin embargo, no importa, llega a pensar Renán con Federico Nietzsche, ya que un fundador de religión puede ser insignificante: ¡una cerilla y nada más! No podemos vivir sin religión, sin ese anhelo ideal indispensable para calmar la sed de infinito de nuestras conciencias: «La religión encuentra sus razones de ser en las necesidades más imperiosas de nuestra naturaleza: necesidad de amar, necesidad de sufrir, necesidad de creer.» Renán le ha arrancado a Jesús su divinidad, pero ponderando, al mismo tiempo, su grandeza extrahumana. Ha destruído al templo de los dioses para colocar a Cristo en medio de la humanidad, en cuanto hombre superior, tipo inmortal, único, de belleza moral. La muerte del Dios hace más grande y más pura la figura del hombre. ¿Qué más alta idea de divinidad que esa inmensa perfección moral? En medio del mundo antiguo, decadente, cesáreo, con tan escaso respeto por la personalidad humana, la figura del Nazareno trasciende hasta nosotros

como una excepción milagrosa. Si la divinidad cabe en la superioridad moral, Cristo es divino porque fue libre en medio de los esclavos; porque nada poseyó para no ser envidiado ni temido; porque entre los duros y entre los turbios fue blando y transparente. En el naufragio de la caduca civilización del Oriente, sobre la cual presidía el bíblico terror del dios de Abrahán, Jesús representa el advenimiento de una aurora de bondad, de una ley humilde, que luego el mezquino egoísmo del hombre va a explotar, exhibiendo a través de los siglos al sencillo pescador con sus eternas heridas abiertas. Allí donde los ricos vivían de la explotación y del vicio; donde los pobres sólo gustaban el pan duro y hasta de los saltamontes del desierto; en el más apartado confín del podrido imperio romano, llega este modesto hijo del carpintero a predicar el enaltecimiento de los pobres de corazón, el desprecio de la riqueza, la befa de los mercaderes desalmados, las tablas de la nueva ley que habrán de entregar los dominios del mundo a los justos y a los limpios de corazón. Pero, ¡oh ironía de las bajas ambiciones que enturbian todas las aguas!: ved cómo de ese credo de justicia y de bien los enemigos han podido hacer un escudo; ved cómo hace tanta falta el Cristo, no el de la mansedumbre y el perdón, sino el otro para que arroje; una vez más, a todos los mercaderes que infectan su templo.

La crítica filológica y la interpretación de

psicólogo que Renán aplicó al estudio de los textos bíblicos no constituye, posiblemente, un estricto criterio científico porque supone la imposición de un espíritu prevenido en el cual concurren, según lo observa Guignebert, razones de doliente sentimentalismo. Renán conocía bien lo que se ha dado en llamar el quinto Evangelio: frecuentó la Tierra Santa; sintió en su seno la melancólica evocación del recuerdo, mientras sobrellevaba la tragedia de la muerte de su hermana; leyó los textos, con cierta romántica prevención, imponiéndoles sugerencias personales que, por cierto, le movían a olvidar el frío análisis que pudo esperarse de un exégeta. ¿Cómo explicarse que, habiendo él fundado las más severas reservas sobre el cuarto Evangelio, le haya utilizado como fuente documental en sus estudios?

Sin embargo, a pesar de su creciente escepticismo, en su obra de ancianidad, que tituló *Historia del pueblo de Israel*, hubo de volver a su preocupación filológica aplicada a los estudios religiosos: ¿en qué época y en qué circunstancias fueron compuestos el Libro de Job y el de Isaías? ¿Moisés redactó el Pentateuco? ¿Qué sabemos de Salomón y de David? ¿Compuso éste los Salmos y el Eclesiastés?

SAINTE BEUVE

En medio del ambiente romántico, romanticismo hegeliano de Cousin, Michelet, Quinet, el triple buen entendimiento de Sainte Beuve, Renán y Taine resulta una plácida comprensión, en la cual concurren el interés por el estudio y el respeto por la ciencia. El crítico de los *Lunes* puede sentirse a su gusto en compañía de esos jóvenes, tan bien enterados ante los progresos de la filosofía, que frecuentan la lectura de Hegel, conocen a Kant, admiran a Condillac, gustan de las ciencias naturales y se mantienen indemnes en medio del contagio romántico. Sainte Beuve no ignora la admiración que Vacherot le profesa a Taine como estudiante; desde sus comienzos cuenta, pues, con su simpatía y su benevolencia. También el joven normalista encuentra en el crítico el ascendiente de un verdadero maestro que, en cierta manera, no ha intentado con sus estudios sino trazar la historia natural de los espíritus, realizando en lo literario lo que su positivismo va a experimentar ante las leyes de la historia y de la inteligencia.

Renán, dieciocho años menor que el autor de *Port-Royal*, ha rezado ya su misa solemne en el altar de la ciencia, escribiendo un libro que es como su profesión de fe juvenil. Cuando publica su *Averroes y el averroísmo*, se lo envía inmediatamente a Sainte Beuve, acariciando la

idea de recibir el benaplácito del crítico en alguna de sus *Causeries*, que podrá ser como el espaldarazo de la consagración oficial. Empero, teme Renán que la materia ardua, labor de seria erudición en su libro, atemorice al maestro: entonces le escribe anticipándole cuál es la importancia del averroísmo, que «si por una parte resulta la más nominal, la más vacía, la más insípida de las filosofías, está vinculada por otra a cuanto hay de más vivo y profundo en la naturaleza humana». Pero sea que Sainte Beuve estima aún prematuro juzgar la obra del joven erudito, que ya le anuncia su proyecto de una historia crítica sobre los orígenes del cristianismo, o que espera la publicación de otra obra suya cuyo carácter no participe de la especialización pura, el hecho es que le acusa recibo de su libro, excusándose de no escribir en *El Constitucional*, pues el asunto del *Averroes* le parece demasiado arduo para sus lectores. Sin embargo, en más de una ocasión, Sainte Beuve habíase ocupado de autores como Boissonade, Vaugelas, Baudry, cuyas obras campeaban en los dominios de la estricta erudición y en los cuales la ciencia no se revestía con las gracias de una inteligencia tan viva. Además, un libro sobre la filosofía medieval y especialmente sobre el más curioso y vivo de los aristotélicos árabes, pudo tentar al crítico para bordar el más pintoresco y ameno de los comentarios. El Renán que frecuentaba a Condillac tenía sobradas ra-

zónes, que excedían su curiosidad, para gustar de aquel herético cuya pensamiento buscó el alma única en Sócrates y en Platón: «la individualización no procede del entendimiento, sino de la sensibilidad». He aquí la confluencia del averroísmo anticipando la filosofía del siglo XVIII, modalidad cara a este spinozista puro. Pero Sainte Beuve, en los momentos en que terminaba *Port-Royal*, acaso sentíase demasiado lejos de cualquier influencia arabisante, aunque ella resultase de una desviación aristotélica. Y el Renán de *Averroes* acariciaba la sabiduría del heterodoxo con una viva simpatía, erigiendo en su homenaje uno de los monumentos más interesantes de la historia y de la crítica. El joven estudioso, que acababa de escribir *El porvenir de la ciencia*, era digno del más franco elogio; pero tal vez el crítico se prevenía, aguardando la completa madurez de tan excepcional cuanto precoz cultura. Dueño de su estilo y seguro de su ciencia, Renán llegaba a ocupar una situación digna de su claro talento junto a Gaston Paris, Fustel de Coulanges, Gaston Boissier, Darmesteter, e iba a influir hasta en quienes, como Menéndez y Pelayo, le miraron siempre con no contenida prevención: «Encierra curiosos datos el libro de Renán —escribe D. Marcelino—, cuyo espíritu (no hay para qué decirlo) es bien poco recomendable.»

Sainte Beuve no pierde ocasión, en sus publicaciones, para elogiar a su docto amigo: así,

en un artículo sobre Madame Dacier, le prodiga una amable referencia, que halaga vivamente al autor de *Averroes*: «Me encuentro tanto más satisfecho —le escribe Renán—, cuanto que no existe nadie para mí de quien desee más obtener la aprobación y cuyo juicio me importe mayormente.» La conciencia de cuanto le debe a sus escritos ha dejado una huella tan honda, que, según él mismo lo declara, nada podrá igualar la alegría de saberse reconocido por tal maestro.

Sainte Beuve, generoso y comprensivo, aunque algo rehacio ante todo lo nuevo —releamos su artículo sobre Flaubert y su carta a Baudelaire, cuando publica *Las flores del mal*—, no pierde ocasión de prodigar sus elogios a Renán: ya le acuse recibo del *Libro de Job* o de los *Ensayos de moral y de crítica*, o ya le conteste una simple carta familiar, le distingue con el particular afecto y admiración que se dispensa a un amigo y a un camarada: «Usted dignifica todos los asuntos que trata —le dice—, y al mismo tiempo sabe aderezarlos con encantadora fineza.» Cuando Renán aspira a la cátedra que ha dejado vacante la muerte de Quatremère, se dirige a Sainte Beuve a fin de solicitar su voto, cosa que el crítico le promete con viva satisfacción, pues le dará motivo para demostrarle su incondicional simpatía, aunque en realidad se considere como un profesor ficticio, pues le ha sucedido con su clase lo que a Renán le va o ocurrir también pronto en su primera lección.

Entretanto, Sainte Beuve ha dado cima a su *Port-Royal* y, antes de entregar a la publicidad el último volumen, le envía a Renán, en pruebas, la conclusión de la obra. Y el autor de *Averroes* corresponde a esa distinción del maestro, que le halaga profundamente, consagrándole un estudio en el cual no escatima toda suerte de justos elogios. Luego, a raíz del escándalo que obliga a Renán a abandonar su cátedra en el Colegio de Francia, Sainte Beuve le anuncia que está preparando los artículos sobre la totalidad de su obra. Y aunque aquél está a punto de partir hacia Holanda, cuando recibe del crítico la solicitud de una entrevista, acude presuroso a verle el mismo día. ¡Cuán interesante debió ser aquella visita, en la que el elegante erudito iba a informar, sobre noticias de su vida y de sus libros, al severo confesor laico, al disector de almas que era Sainte Beuve! Acaso se enhebró, ante el solo testimonio de los libros, un intenso diálogo, en el cual las ideas se entrecruzaron como espadas y las concepciones sobre el arte y la filosofía renováronse generosamente, atizadas por extraño fuego.

Apenas transcurre un mes de ese encuentro, cuando aparecen en *El Constitucional* los dos artículos memorables en los que el crítico saluda al exseminarista de San Sulpicio con palabras llenas de generosa comprensión, reconociendo al maestro de un nuevo género, que sabe dignificar, elevándolos y ennobleciéndolos, cuan-

tos asuntos trata. Con *amore*, prodigando tal concepto afectuoso, Sainte Beuve refiere la historia de ese espíritu delicado, en quien la ciencia y la elegancia constituyen dones superiores de vocación y de cultura: «La epidermis de este espíritu, valdría decir, es demasiado fina para que no le repugnen ciertos contactos. A veces la impresión prima en él por sobre la idea misma. Es sensitivo como un artista.» La aversión hacia lo vulgar, observa el crítico, le mueve a aceptar ciertos errores delicados, que juzga preferibles a ciertas verdades triviales.

El estudio de Sainte Beuve era interesante, sutil y elogioso, aunque sumario e incompleto. Acaso porque el crítico no dominaba una materia tan amplia y de carácter esencialmente erudito, sus artículos adolecieron de ligereza, aunque para escribirlos había solicitado de Renán una entrevista, que pudo equivaler a una información prolija, reforzada por una carta en la cual el autor de la *Vida de Jesús* puntualizaba algunas de sus ideas y a la que Sainte Beuve contestó luego: «Lo que habría que hacer sobre usted sería un diálogo a la manera de Platón; ¿pero, quien lo intentaría?»

En lo sucesivo, tal amistad se hace más íntima, a medida que las circunstancias acercan a esos dos espíritus, en quienes los dones de la inteligencia y del estudio rayan en los límites de las creaciones superiores. Cada vez que Sainte Beuve se prepara a escribir sobre algún escritor

como el erudito Baudry, recurre a su amigo para informarse mejor: «Baudry me anuncia —le escribe un día Renán—, que usted desea una noticia sobre sus trabajos filológicos»; y, junto con esas líneas, le puntualiza el carácter de su obra, hablándole de sus estudios sobre las leyendas de Grimm, los de Kuhn, sus trabajos consagrados al derecho primitivo y sus conocimientos del sánscrito. En otra ocasión, el crítico, mientras prepara un estudio dedicado a Lacordaire, solicita su opinión sobre la posibilidad de que María Magdalena haya ido a morir a Provenza.

Ya Sainte Beuve está lejos de la crisis romántica y, en plena hora de madurez, ejerce la dictadura del más alto y más escuchado de los magister. Cuando aparece la *Vida de Jesús*, el crítico no disimula su complacencia y, antes de consagrarle un estudio, publica en *El Constitucional*, el mismo día de su aparición, una nota que para Renán constituye el mejor anticipo: «Es una de esas obras que no necesitan recomendarse, pues andan solas su camino. De esta manera no quiero recomendarla; me contentaré solamente con anticipar que, después de haberla hojeando devorándola rápidamente, la impresión que nos queda es de aquellas que no pueden ser sino buenas y saludables para el corazón y el espíritu.» No aconsejaba su lectura Sainte Beuve a las almas simples ni a los que viven agrupados en torno al báculo pastoral, pero sí

a los escépticos, a los indiferentes, a los hombres de estudio, a la frívola gente mundana, a cuantos deben frecuentar el respeto, el amor y la inteligencia por las cosas religiosas: «La manera de Renán es también una adoración, pero destinada a los espíritus libres y filosóficos. Hay, Jesús lo ha dicho, más de una mansión en el recinto de su Padre; hay más de un camino que lleva a Jerusalén; hay más de una estación en el camino de Calvario.»

Grande era el escándalo e intensa la controversia que desencadenó el libro. «Ce tonerre de refutations», según lo advertía Sainte Beuve, y, en medio de ellas, el suelto del crítico provocó la llama que atizó la hoguera. Dos meses y medio más tarde, el estudio que aparecía en *El Constitucional* renovaba el ardor de la polémica en torno a Renán, aunque ese artículo, según poco después lo advertía en carta íntima, debido a sus relaciones con Napoleón III, no fue tan explícito, según todos podían esperarlo. Sainte Beuve, apoyado en el pretexto del escándalo promovido por la obra, divagaba hilvanando sutiles y amables pretextos, sin escatimarle al autor los mayores elogios: «Renán, es necesario reconocerlo, no satisface más, con este libro extraordinario, a los escépticos e incrédulos que a los creyentes.» Sainte Beuve advertía que Renán, como Rousseau en el prefacio de *La nueva Eloísa*, hubiera podido decir: he visto las creencias de mi tiempo y he publicado mi libro. En

realidad reconocía él que entre los creyentes e incrédulos existe una masa flotante considerable, indecisa, que no está ni con los unos ni con los otros y que, entregada tan sólo a las sollicitaciones prácticas de la vida, a los sentimientos naturales y honestos, al buen sentido, nunca ha encarado seriamente la cuestión religiosa. A ese público se ha dirigido Renán, que ha respondido leyéndole, pues ha encontrado «un espíritu superior que llegaba hasta él y que le hablaba en lenguaje, a su alcance, una lengua siempre noble por lo demás, elocuente, elegante», que le permitía, no sólo enterarse, sino instruirse. De esta manera, anotaba Sainte Beuve, la historia de su éxito constituye un curioso capítulo literario digno de escribirse: «Esta *Vida de Jesús*, guardando toda consideración, ha llegado a ser para la clase media de las inteligencias como *Le Petit Journal* entre el pueblo.» Sin embargo, acaso pudo temer Sainte Beuve que esa observación pudiera prestarse a interpretaciones erradas, pues finalizó su artículo advirtiéndole que el autor del libro había alcanzado su justa recompensa, no sólo atrayendo la inmensa curiosidad del público, sino también la atención y el interés de espíritus tan distinguidos como los del sabio Havet, Scherer, Berzot, Levallois, que estudiaron su obra en los grandes periódicos, mientras se desencadenaba el diluvio de impugnaciones enconadas.

He ahí a Renán juzgado por el mejor crítico

de su época. ¿Hasta dónde Sainte Beuve gustaba de sus obras? Receloso y sumario, el autor de *Port-Royal* acaso temió siempre encarar formalmente el estudio del cristianismo a través de sus críticas. Tal vez sus relaciones sociales, sus aspiraciones políticas, la influencia de sus amigos del gran mundo, sobre todo de los círculos orleanistas, cohartaron, en más de una ocasión, esa independencia que el crítico pudo y no se resolvió a mantener.

RENANISMO

Julio Lemaitre, que había asistido a los cursos de Renán, fue uno de los primeros en llamar la atención sobre su regocijada ironía. ¿Cómo puede ser alegre un pensador que ha comenzado por traducir el *Eclesiastés* y ha vivido en íntima frecuentación con la vanidad del mundo y de las cosas terrenas, en el constante estudio de la historia universal? La antítesis puede prestarse a un equívoco formal, sobre todo tratándose de un temperamento esencialmente sacerdotal. Pero quien frecuente las obras de su ancianidad, y particularmente ese testamento sonriente que se titula *Recuerdo de niñez y de mocedad*, no podrá, en lo sucesivo, releer al Renán de los comienzos sin cierta desconfianza. Cuando acaba de abandonar San Sulpicio, escribe: «En la aldea voy a misa; en la ciudad me río de los que van». Son esos los años de

su vida en los cuales la ilusión de la creencia no constituye una certidumbre, mientras sólo concibe la necesidad de la religión para el campesino inculto, en quien siempre podrá encontrar desnudo el filósofo al eterno *animal religiosum*: «una imagen de la Virgen en el gabinete del hombre de trabajo parece un absurdo indigno, mientras que en el hogar del labriego puede hacer llorar de ternura, porque es el rayo de ideal que penetra bajo el techo de la cabaña». En cambio, ya en el umbral de la muerte, al prologar su espesa obra de mocedad sobre el porvenir de la ciencia, nuevamente el escéptico burlón humedece sus dedos en la pila de agua bendita de la fe juvenil, ensaya su *mea culpa*, pensando, una vez más, que la ruina de las creencias traerá consigo una crisis en la moral humana: «A fuerza de quimeras se había logrado obtener del buen gorila un esfuerzo moral sorprendente.»

Hay escritores en quienes la naturaleza violenta de sus temperamentos acentúa su masculinidad, y son frecuentes también los que, como Oscar Wilde, justifican un eterno equívoco. Algo de esto ocurre con Renán: cuando, al referirnos a la redacción de la *Vida de Jesús*, decíamos que su delicadeza moral trasciende hasta esa representación feminizándola, no procurábamos sino ver en su crítica cuanto él mismo afirmaba, la admiración que se justifica en sus flaquezas y sabe «convertir nuestra enfermedad en un

encanto». ¿Admirar no supone para Renán buscarse un poco?: «admirar suele significar, de ordinario, encontrarme». Quien no ocultaba la predisposición femenina de sus gustos, ¿acaso habría de reparar en la feminización de cuanto solicitaba sus dilecciones? Si Renán llegó a querer, en alguna nueva reencarnación, poder rogar y amar como mujer y tuvo la sinceridad de exclamar: «En mi manera de sentir, tengo tres cuartas partes de mujer», pudo también, insistimos, feminizar su personalísimo Jesús.

Con razón Taine, el más rígido y ortodoxo de los pensadores, a pensar de su íntima simpatía y de su tradicional amistad, juzgó a Renán con su severidad no exenta de justicia, pensando que si bien es cierto que hay mucho de Platón en él, en cambio su crítica es incapaz de fórmulas precisas, pues no va de una verdad a otra: «él prueba, palpa, tiene impresiones»; carece de sistema, porque la filosofía no es más que un eco de la repercusión que encuentran las cosas en él. Taine, impersonal, esencialmente objetivo como psicólogo, negación del romanticismo y de toda forma egoísta, pudo sentir con incontenida aversión a quien llegaba a decir: «Nací romántico; me es necesario al alma, algo que me coloque a la orilla del abismo».

¿Resultaría paradójal afirmar que fue Renán el más religioso de todos los escépticos? Acaso sus ideas reflejaron, en cierto modo, esa timidez

melancólica de la raza bretona que, según lo observaba él mismo, indújole a creer que un sentimiento pierde la mitad de su valor cuando es expresado, pues el corazón no debe tener otro confidente que sí mismo. Y el historiador de Jesús supo permanecer, en cierta manera, fiel a esta consigna: escribió justificándose siempre ante su sensibilidad; personalizando su comprensión íntima de las cosas y de los acontecimientos morales de la historia. ¿Qué es el retrato del Nazareno sino un autorretrato, el espejo de sus sentimientos y de sus ideas? Su representación de Dios supone el concepto de un liviano antropomorfismo psicológico: el hombre, sólo el hombre, ha podido erigirse en divinidad, pensándolo, creándolo; es su hechura, porque es capaz de comprenderlo.

Cuando Renán oficia con mayor unción en el altar de la ciencia, después que abandona San Sulpicio, el ascendiente de sus antiguos días de recogimiento en el seminario ahinca más hondo en su espíritu; romántico incorregible, vivirá en perpetua crisis escéptica. Su *Deus absconditus* mantiene constantemente rediviva en su corazón la bella esperanza platónica. Como el Fermín Piédagnel de Anatole France, siente su espíritu penetrado por la suntuosidad mística, que le mueve a evocar cada mañana el encanto, aromado de incienso, de las pompas rituales y la idealidad en las exaltaciones de la fe. Jamás se libertará de la tiranía de su juventud,

y cuando cree alejarse de sus antiguas devociones, se encuentra más cerca de ellas: ¿acaso no decía Condillac que los seres más inteligentes son los más fáciles de engañarse? En cada hora de su vida encontramos en él al tonsurado arrepentido de su libertad; después de escribir, en días de afiebrado convencimiento, *El porvenir de la ciencia*, hubiera podido decir, como su discípulo, el autor de *El pozo de Santa Clara*, que hay en el estudio de la ciencia un fondo amargo de orgullo y de audacia. Y, a medida que la voluptuosidad de la ideas, en el cotidiano ejercicio de todas las disociaciones, lo lleva a dudar incorregiblemente del catolicismo y de los sistemas filosóficos, su constancia escéptica se convierte en un elegante desencanto, en una petroniana tristeza. ¿No se arrepiente cuando envidia a los que han tomado el mundo como el sueño entretenido de una hora, de haber perdido cinco o seis años en el estudio del hebreo, de las lenguas semíticas, de Ewald, de Gesenius, de la crítica alemana y de cuantas búsquedas consumieron sus años juveniles? Es preferible, llega a pensar, someterse ciegamente al espíritu, bueno o malo, del universo, aunque sólo se haya de encontrar el vacío en el fondo de la copa de la civilización, en la cual todos los siglos han bebido.

Mientras realiza su viaje de estudio a Fenicia, sintiendo inmediata la tristeza de la Tierra Santa, y mientras escudriña en la huella que han

dejado las civilizaciones milenarias, Renán olvida la prolija crítica de los exégetas alemanes y escribe, con el corazón anheloso, la vida de Jesús, la historia psicológica del espíritu más delicado, del alma más pura, con cuyas ideas identifica sus sentimientos morales. Y como en esa hora de su vida privan dolientes razones sentimentales sobre su corazón, el corazón olvida el frío escarpelo de la crítica y sólo se contenta con glosar la edificante existencia de Cristo, al margen de los Evangelios. Con amor siente y comprende la obra de aquel varón nobilísimo, santo iluminado de una nueva humanidad; para evocarle, sus palabras recogen toda la efusión de su inteligente simpatía, bordando un elogio sentimental que olvida la severidad del examen. Ahí está todo Renán, el más perdurable y el más sincero; aun cuando ha despojado al Nazareno de su divinidad, le comprende humanamente, con rendida ternura. Su Cristo no es el Cristo que marca el fin del mundo antiguo, sino Jesús, el pastor finisecular de la civilización cansada. Su abnegación y su idealidad le mueven a pensar que el hombre, en sus mejores horas, es más religioso porque su voluntad virtuosa trasciende como una idealización de la vida; y Dios sólo es la categoría del ideal, «es decir, la forma según la cual concebimos el ideal». ¿No afirmaba también Renán que, en su raza, la religión fue siempre la forma con que se disimulaba la sed de idealidad?!

Con clara intuición Paul Bourget pudo adivinar la influencia que este aristocrático escepticismo habría de tener sobre las generaciones futuras: «Será necesario encontrarse cincuenta años más adelante para medir el grado de fecundación que tendrá esta influencia». Acertadamente sospechaba el autor de *El discípulo* lo que otros, como él, llegarían a deber al Renán de los últimos años: el deseo de comprenderlo todo, dudando finamente; la elegante manera de poder convertir, según lo advertía Rod, los objetos de angustia moral en objetos de deleite; el cínico pirronismo, que le inclinaba a encontrar en los libertinos la práctica de la verdadera filosofía de la vida; la irónica melancolía epicúrea, última expresión de la delicuescencia romántica, esa que tan patente podría descubrir Seilliére en el Renán de los últimos años.

He ahí el sentido psicológico de la influencia renaniana, de la cual proceden Anatole France, Jules Lemaître y Maurice Barrés. Influidos en parte como el maestro por el sensualismo (sensacionismo, dice Michaud) del siglo XVIII, les place el aristocrático refugio de un diletantismo elegante; indiferentes ante las conquistas de la democracia (¿no le hace decir Renán al prior de los Cartujos, en *Caliban* que «toda civilización es la obra de los aristócratas»?), gozan de las ideas y de las cosas distinguidas que dejan trascender una pura idealidad. Escépticos, sólo

confiados a las razones de la inteligencia, gustan de las ideas sin entregarse definitivamente a ninguna. La fantasía les coloca sobre las pasiones humanas, y en el juego de dudar de todo, acaban, como en la Cábala, por convertirse, en el fantasma. Algo faltaría en la fiesta, decía Renán al hablar de Petronio, ese renaniano puro de la Roma imperial, si el mundo sólo estuviese habitado por fanáticos iconoclastas y por tontos virtuosos. El que, en fuerza de sonreír siempre, llegó a no tolerar ninguna expresión dogmática de las humanas creencias, hubiera deseado llegar a saber que el más afirmativo de todos los hombres, Pablo el santo, contrariando la inflexible fe de toda su vida, había muerto desesperado en la encrucijada de algún camino de España, exclamando: «Ergo erravi». ¿Desesperado? No, se rectifica Renán sino tranquilo, porque su escepticismo sólo concibe el estado de la perfecta inteligencia como el de un amable dudar, que nos coloca por sobre las calibanescas vulgaridades de la vida.

La crisis juvenil de los sentimientos, que decidieron su ruptura con la Iglesia, se convirtió, en sus años de vejez, en la enfermedad de la inteligencia: sonriente nihilismo, que era el necesario resultado de sus cambiantes estados de conciencia. ¿Se puede haber corrido inútilmente tras las múltiples apariencias de la verdad, jugando con todas las antinomias, queriendo ser un conciliador que se burla de todos los valores, sin

llegar exhausto de desaliento a la hora última, ni más ni menos que el niño que ha perseguido enloquecidamente la voluta azul del humo que se escurre entre sus dedos?

En Renán la falta de convicciones profundas y la ausencia de pasión le llevaron a través de la vida como al personaje del apólogo, que estaba en el secreto de todos los misterios. El fácil ejercicio de la inteligencia le colocó, ante el juego de las ideas, como al espectador que presencia, en la pista del circo, las inútiles piruetas del funámbulo. Constantemente irrespetuoso, volteriano y resignado ante las normas fatales de la vida, hace pensar en el acólito que, en fuerza de sacudir cotidianamente el blanco hilo de los manteles en los altares y de limpiar los vasos sagrados, ha perdido el respeto por las graves cosas de la religión. ¿No recordaba, en sus recuerdos de infancia y de juventud, que frecuentemente, con cierta desesperada regularidad, recibía cada año una lacónica epístola con estas palabras: ¿Y si existiese el infierno? Seguramente, pensaba entonces, la persona piadosa que me escribe se preocupa de la salvación de mi alma y no puedo menos que agradecersele, aun cuando no creo haber merecido tal solicitud. «Un poco de Purgatorio sería tal vez justo: aceptaría la broma, ya que luego se me depararía el Paraíso, pues creo que algunas almas bondadosas habrían de ganar indulgencias para sacarme.» Tal vez golpeaba en el talón de Aquiles el

dogmático Brunetière cuando decía: « ¡Haber comenzado por *El porvenir de la ciencia* para terminar con *La abadesa de Jonarre*; qué irrisión y qué miseria! » En verdad, ese estudiante prematuramente grave de los veinte años, que parecía no haber tenido juventud, se convertía en un pícaro colegial al declinar su vida, burlándose, con mucha gracia por cierto, de cuanto antes había reverenciado, y pidiendo para los jóvenes un poco de libertinaje, porque quién sabe si el único deber en la vida no consiste en divertirse.

Demasiado se advierte, tras su ironía, la posición del hombre superior, que enreda y desenreda la madeja de las ideas como pudiera hacerlo un felino jugueteo: ¿se trata de probar que todo es igualmente verdadero?; eso pudiera ocurrir si no sucediese frecuentemente lo contrario, es decir, que todo es igualmente falso; ¿existe para él Dios?: a veces lo niega, asegurando que tal vez existirá algún día; ya exalta el genio de los hombres superiores, luego se pone de parte de los humildes. ¿Cuáles son sus ideas? ¿Dónde están sus certidumbres? ¿Duda de lo que afirmó primero? ¿Cree en lo que negó más tarde? Su nihilismo es siempre amable, dulce, frívolo, no encara los problemas eternos, pues sabe escurrirse ante ellos como un humo envolvente y azul, que parece abrazar los objetos, y, sin embargo, no ha hecho más que pasar en torno de ellos, sin penetrarlos. Su

Dostoievski, Renán, Pérez Galdós

trato frecuente con los libros sagrados (¡ah! palabra amarga del Eclesiastés, doliente consejo de Kempis: «omnia transit»!) le ha inclinado a dudar de todo y a dudar también de la inútil vanidad de la inteligencia: por eso, cuando todos afirman, él sonríe, sonríe en su vejez, porque ha logrado arrancarle el secreto a la Esfinge.

Y, sin embargo, pide para su tumba el epitafio latino: *Veritatem dilexi.*

AL MARGEN DE PÉREZ GALDÓS

HASTA dónde la obra de arte escapa a las contingencias del clima físico y moral medio, llegando a ser, con frecuencia, una reacción contra él? Puede un momento dado contribuir en la eclosión de un temperamento singular, que aparezca como la resonancia de una hora; pero, a menudo, la realidad ideal se encarga de probar lo contrario en casos como los de Ibsen o Nietzsche, valores que superaron las aspiraciones de su tiempo; afirmación de individualidades no subordinadas a un sentir común, en las que pudo exaltarse la suprema aristocracia de todas esas fuerzas libres, que hincan muy hondo, en lo más oscuro de los procesos intuitivos. ¿Acaso el adocenamiento filosófico y literario tudesco de la segunda mitad del siglo pasado podría explicar al ideólogo de Sils María, o la indigencia del medio uruguayo de fines de la última centuria bastaría para justificar la aparición de Rodó? En una hora en que *Caliban* imponía el dominio del vientre sobre el

espíritu, pudo el autor de *Ariel* concebir su hermoso sermón laico, palabra de admonición contra el materialismo de una sociedad en la que San Pablo hubiera conminado, una vez más, la tardía digestión de los vientres perezosos, enemigos jurados de todo idealismo.

Y es que, acaso, y a pesar de Taine, espíritu profundo, pero demasiado sistemático en sus teorizaciones científicas, no es posible determinar la finalidad de la obra artística a acomodaticias leyes psicológicas o sociales. El fenómeno de la percepción armónica, que concurre en la visión estética, es oscuro y obedece a circunstancias tan poco registrables, que el más listo de los psicólogos no llegará tal vez a puntualizar el proceso sensorial de la representación intuitiva, pues obedece a un mecanismo demasiado sutil e impreciso para que pueda ser objeto de medida. Todos los reflejos de las sensaciones, los ecos de los sentimientos y cuanto se genera en el proceso oscuro de la vida interior para transmutarse en la creación artística, no puede tener más que un nexo de causalidad indirecta con el medio. ¿Qué ambiente podría influir o determinar las asociaciones abstractas que concurren en las síntesis de las ideas o de las intuiciones mismas, capaces de expresar lo esencial de las cosas? ¿Acaso el psicólogo podrá establecer una afinidad de concomitancia entre el acto intuitivo y la acción del medio físico? Taine trató de estudiar un fenómeno exterior donde no existía más que un

proceso oscuro de las facultades; quiso consignar un acto perfectamente voluntario en la síntesis más compleja, cuyos orígenes se pierden en las voliciones más recónditas, en las que advertía Schopenhauer una acción inconsciente, porque en el arte antes se da lo intuitivo que lo razonado.

Si en escritores de acentuada idealidad, Dostoievski y Tolstoy, el medio pudo influir como incentivo de reacción ante complejos estados anímicos, en otros en cuyas obras lo real supedita a lo imaginativo, Balzac o Zola, pudo ocurrir lo contrario: fueron un eco y una expresión de su medio y de su hora, porque sólo supieron mirar en torno, ver y decir cuanto observaron y, hombres de escasas inquietudes al fin, el arte fue en ellos antes un motivo de copia que de introspección.

He aquí también el caso de Pérez Galdós, simple observador, sin mayores aspiraciones intelectuales ni grandes inquietudes contradictorias: vio y sintió lo propio con pupila precisa y oído atento. Para comprender claramente lo que significa su aparición en la literatura española es preciso recordar el estado del ambiente intelectual matritense en los promedios del pasado siglo. Una generación frívola, implacablemente misoneísta, vivía sólo preocupada en devanar la madeja de sus fáciles aspiraciones cortesanas, sin más inquietudes que las de la tranquila hora pasadera, escéptica o indiferente a

todo progreso cultural. Iban corridos cerca de cuatro lustros desde el día en que se había sepultado a Larra, tan hondo en las conciencias como en el seno de la tierra. Costa y Giner estaban aún distantes: eran los profetas que reservaba el porvenir. *Clarín* no pasaba de ser aún más que un tímido estudiante universitario. La fiebre romántica privaba en los cenáculos, sirviendo de propicio disfraz para los simuladores del talento, que comulgaban cada mañana en su altar. La decadencia de la novela movía a piedad: imitábase a Walter Scott o se publicaban áridos folletines de intrigas sentimentales y de fantasías antojadizas: Fernández y González hacía el encanto del pueblo, llegando hasta los estrados y salones; *Fernán Caballero* daba a la estampa sus mejores novelas domésticas, buenas e inofensivas prédicas de moral casera; Navarro y Villoslada y Trueba cultivaban y cautivaban, en truculentas narraciones novelescas la crónica local y el cuadro de costumbres; sólo las deliciosas *escenas* de Mesonero Romanos constituían una interesante excepción en esa hora de rebajamiento intelectual. En momento oportuno había llegado Alarcón, cuyos libros pudieron anticipar una necesaria reacción, que iba a tener eco inmediato hasta imponerse del todo con los que venieron tras él. En 1864, Pereda reúne en volumen sus *Escenas montañosas*; Trueba, prologuista de la obra, le prodiga agrios reparos porque escribe *d'après nature*; adverten-

cias que, años más tarde, va a censurar Menéndez y Pelayo cuando habla de la distancia que media entre la idealidad empalagosa y el realismo fuerte y humano.

Son los días en que Pérez Galdós llega a Madrid: se inicia publicando artículos ocasionales en los periódicos; frecuenta algunas amistades; se propone seguir la carrera de derecho; luego se traslada a París, y a su regreso escribe la primera novela. Ha salido de su tierra, y en la metrópoli transpirenaica siente palpar el corazón de Europa. Seguramente llega a comprender como nunca entonces el dolor de su tierra, y, antes que preocuparse de la fácil moda romántica, de Víctor Hugo, de Musset o de Lamartine, hace un examen de conciencia sobre la realidad española. Balzac le muestra un camino que debe seguir. Ahí está *La fontana de oro*, y en sus páginas el novelista que regresa del París que aun no presiente la guerra contra Alemania. Galdós no ha leído, en su modesto hotel de la calle Vincennes, el último libro de Teófilo Gautier, pero sí la primera novela de Zola. Tras su viaje ha dejado abierta una de las ventanas de los Pirineos, anticipándose a lo que más tarde iba a pedir *Clarín* tras una lectura de los cuentos droláticos de Balzac.

Cuando escribe *La fontana de oro* aun no se han publicado *El sombrero de tres picos*, *Las ilusiones del doctor Faustino* ni *Sotileza*. Pérez Galdós aparece, según justamente lo observa

Menéndez y Pelayo, como el restaurador de la novela española. Los diez volúmenes iniciales de sus *Episodios* y de sus tres primeras novelas abren un camino y marcan un rumbo en la literatura peninsular. Después de la novela cervantina, no existe seguramente en la literatura peninsular un esfuerzo más interesante que el de los *Episodios nacionales*, verdadera comedia humana de un siglo, en la cual reviven centenares de personajes que encarnan toda la vida de una nación; admirable ciclo novelesco escrito, no sólo sobre el helado testimonio del documento extraído del archivo, sino que también sobre los recuerdos propios y de testigos presenciales, que permiten hacer sentir el sabor del ambiente local, el calor humano de la acción, la charla viva, la verdad íntima del momento, que valoriza el fondo histórico y ayuda el enredo novelesco.

LA ISLA SONORA

Livianas y sin preocupaciones volaron para D. Benito las doradas horas de su niñez en su isla canaria: su casona familiar, en el barrio tranquilo, una calleja peculiar, cubierta de cantos rodados según la tradicional usanza de Andalucía, con su patio florido y sus habitaciones bajas, fue testigo, desde los días más remotos de su infancia, de sus distraídos ensoñares y de sus correrías, que no de su puntual asistencia a

la escuela. Y fue así como, antes de conocer las primeras letras, supo de las cosas del cielo, de la tierra y del mar, y aprendió a cortar monos en papeles de colores, primer anticipo del dibujante que más tarde iba a sorprender con la soltura de ese su lápiz, que ilustró no pocas páginas de los *Episodios nacionales*.

Hasta muy entrada su mocedad vivió en su isla nativa, frente al mar vasto y cambiante, que pobló su juventud de rumores como un sonoro caracol. ¡Ah, las incitaciones misteriosas de Anfritrite en la inquieta fantasía de un niño! Cuando, por las noches, el desvelo quema las pupilas e incendia la imaginación, la voz del mar toma la entonación de un canto de cuna o se convierte en acicate de esos pavores nocturnos que con-turban la enfermiza sensibilidad infantil. ¡El mar, el mar, ora apacible, ya enfurecido; el mar, que dialoga en su lengua de bronce con los vientos preñados de tempestades; el mar, que escucha Gloria en la hora de su desgracia; el mar, que pobló de terrores su juventud y fue grácil vela latina para su despierta imaginación; el mar de las piraterías y de las aventuras, que él aprendió a evocar en los relatos de Pepe Chirino, el marinerero que cortejaba a su cuidadora, la criada Teresa!

Boquirrubio, holgazanote, acudía de mal talante a la clásica escuela de la calle de la Carnicería, una de esas características escuelas de primeras letras que todos hemos conocido, donde

se aprende a ahogar la rebelión inicial que despierta el primer castigo, cuando solíamos decorar el rabo de una mosca o ensayábamos una morisqueta a espaldas de la profesora, una de esas inolvidables señoritas de setenta años, que hicieron pagar con creces a nuestras ocho primaveras todos los rencores contenidos de una soltería impenitente.

¡Ah, la cartilla que aprendió D. Benito, entre sobresaltos y mojicones, en la escuela para señoritas de las niñas Mesa, que admitía a escasos infantes pequeñines y en la que un empleado de la catedral enseñaba a las muchachuelas pubescentes, ante cuyos abrils sintió acaso el pequeño escolar su primer ahogo sentimental!

Muchas fueron las horas de errancia, de furtivas cimarras, ya so las verdes arboledas de su isla, donde holgaba en distraídos andares y en amenos paliques con amigos temporeros; ora en gratas exploraciones a través de todos los altibajos y oteros, al divino azar del capricho, trepando los empinados farellones y laderas de los montes, por donde iba a andar más tarde Prim, en el destierro, tramando conjuras.

Si la adolescencia fue para D. Benito una santa bohemia ebria de sol, su mocedad no logró tampoco someterse a la tiránica disciplina del aula y del protocolo de salón; él mismo ha referido que, en vez de preparar el curso de derecho, le encantaba andar vagando por las calles y pararse delante de los escaparates a contemplar los

objetos expuestos, o irse a curiosear por las afueras de Madrid.

Poco propicio al frío culto de los libros, fue siempre andariego, retraído y huraño, negado a toda cortesanía, con un santo horror a la ostentación y a la galería. Inquieto y curioso, nadie como él llegó a conocer más por lo íntimo y familiar la vida española: de modestas casas de huéspedes a la envejecida diligencia; desde las fondas aldeanas a las posadas de los caminos, anduvo observando las cosas de su tierra, en trato habitual con labriegos y feriantes; con pícaros y menestrales; con arrieros y curas pobres; con estudiantes sin libros y cómicos tronados; de poblacho en poblacho, y frecuentemente en coches de tercera. Porque, para visitar estos pueblos, le decía un día D. Benito a *Azorín*, en muelle plática veraniega, hay que viajar en tercera: «Yo he hecho así muchos viajes. De otro modo no es posible enterarse, porque los señoritos que van en primera no pueden enseñarnos nada. Y, después, es preciso parar en los mesones, no en esos fondines a la francesa, todos iguales. Se ven en las posadas una porción de tipos interesantes, por ejemplo, los camaranchoneros, que son vendedores de mulas, que van dejándolas en su excursión por los pueblos y al retorno las cobran; los ordinarios, los campesinos que vienen al mercado un día a la semana; otros tipos que van componiendo lebrillos y tinajas, y otros que arreglan paraguas.»

DON BENITO, PEREDA, MENÉNDEZ Y PELAYO

Don Benito tuvo dos amigos, dos entrañables buenos camaradas de toda su vida: un hidalgo montañés, D. José María de Pereda, y un severo erudito, D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

¡Singular afinidad de caracteres! A veces se juntaban en un café y, sin reparar en el vuelo de los minutos, hacían un paseo, un largo paseo cordialísimo. Pereda era un grave amante de la tradición, religioso y circunspecto; Menéndez y Pelayo un conservador a las derechas, sin malicias ni reservas; D. Benito, un liberal sereno, pero un liberal al fin.

Graves, mustios y silenciosos, solían caminar, caminar los tres amigos. Diez minutos, media hora, cincuenta minutos. La tarde se iba lentamente, y los tres regresaban al punto de partida, sin haber enhebrado más que una desgarrada charla, interrumpida por largos silencios.

¡Ah, pura y limpia elocuencia comunicativa del silencio cordial, en tres espíritus que se comprenden!

Los caminos, las salas familiares de las amplias casonas antiguas y las arboledas de Santander, saben más que todos los biógrafos de la mutua camaradería amistosa que cultivaba esta trinidad interesante.

A veces, por las tardes, ya entrada la prima-

vera, D. Benito solía asomarse a ver pasar el tren; detrás del cristal de una ventanilla columbrábase una silueta familiar que insinuaba un saludo amistoso; era D. Marcelino, que, interrumpiendo su lectura, buscaba con la mirada al amigo afable que vivía en San Quintín.

Don José María, el hidalgo montañés, escribió en cierta ocasión, desde Santander, sobre su amigo canario: «Todos los veranos nos vemos aquí (en Santander). En algunos de ellos me ha proporcionado el regaladísimo placer de pasar unos cuantos días conmigo en Polanco. Nuestra correspondencia epistolar ha sido frecuentísima durante algunos inviernos, y muy rara la carta en que hemos tratado en serio cosa alguna; y tanto de esas correspondencias como de nuestras conversaciones íntimas, he deducido siempre que, fuera de la política y de ciertas materias religiosas, en todas las cosas del mundo, chicas y grandes, en todas las cosas del mundo estamos los dos perfectamente de acuerdo. ¿Será éste el vínculo que más nos une y estrecha? Un detalle curioso: Galdós, que sería capaz de quedarse en *cueros vivos* por mí, no me regala sus obras cuando las publica, sin duda por no tomarse la molestia de empaquetar los ejemplares y mandarlos al correo...»

¡Qué hermoso y qué puro don de la verdadera amistad ese que prescinde del interés y excluye el cálculo! El amigo olvida enviarle sus libros, no uno, ni cinco, ni acaso diez, sino veinte,

tal vez cuarenta, y quién sabe si más de medio centenar. Sin embargo, el buen hidalgo montañés llega hasta la librería, adquiere el volumen nuevo y le escribe en seguida para colmarle de elogios, al mismo tiempo que le remite un libro que acaba de salir de las prensas, húmedo aún, y en cuya portada campea el siguiente título: *Peñas arriba...*

El interés de esa amistad y la frescura con que Pereda describió la Montaña, llevaron a D. Benito a afincar en Santander, donde iba a vivir más cerca del hidalgo de Polanco, que acababa de escribir su novela *De tal palo tal astilla*, réplica y tesis refutativa de *Gloria*.

Sin embargo, disentimientos como éstos no alcanzaban a formar nubes, que ensombrecieran tan cordialísima camaradería. Recuérdese solamente la carta que el hidalgo montañés le envió a Galdós a raíz del estreno tan sonado de *Electra*: «De cualquier modo, las cosas se han sacado ahora de quicio, y a ello se debe que, como le digo al principio, me vea y me desee al escribirle estos renglones, pues en ocasión tan solemne para usted, yo, que tan de veras le quiero, no debo ni puedo permanecer en un silencio sospechoso; y al decirle algo, temo que le sirvan de molestia los distingos a que me obligan la lealtad de mi corazón y los deberes de mi conciencia de cristiano viejo.»

Quienquiera que haya leído aquel liviano y cordial volumen de D. Benito titulado *Memo-*

randa, no podrá sino recordar la descripción animada del viaje por tierras cantábricas, que describió como un itinerario novelesco. Pues bien, a ese viaje «me llevó Pereda en su propio coche—le decía D. Benito en cierta ocasión a José Montero—. Fueron cuarenta leguas por Cantabria, saliéndolo de Santander y parando en Potes, junto a los Picos de Europa».

Años más tarde realizó otra peregrinación con Pereda hasta Portugal: «Pereda vino a buscarme a Madrid, y desde aquí emprendimos la excursión, atravesando por Cáceres la frontera. Fue por abril o mayo. El tiempo estaba espléndido. De un tirón nos plantamos en Lisboa.»

No se interpuso jamás una sombra que velara el cristal de esa amistad, que ahincó muy hondo en los afectos, sin reparos ni reservas: «Algunos creen—recordaba el propio Galdós en las *Memorias de un desmemoriado*—que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas, sin llegar al altercado displicente. En verdad, ni don José María Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros.»

Esa camaradería no se enturbió jamás con el asomo de un disgusto; fue cordial y fidelísima hasta más allá de la muerte, porque, cuando rindió su vida el autor de *Sotileza*, D. Benito trazó

el diseño que hubo de utilizarse para construir el panteón que hoy puede verse en Polanco, bajo cuya lápida duerme, de cara al cielo, el hidalgo de la Montaña.

EL OTRO AMIGO

Grande amistad y señalada distinción tuvo siempre Galdós con Francisco Navarro Ledesma, el autor de aquel libro único *El ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra*, a quien sobre admirar quiso siempre entrañablemente. Le conoció D. Benito durante los días en que andaba por las tierras toledanas preparando el último volumen de *Ángel Guerra*. Las primeras cartas que recibió, a su regreso en Madrid, eran de Navarro Ledesma: «Me traían noticias y apuntes descriptivos de los Cigarrales; cartas deliciosas, llenas de amenidad y frescura.»

Galdós vio formarse y descollar a Navarro Ledesma, que bien pronto llegó a ser un maestro indiscutido del epigrama; un creador y un verdadero crítico, a quien arrebató demasiado pronto la muerte, malogrando en sazón tres libros: uno sobre Lope de Vega, otro sobre Hernán Cortés y un tercero dedicado a Fernán González.

Un mes antes de morir, ¡sólo un mes antes!, le decía Navarro Ledesma a D. Benito, en carta triste, pero llena de esperanza: «Tengo muchos y grandes proyectos... El *Lope* lo prepararé éste

invierno si los menesteres de la prensa me dejan respirar un poco. Luego quisiera hacer un libro más pequeño de *Arcipreste*, y otro de *Don Álvaro de Luna*. Además, proyecto una *Historia de la literatura femenina española*, para sacar de su error a las gentes creídas de que en España las mujeres no han hecho nunca más que rezar y multiplicarse.» Mas, al finalizar esta epístola, la nota doliente evapora todas las esperanzas: «Si tuviera salud y no me obligara la precisión de escribir cuatro o cinco artículos diarios, me parece que podría realizar estos proyectos y algunos más; pero el *arate cavate* de todos los días me derrenga.»

Treinta días después dormía bajo la tierra, y D. Benito exclamaba: «Su trato cariñoso y su saber, cada día mayor y más ameno, adquirido tanto en los libros como en el mundo, era un bien demasiado hermoso ¡ay! para que durara.»

UN REVOLUCIONARIO DE 1804

El espíritu juvenil de D. Benito recibió en la política su bautismo de gracia, al calor de la revolución de septiembre del 68; cual Minerva, nació de ella hecho todo un liberal romántico, encendido en una anticipación de porvenir. Ardoroso y convencido, se afilió a las fracciones de la izquierda, ungiéndosele diputado acaso para que se diera cuenta más pronto, según

lo iba a confesar un día a cierto periodista, «de que España no tiene enmienda», porque «precisamente el mal está en el parlamentarismo».

Tres veces fue diputado, un diputado silencioso e indiferente, cuya mejor historia parlamentaria trazó en página maestra de *Lo prohibido*: «Fui diputado cunero, y no me cuidaba poco ni mucho de cumplir los deberes de mi cargo. Jamás hablé en las Cortes; asistía poco a las sesiones; no formaba parte de ninguna Comisión importante; apenas servía más que para hacer bulto en la mayoría en los momentos difíciles. Tenía nociones muy incompletas acerca de mi distrito, y el mismo caso hacía de mis electores que de los negros de Angola. Gruñían, me escribían cartas llenas de recriminaciones; yo las rompía y las echaba al cesto, diciendo: El ministro de la Gobernación me hizo diputado, y nadie más. ¡Idos a paseo! Francamente, el Congreso me parecía una comedia, y no tenía la menor gana de tomar parte en ella.»

Frisaba en los treinta años: ya había asistido a la Universidad para seguir los cursos de derecho; conocía el sabor de las primeras campañas periodísticas; tenía entre manos un drama en verso que no terminó jamás; acababa de regresar de París tras un viaje provechoso, y había dado a la estampa su primera novela.

Corrían los días de 1871: Europa estaba en suspenso con el inesperado triunfo de los ejércitos alemanes, que sitiaban la metrópoli fran-

cesa. Galdós había conocido el París frívolo y amable de los bulevares y de las livianas salas de espectáculos; pero, al tornar a su tierra, estaba más convencido que nunca del incontrarrestable progreso de las ideas liberales, a pesar de Napoleón el pequeño y de la reacción imperialista.

Las páginas de su primera obra revelan tal estado de ánimo, pues fueron oportuna simiente caída en terreno propicio, que denunció el eco que encontraron en ajenos espíritus. El severo y reservado Eugenio de Ochoa escribía entonces: «Bien hace el Sr. Pérez Galdós en esgrimir su pluma contra la hipócrita sociedad del siglo pasado y principios del presente, sociedad devorada por una depravación profunda bajo sus apariencias santurronas; aquella sociedad que rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antesalas del príncipe de la Paz; que tenía los pueblos llenos de conventos y los caminos infectados de salteadores...»

Sin miedos ni calculadas reservas, Galdós se reveló en sus dos primeras novelas como un liberal de cuerpo entero, para escándalo de propios y extraños. Allí están *La fontana de oro* y esa historia de un radical de antaño, *El audaz*, documentos elocuentes de sus ideas de entonces.

¿Cómo y qué pensaban los héroes galdosianos, que el novelista destacó en el escenario de los primeros años de la pasada centuria? Oiga-

mos a Martín Muriel, radical, ateo, conspirador, revolucionario de 1804, y en sus ideas encontraremos algo o mucho de lo que sentía y disimulaba el joven Galdós de aquellos años.

He aquí al ardoroso protagonista de *El audaz*: hombre de su tiempo, volteriano, enemigo de la nobleza y del clero, admirador de la revolución francesa, porque había abolido los privilegios proclamando los derechos del hombre; que hubiera visto con júbilo desplomarse la España de su tiempo, de tal modo la creía corrompida y degradada y cuyo sueño buscaba en la revolución como el único remedio posible.

Un buen día encontramos a Muriel en su airada plática con el padre Jerónimo Matamala, franciscano de Ocaña, que charla, perora y conmina al amor de la huerta del convento, so la grata frescura de los grandes chopos. Martín va a partir con destino a Madrid, y el fraile trata de disuadirle, con la bondadosa mansedumbre del camarada cordial, mientras le insta para que solicite un beneficio simple, ordenándose de menores:

«Falta saber, padre, si eso durará mucho —arguye Martín—. Yo preveo el día en que todos ustedes salgan por ahí a buscarse la vida como voy yo ahora.

»—Jesús y el seráfico! —replicó el fraile— Nosotros, que somos el amparo y el sostén del hombre; nosotros, que le enseñamos a vivir y a ser bueno.

»—Si no viene todo al suelo mientras reine el deseado príncipe, será más tarde o más temprano; pero que se viene al suelo, es indudable.

»—¿Qué?

»—Ustedes, los privilegios, los mayorazgos, los diezmos, el rey, Godoy, y todo este modo de gobernar que hay ahora.

»—Pero, hijo, sé bueno. Cree en Dios. Sé respetuoso con los grandes señores, con los personajes de ilustre prosapia.

»—Sí, cuando les veo entregados a todos los vicios, llenos de preocupaciones, holgazanes, indiferentes al bien de estos reinos y de la sociedad. Comarcas enteras se esquilman en sus manos y se acumulan de generación en generación, siempre en la cabeza de un primogénito inepto, que no sabe más que alborotar en los bailes de las majas, hacer versos ridículos en las academias o lidiar toros en compañía de gente soez. Los colonos se mueren de hambre sobre el terreno; los derechos señoriales hacen que sea ficticia toda propiedad que no sea la de las grandes familias.

»—¡Santo Dios y el seráfico patriarca! ¡Qué pestilencial doctrina! ¡Yo, que deseo verte hecho un hombre de pro! ¡Yo, que voy a inclinarte a que busques apoyo en la nobleza?

»—¡Apoyo en la nobleza! La detesto de muerte. La aborrecía antes de saber lo que era. Conocida, nada puede dar idea de mi odio. La aborrezco más que a los frailes.

»— ¡Jesús, por los sacrosantos clavos! No blasfemes.

»— ¡Blasfemar! ¿Y por qué? Decir que todos ustedes son holgazanes, glotones, sibaritas, dueños de la mitad del territorio, disolutos, hipócritas: decir esto, ¿es blasfemia?

»— ¿...?

»— Ustedes han de desaparecer, irán arrastrados por una tempestad, que trastornará otras muchas cosas. Los privilegiados tienen que venir a tierra. Temblarán los nobles en sus palacios y los frailes en sus claustros. Los primeros tendrán que repartir su fortuna por igual entre sus hijos, creando así una clase poderosa, intermedia entre la grandeza y el pueblo, que será la que más incluya en la nación, y ustedes se verán reducidos a la cristiana pobreza con que fueron instituidos, pasando sus inmensas riquezas a ser patrimonio de la nación.

»— ¡Nuestros bienes! ¡Tú estas loco!

»— Dios os ha mandado ser pobres, y vosotros os habéis hecho ricos.

»— ¿La conciencia no te arguye de ser tan irrespetuoso con las cosas de Dios?

»— Es que yo no creo en Dios, padre.

»— ¡Jesús, qué horror! ¡*Vade retro*, Satanás!

»— Es decir, yo creo en mi Dios, en un Dios, a mi manera. Yo no creo en el Dios vengativo y suspicaz que ustedes han hecho a imagen y semejanza del hombre.

»— Tú serás bueno. San Agustín era como tú.

Oirás la voz del Señor y te convertirás. Tú amarás a todo lo que ahora detestas.

»—Si los nobles no ofrecieran en su conducta el ejemplo de todos los vicios; si yo viera en ustedes hombres de caridad, enemigos de las riquezas, en vez de hombres ociosos, ignorantes y fanáticos; si viera en la Corte y en el gobierno hombres dignos que no tuvieran por único propósito esquilmar a la nación en provecho propio, yo los amaría».

Así era Martín Martínez Muriel, rousseauniano puro, formado en la escuela de la revolución francesa e influído y moldeado por los ideólogos de la Enciclopedia. Él sólo podía concebir la reforma basada en la destrucción: deseaba hacer tabla rasa de los valores creados, olvidando que cuanto soñaba demoler era mil veces más poderoso que los razonamientos de dos o tres idealistas, y que los intereses suelen ser como esas columnas de piedra inmovibles ante las más formidables explosiones.

Claro está que en ese Muriel, exaltado, encendido en ciega pasión demagógica, que sueña con ser el Robespierre de una hora y que termina en la cárcel con su razón perturbada, alucinado con la idea de su dictadura omnipotente, el novelista quiso encarnar a un hombre de su época, a un reformador de los muchos que conspiraban cada día contra el Gobierno, exagerando no poco los tintes de las ideas dominantes,

piedra de escándalo para aquella sociedad española de promedios del pasado siglo.

Tal vez el desenlace de la novela galdosiana y la extremada exageración con que presentó a sus protagonistas, sustentáculos de credos que no podían aparecer sino como desquiciadores, pudo ser un obligado disfraz para la finalidad de las ideas que, allá en el fondo más oculto de sus simpatías, justificaba acaso el joven liberal canario; porque es preciso comprender también que en medio de la sociedad matritense de 1870, sólo era posible hablar en esa forma de cosas que propios y extraños respetaban secularmente: ¿acaso alguien hubiera osado, de otra manera, enderezar reparos contra el clero, la nobleza, los privilegios, el Gobierno, y elogiar sin reservas la revolución del 79, que no fuera por boca de ilusorios desequilibrados como Muriel y La Zarza, el verboso orate, monomaniaco adorador de la gran revolución, que recordaba en éxtasis los días cuando, en medio de la plebe enfurecida, había entrado a las Tullerías?

LOS «EPISODIOS NACIONALES»

Tal vez porque después de conocer muy intensamente la humilde vida del pueblo frecuentó con dilección constante la lectura de quienes, como Balzac, Dickens y Cervantes, son antes que nada realistas *per se*, D. Benito fue siempre, por modalidad y don natural, un antilfrico.

Nada está más distante de sus narraciones que ese género histórico novelesco cultivado por Hugo, Lamartine, Chateaubriand, deformación romántica de una historia convertida en caricatura de la realidad que fue.

Los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós forman en su conjunto un vasto friso de epopeya, en el que se suceden las escenas y los hombres evocados por el novelista con intuitiva maestría. En esas páginas se reencarnan las cosas en su realidad; reviven los hombres y los momentos representativos de la vida española; allí están Fernando VII con sus pequeñeces; Isabel II con sus rencores; la débil y suspicaz María Luisa; el hidalgo D. Amadeo y el inquieto Carlos IV; D. Alfonso XII y María Cristina; el rastroero Calomarde; Martínez de la Rosa, gobernante mediano y poeta incoloro; el altanero y sensual Godoy, favorito de cobertores; las figuras elocuentes de las Cortes gaditanas; Mendizábal y el popularísimo Espartero; O'Donnell, sereno en las batallas; Prim, héroe de todas las revoluciones; Cea Bermúdez y Narváez, el implacable; Castelar, en cuya palabra dormía la república; Salmerón, político socrático; Pi y Margall, el anunciador; Serrano, el caballero cumplido; Olózaga y Cánovas; Sagasta, el fácil y marrullero. Todas las figuras que encerraron las ideas del pueblo y fueron ímpetu de la acción española durante la fenecida centuria pasada: con ellas evocamos la guerra de la In-

dependencia tras la ocupación napoleónica; los ecos de la lucha con las colonias de América; el duelo entre el naciente liberalismo y las tradicionales aspiraciones del absolutismo monárquico, del que surgió el régimen constitucional; el nacimiento malogrado de la república; y, en fin, todas las luchas políticas que convulsionaron a España durante más de cincuenta años.

Vasto friso palpitante, en cuyas escenas revive toda la vida peninsular de una centuria; toda España, sin reservas ni atenuaciones de mal entendida patriotería, con sus defectos y virtudes, con su característico sentimiento de raza, con su heroísmo en las horas en que la nacionalidad se encontraba en peligro. Los episodios de la guerra de la Independencia, que arrancan de *Trafalgar* y terminan con la muerte de Fernando VII, forman una epopeya, la más alta epopeya que un escritor hubiera podido concebir para su tierra: en esos volúmenes está la crónica fiel del heroísmo español: Bailén, Zaragoza, Gerona, y la historia del empecinamiento fanático, la acción de los conspiradores y de la pasión popular irresponsable y ciega, cruel e inculta. Refrescad el recuerdo de las aventuras de Salvador Monsalud, del maestro Sarmiento, de los Garrotes, y reviviréis las guerrillas crueles, las africanas pasiones políticas, el fanatismo en acción, y entonces comprenderéis mejor la noble independencia del novelista y del historiador que no ha escrito una apología patrioterica, sino una

justa, serena y verídica historia, en cuyas páginas enaltece el heroísmo, canta la abnegación, pero fustiga y conmina los excesos, censura la barbarie y truena, como un nuevo Isaías, cuando el populacho se desmanda y atropella y veja y mata: «La canalla es capaz en ocasiones de grandes cosas, y hasta puede salvar a las naciones; pero no debe fiarse mucho en ella ni esperar grandes bienes una vez que le ha pasado el primer impulso, casi siempre generoso.»

Galdós no disculpa al pueblo español en la guerra de la Independencia, que, movido por alto patriotismo, fue cruel y atrabiliario en ocasiones: reconoce sus arranques heroicos, su desprecio de la muerte, pero fustiga con palabras severas su crueldad, hija de la cobardía pusilánime.

Al hablar de los *Episodios* galdosianos se ha recordado a Erckman Chatrian, el narrador francés que, antes que un novelista, fue un liviano hacedor de folletines. Acaso sus obras pudieron servirle como incitación a Pérez Galdós; pero de ninguna manera de escuela ni de modelo. Los *Episodios* de D. Benito están a cien codos sobre los relatos deshilvanados, de fácil y pueril novelería, escritos por el autor de aquella truculenta Revolución francesa para los niños. Acaso Pérez Galdós, en más de una ocasión y en fuerza de la amplitud de su vasto plan, llegó a dar a la estampa muchos volúmenes superficiales, en cuyas páginas la historia se ha convertido en

asunto de simple novelería; pero es preciso convenir también en que las dos primeras series de los *Episodios nacionales* constituyen modelos de la perfecta historia novelada, irreprochables en su documentación, de agradable lectura y viva realidad evocadora.

LOS HÉROES DE LA COMEDIA HUMANA

Despreocupado de todo banal artificio retórico, escribiendo con sencillez suma, creando siempre en grande como Cervantes, Shakespeare o Balzac, Galdós talló en carne duradera los personajes de sus novelas y de sus dramas: ahí están, clavados para siempre, sentidos y vistos *sub specie aeternitatis*, desbordándose de las páginas que los contienen, Nazarín, soñador iluminado; el Abuelo, ese hijo del Rey Lear, a quien atormenta el terrible dilema del bien y el mal; Ángel Guerra, razonador encendido de misticismo; Fortunata, encarnación genial de la mujer española, hembra y Quijote sublimados por la exaltación amorosa; aquella Desheredada, que sólo piensa en subir hasta la seda y la abundancia, así sea a trueque de arrastrarse; el maestro Sarmiento, un liberal de antiguo cuño; Orozco, el magnánimo; Tristana, hembra resignada y doliente; Araceli, que asiste a Trafalgar, figura el 2 de mayo, pelea en Bailén y en Zaragoza; los Miau, esbozo de una prodigiosa psicología.

infantil y retrato de un empleado público venido a menos; Villamil, el infortunado; Gloria, Doña Perfecta, el doctor Centeno, Marianela, Tito Liviano, la de Bringas, el amigo Manso, Monsalud, Leon Roch, Torquemada; en fin, todos los aspectos del alma española hechos pasión viva, como para acentuar, por contraste, aquello que afirmó en *Lo prohibido*: «La decadencia nacional está en el falso idealismo y el desprecio de las cosas terrenas.»

Tal vez por esta razón profunda, por este apego a lo humano, no fue Pérez Galdós escritor muy dado a cultivar una cómoda simbología en sus novelas, ya que siempre tuvo el entero valor de encarar la realidad de su época llamando al pan pan, y al vino vino. Ni en sus *Episodios*, en los que trató las más delicadas cuestiones históricas, de esas que los pueblos veneran como a las imágenes en los templos; ni en sus *Novelas contemporáneas*, en cuyas páginas mostro viva y palpitante a la sociedad y al pueblo españoles de promedios del pasado siglo, con sus virtudes y sus defectos, con sus pasiones incesuosas y sus rigorismos fanáticos, jamás D. Benito busco fáciles eufemismos o revesadas alegorías a fin de diluir al uno por mil sus ideas, que siempre fueron firmes y resueltas. Los símbolos, cuando intervienen en sus novelas, constituyen un simple recurso artístico, que en ningún caso perturba o violenta la naturalidad del asunto. Pérez Galdós, novelista, como Zola o

Tolstoi, tuvo siempre la firme conciencia de su apostolado, cuyo profundo arraigo humano le costó más de una mordedura y más de una póstuma reserva de quienes no pudieron tener esa noble hidalguía de que dio pruebas Pereda cuando escribió *Sotileza* para refutar a *Gloria*, como D. Benito había replicado con esta su novela a *El escándalo*, de Alarcón.

La acción ideológica que se convierte en motivo alegórico o en prédica doctrinaria aparece en alguna de sus obras, *Nazarín*, *Torquemada*, *Miau*, *Amadeo I*, *El caballero encantado*, *Realidad*, *La sombra*, en cuyas páginas puede estudiarse, en toda su amplitud, la ideología galdosiana y la realidad del problema español. Hombre de su época y de su hora, D. Benito fue un realista en el más amplio sentido de la palabra, y como tal siempre vivió preocupado del progreso de su pueblo y del advenimiento de las nuevas ideas, que comenzaban a transformar las instituciones en el continente.

Ninguno antes que él, ni Feijóo, ni Jovellanos, ni Larra, sintió más por lo vivo el problema social y moral de su pueblo: sus *Episodios* y sus *Novelas contemporáneas* constituyen la más alta glorificación y la más dolorosa censura de un país, en cuyos hechos anduvieron siempre fundidos, en un estrecho maridaje, el impulso noble y el ruin fanatismo destructor, que suele volar en alas de las grandes aspiraciones o arrástrase cegado por la pasión.

Peréz Galdós, que fue el más elocuente vocero de su raza; que escribió la epopeya de un pueblo durante un siglo, pensó también a tiempo, como Costa y antes de la triste guerra de Cuba, que España debía ponerle doble vuelta de llave al sepulcro del Cid.

NAZARÍN.— ¡Nada más triste que un apóstol colocado fuera del medio que le pudo deparar el destino! Nazarín debió nacer y vivir en el siglo XIII, en los tristes y oscuros años medievales, de inquietas supersticiones y fatídicos terrores; pero en los agitados días de la pasada centuria su presencia no podía constituir más que un romántico anacronismo.

Nazarín, apostólico, ungido con el óleo de la Iglesia y arrojado de ella por encubridor de livianos pecadores; Nazarín, capaz de vivir tan sólo añorando días mejores que los actuales de crudo materialismo; Nazarín, místico empedernido e incorruptible, protector de tristes ramera y de astrosos vagabundos; Nazarín, pobre y piadoso como el santo de Umbría, es el símbolo del cristianismo puro, del varón evangélico; una especie de Cristo perdido y claudicante, sin más discípulos que sus misérrimos protegidos.

Y como la Iglesia y sus fieles no conciben santidad sin ortodoxia, he aquí que Nazarín no

pasa de aparecérselos sino como un hereje, un simple prevaricador, que en el severo antaño inquisitorial hubiera llegado a purificar sus faltas con sus carnes temblorosas, tostadas sobre los carbones encendidos del Santo Oficio.

BENINA.— ¡Qué obra tan triste y desolada es aquella inolvidable *Misericordia*! Apenas si parece una novela, porque el asunto y la intriga no existen: sólo nos la imaginamos como un cuadro, como una escena animadísima, como una tajada de vida, que decía el poeta.

Benina, mujer del pueblo, resignada y que-
rendona, encarna el tipo de la criada fiel, que sólo vive para la casa en la cual sirve. Tras continuas dilapidaciones, su patrona viene a menos y se encuentra en la indigencia, y acaso caería en la miseria si Benina no llegase hasta la vecina iglesia a tender la sarmentosa mano, aguardando la limosna que ella sabrá convertir en el pan de cada día para el hogar, sin que su patrona logre saberlo. Una mañana, al regresar Benina, encuentra la buena nueva de que ha llegado una herencia providencial y con ella la hora de su infortunio, porque la arrojan de la casa, pagando toda su abnegación con una dádiva.

Benina, en medio de los mendigos, tiene el valor de un símbolo: es toda la humanidad, que

aun se revuelve en la miseria y que, en su inconsciencia, parece ser feliz, porque no tiene más preocupación que la del avaro mendrugo.

¡Cuánta ternura y cuánta misericordia fluye de esta abnegada y compasiva figura de mujer! ¡Cómo interesa y conmueve también, en medio de ese ambiente popular, la figura resplandeciente del ciego Almudena, Job astroso con el cerebro poblado de estrellas, extraño peregrino de todas las tierras, con alma de romero, que sabe de gnomos y mujeres ideales que nunca vislumbraran sus pupilas sin luz, y que llega a enamorarse de la ya anciana Benina, porque ella no es más que una ilusión!

TORQUEMADA. — La trilogía novelesca de Torquemada podría tener un subtítulo: historia moral de un hombre a quien no redimió el dinero. En vano en su miserable vida recibe a tiempo las terribles anticipaciones de la muerte —cuando caen su hijo y su esposa—, porque Torquemada, tras una leve inquietud que se traduce en oscuro remordimiento religioso, vuelve a ser el implacable avaro de siempre; sigue sintiendo la nostalgia de su cuchitril en los barrios bajos, que le obsede más que nunca en los momentos en que todos se inclinan ante él, cuando ha subido más alto y es banquero, y noble, y

senador, y se le consulta y se le adula. Torquemada no es feliz; su naturaleza ruda, su mezquindad ingénita, añoran la libre miseria de su madriguera usuraria, donde no se veía crucificado en medio de las convenciones sociales, a las que nunca podrá adaptarse. En vano su cuñada le prepara un camino de seda para sus éxitos, le franquea las puertas más cerradas, le habla del lujo, de la elegancia, de la opulencia y de los caminos beatíficos de una salvación ultraterrena, porque el adusto Torquemada, tras entregarse, se fatiga, se asfixia, en un ambiente para el cual siente no haber nacido, muriendo casi tan impenitente como ha vivido, tan avaro y tan egoísta como siempre, porque en su sórdida comprensión de la vida jamás se dio a cavilar formalmente en otra posibilidad que en la de sus negocios terrenos, en los cuales la religión se le aparecía como una simple transacción, como un contrato bilateral con el Ser Supremo, que para él sólo le significaba el interés de la salvación, pues aquella conversión podía ser tanto la de su alma como la de sus valores.

Tal vez sólo en el caso de Ángel Guerra D. Benito intentó tan completa y profunda anatomía de un alma: el carácter fuerte, amargo y rudo de Torquemada, estudiado a través de todas sus adaptaciones momentáneas, que no logran aminorar su codicia ni debilitar su fiero egoísmo, a pesar de la muerte de su hijo y de su esposa, y a pesar también de la implacable acción de su

cuñada, que se vale del misionero a fin de ganar para la piedad aquella alma de prestamista, buscando el último camino de su futura redención, constituye un estudio sencillamente admirable, una creación imperecedera.

El alma estrecha y mezquina de Torquemada, que sólo supo vivir obsedida por los bajos intereses materiales del debe y del haber, no logró llegar a su purificación a través de ninguno de los caminos, porque más fuerte que la muerte fue su codicia.

ÁNGEL GUERRA.—Alma forjada en el fuego de una pasión, espíritu encendido en la fe de un convencimiento profundo, revolucionario, descreído, lanzado como una flecha certera en la dirección de una finalidad, Ángel Guerra se enamora un día y abdica ante el sentimiento humilde y ante el penetrante misticismo de una mujer. Ella pasa a encarnar un ideal, y este ideal crea en él la religiosidad de un fuerte amor: Ángel ama a Leré, y Leré le corresponde a ese su amor ofreciéndole su fe y su cristiana virtud: él ha llegado al amor al través de la divina sugestión que la belleza de ella ha ejercido en sus sentimientos; su conversión, más que obra del razonamiento, lo fue del amor.

¿El sentimiento anticipó aquel milagro, aho-

rando la necesaria crisis que debió consumir a Ángel Guerra? ¿Acaso la pasión por Leré era el disfraz de una crisis moral más honda? ¿O es que la femenina sugestión llegó en el momento en que la reflexión metafísica había consumado la crisis? No: Ángel Guerra se debe a un accidente tan instantáneo como profundo: la influencia de la belleza y de la correspondencia amorosa le mueven a ser un revolucionario arrepentido, que se transforma en un converso melancólico. Su amor no se transmuta en una divina pasión mística, sino en un fuerte y real objetivo humano.

LEÓN ROCH.—A León Roch le acontece lo contrario que a Ángel Guerra; acaso ha partido del mismo punto que éste y es un librepensador tranquilo, escéptico e indiferente en materia de fe, que sólo sueña en cumplir con un deber patriarcal formando una familia; pero, al unirse con María Egipciaca, la mística y santa mujer, que sólo vive para Dios en el seno de la Iglesia, se da cuenta, aunque un poco tarde, que ella en realidad no le pertenece porque, en todo momento, le pospondrá a su deber, a su esclavitud espiritual, a su vínculo religioso. ¡Pobre indefenso León Roch! ¿Qué hará él contra la acción del confesionario, contra la constante presencia

de Dios, que embarga la débil voluntad de la esposa? Sólo el amor podrá redimir a María Egipciaca, devolviéndosela entera; pero el amor se ha helado en su corazón, cediéndole su dominio al deber, a la obediencia que el sacerdote le impone.

En vano León se desespera, sufre y cavila, porque toda una tradición ha moldeado el alma de María; todo el sentimiento de una familia conformó su carácter a una estrecha norma de conducta; sentimiento de una casta en la cual, como tan justamente pudo observar *Clarín*, se daba toda esa terrible variedad del católico, que el novelista estudió de mano maestra: catolicismo de padres a hijos, mantenido antes por sumisión que por libre examen.

Allá, en lo más remoto de sus sueños, León Roch había soñado con un hogar tranquilo, en el cual el dulce contacto de la esposa hubiera mantenido el perfecto acuerdo, el calor del vínculo sagrado que pide la Iglesia; sin embargo, la realidad sólo le hace sentir su terrible aislamiento y la absoluta ausencia de ternura.

María Egipciaca no ha sido, no llega ni puede llegar a ser liviana, pero es indiferente, contrariando su temperamento sano y viril; sin quererlo, obligará a su esposo, en su completa ausencia mística, a encontrar lejos de su hogar el amor de una mujer. Y he aquí entonces la venganza de la vida y del amor: en María Egipciaca, los celos, los celos encendidos y ciegos, se sobre-

ponen al obligado misticismo y resucita, en todo su calor, la mujer que reclama sus derechos, la hembra que ha despertado para arrojarse al cuello de su esposo, de lo que le pertenece, de lo que nadie le puede quitar; la mujer que defiende los derechos del amor con toda la fuerza de su instinto, como Fortunata, la apasionada, la fuerte, la grande, la única; mujer que sobre todos los convencionalismos, por sobre todos los derechos, porque en ella duerme la vida que se multiplica, el hijo que ha de nacer de un beso fecundo.

JOSÉ MARÍA.—José María, el indiano adinerado de *Lo prohibido*, casi vale por un símbolo único: representa el dinero que soborna, veja, adquiere honras, troncha felicidades y acelera el propio sacrificio. José María es la fortuna opulenta y la tentación codiciada en un hogar de mujeres frívolas. María Juana, Eloísa y Camila, las tres hermanas, frente al primo adinerado, presentan el cuadro completo en un ambiente social, de una clase pobre que ambiciona gozar de las prebendas que ofrece la riqueza. José María enamora a una de sus tres primas: María Juana y Eloísa se entregan, porque el para ellas irresistible dinero sustituye con ventajas al amor; sólo Camila, la menor, se resiste y no se rinde al burlador profesional: su virtud

sencilla y fuerte está a prueba de flaquezas, y su honestidad encontrará su compensación en el fin poco edificante de José María, a quien consume pronto su sensualidad y le hace presa de horrible parálisis, postrando su cuerpo tembloroso, hasta que sucumbe al golpe de una muerte demasiado pronta.

He aquí, encarnado en José María, un nuevo aspecto del donjuanismo moderno, que sabe trocar los recursos del fácil amor en armas de Satanás. El indiano, el primo opulento, representa al burlador práctico, que tan bien se acuerda con la desmedida cuanto amoral ambición del lujo en la sociedad de nuestros días. José María no es el seductor apasionado, sino el frío sobornador de la virtud, que promete boato, lujo, ostentación, a cambio de la honra, del placer sensual, conquistado sin otros esfuerzos que el de un fácil y sucio convenio, anticipo del vicio y escuela de la prostitución.

LUIS GONZAGA.— Por el vasto escenario en que se desarrolla la comedia humana en la novela de Galdós, suele cruzar más de una seráfica figura que, como la de Nazarín, deja tras ella una estela luminosa. Es el caso místico del ingenuo y adorable Luis de Tellería en *La familia de León Roch*, que en su corta existencia

sólo trató de realizar la más perfecta y ortodoxa imitación de Luis Gonzaga, el santo.

Temeroso y escondido de sí mismo, con tremendo cilicio ceñido a su cuerpo, buscando en todo la mortificación; anacoreta consumido por el apasionado amor de Dios, este nuevo Luis Gonzaga realiza el caso de la más perfecta e inútil santidad en el seno de la Iglesia. Su religiosidad no hizo sino buscar por todos los caminos la proximidad de la muerte, para llegar pronto a gozar de la eterna bienaventuranza. Como Teresa la santa, él decía a cada instante que moría de no morir: «Si me envanezco demasiado de morir, queridas de mi alma, puede que Dios me castigue, condenándome a vivir algún tiempo más.»

Gustaba de la soledad, y por las mañanas se pasaba las horas muertas de hinojos en la iglesia, extremando el cotidiano ejercicio purificador de su alma blanca. Casi no tomaba alimentos, a pesar de que su leve cuerpo no los necesitaba, pues no era más que una lámpara transparente, en cuyo interior agonizaba la llama de su vida como un suspiro. Por las mañanas solía advertir la servidumbre que su lecho estaba intacto: era entonces que Luis había mortificado una vez más sus carnes pecadoras durmiendo en el piso duro y helado. Con los ojos fijos en el suelo, jamás levantó sus pupilas para mirar a una mujer que no fueran su madre o su hermana María Egipciaca.

Cuando los médicos le anunciaron el mal irremediable que agostarí­a pronto su vida, Luis sintió un gozo inmenso, contribuyendo a acelerar su próximo fin con toda clase de privaciones y con el rechazo de las medicinas obligadas.

Una noche, sentado en el jardín, en suave plática con su bienaventurada hermana, rindió su alma en un suspiro: «Su cabeza se fue inclinando lentamente del lado de su hermana, hasta que cayó sobre el hombro de ésta, como si se le rompieran las vértebras del cuello. Cerró los ojos, de sus labios salió leve suspiro, y se murió como un pájaro que se duerme.» Tan edificante como su inútil vida fue la angélica muerte de Luis.

GLORIA.—Contra el torcedor de su conciencia, que le impone el sometimiento a la autoridad social, religiosa y familiar, se rebela la conducta de Gloria, mujer que no ignora los convencionalismos que la rodean. Todos los suyos viven en olor de santidad, y su padre sólo piensa educarla en el sagrado temor de Dios. Pero un día llega hasta ella la revelación presentida en medio de su religiosidad y de sus lecturas: es el amor inesperado, el amor triunfante que arriba con el judío Morton.

Mas ¿podrá Gloria entregar su corazón a un hereje, a un impío? Contiene ella su primer im-

pulso; cierra su pecho con doble llave a un sentimiento que, según se lo anuncia el anatema de su tío el obispo, constituirá su condenación. Calla y se resigna Gloria, confiando acaso en el lenitivo del tiempo. Pero el amor es fatal como la muerte, y mientras más se le rehuye está más cerca: si Morton se aleja de su lado, sabrá tornar pronto, llegando a sofocar el pecho virginal de la dulce niña. Entonces la pasión hinca su garra implacable, y Gloria sucumbe ante el infiel. Es el rayo trágico, que ha venido a estallar sobre los suyos: ¡La hija de un Lantigua deshonrada por un judío, por un enemigo de su religión! Esa herida es demasiado honda para no quebrantar las energías más enteras: el padre de Gloria sucumbe, fulminado por aquel rayo iracundo. ¡Ah, fatalidad ciega e inevitable! ¿Podrá el amor restañar toda la sangre de esa herida en el corazón de Gloria? ¿Podrá el recuerdo del padre muerto no llamar cada día a la conciencia de la hija culpable?

Gloria ha obrado bien, porque el esposo elegido es digno de ella. ¿Acaso debió rendirse a la potestad paternal, que le imponía la disciplina inflexible, la estéril autoridad religiosa? Más que abnegación, el medio le exigía un inútil sacrificio, el sacrificio de su vida y de la libertad del espíritu. El exagerado ambiente de falsa religiosidad preparó la catástrofe de su honra, que tuvo por consecuencia la muerte de su padre, rebajando en ella el puro sentimiento maternal de la mujer a

quien el amor dignifica y sublima. Mujer grande y fuerte al fin, Gloria comprende que no puede existir para una madre imperativo más categórico que el amor del esposo y del hijo de sus entrañas: así cuando, enferma, casi moribunda, huye del lecho, camino del convento que le imponen los que le prepararon su sacrificio, comprende el error monstruoso que va a cometer y endereza sus pasos hacia donde se encuentran su hijo, el hijo de su amor único, y el esposo, que la aguardan rebosantes de ternura. Gloria llega a morir junto a ellos, donde está la mitad de su vida, lejos, muy lejos del fanatismo estéril y egoísta. La primera y única rebelión de Gloria la dignifican y la enaltecen: es la mujer, es la esposa y es la madre la que ha abierto los brazos al que llegó un día al hogar para libertarla del seno de la familia de los Lantigua, donde todo se rendía ante la autoridad familiar y ante la potestad religiosa. Su caída no fue el desliz de la mujer liviana, sino el acertado error de la mujer apasionada, que, en fuerza de amar ciegamente, sólo llegó a concebir la vida como un acto de amor, divino fuego que todo lo consume, que todo lo purifica.

EL ESCENARIO

Estaba en lo cierto el severo *Clarín* cuando observaba que Galdós no siente el paisaje.

Sí, porque D. Benito, como justamente lo advierte *Azorín*, era antes que nada un espíritu ciudadano, un novelista apegado a su Madrid bien amado, que conocía como ninguno. De su terruño canario, el novelista parecía no conservar recuerdo, y apenas si incidentalmente suele referirse a él en una que otra página. En cambio, con qué vigoroso y desnudo sentido de la realidad lleva a sus lectores por las calles y altibajos de la coronada villa.

D. Benito llegó a Madrid en edad moceril, ahincando en ella sus simpatías; en su primera novlea, aquella ardorosa *La fontana de oro* de sus veintidós años, habla por vez primera de la metrópoli, «sucia, incómoda, desapacible», el Madrid del primer cuarto del siglo pasado, con sus callejas características y su comercio en ciernes: «¡ah, la tienda de Perico el Mahonés o la de aquel irlandés rollizo, que vendía raso y organdí, encajes flamencos y catalanes y alopín para chalecos!»

¡Qué bien se acuerda el culto galdosiano por Madrid con el de aquel sainetero burlón, D. Ramón de la Cruz, que tanto veneraba D. Benito! La ciencia galdosiana de Madrid, que recordaba *Clarín*, podría ser comparada solamente con la de ese incomparable conocedor que escribió *La casa de tócame Roque*, *El Rastro por la mañana* y *La pradera de San Isidro*. ¡Cuántos personajes de D. Benito no se podrían codear con Canillejas, Garito y Alifonso; sobre todo, con

el primero, que era maestro en todas las gaterías y vituperios propios de ese bajo Madrid de traer y de llevar, donde reinaban el manolo y la maja!

Ya recordaba el autor de *La regenta* el agrado que le causó, más de una vez, recorrer los barrios populares de Madrid con D. Benito, escudriñándolo todo y evocándolo todo: *El Curioso Parlante* quería como un hijo de sus más caras aficiones al autor de los *Episodios*, y admiraba que sin haberlos vivido conociese tan bien aquellos tiempos a que Mesonero Romanos consagraba un culto. Yo he visto un regalo de Mesonero a Galdós... era un pedazo de pan del año del hambre.

Pero no es sólo Madrid, el Madrid de sus mocedades y el de sus años de madurez, el único escenario en que alientan y aventuran sus personajes: Torquemada y Nazarín recorren la llanura castellana y viven en los alrededores de la metrópoli; Gerona está rediviva en uno de sus *Episodios*; la tierra alavesa ve cruzar a no pocos de los más singulares de entre los héroes de sus *Episodios*; dos volúmenes de la segunda serie y no pequeña parte de *Ángel Guerra* tienen por escenario a Toledo, con sus conventos, sus callejas características, sus posadas, el Tajo y los cigarrales; los poblachos vestusos, Viana de Navarra; Madrigal de las Altas Torres; «los más vetustos y sepulcrales», según el propio decir de Galdós, reviven en tantas páginas; prolijamente recorre un día las cántabras derrotas y

montañas y detiene su planta andariega en Santillana del Mar, Comillas, San Vicente de la Barquera, La Hermida, Potes, cuestras, poblachos, gargantas de montañas, villorrios, espaciando la anhelosa pupila en el dormido verdor de los paisajes o en la grata placidez de las montañas que miran hacia el mar, vasto y cambiante.

LA HORA ROMÁNTICA

Ni *Clarín*, que escribió un artículo ligero; ni Menéndez y Pelayo, ni D. Juan Valera dedicaron, entre sus numerosas críticas sobre la obra galdosiana, un estudio formal a una de las novelas de D. Benito que, aunque figura en la tercera serie de los *Episodios nacionales*, entre la campaña del Maestrazgo y el abrazo de Vergara, podría ser considerada como un libro enteramente independiente, de escaso mérito literariamente considerado, pero sabroso e interesante por su asunto. Es una crónica, animada y fiel, de 1837, época de romanticismo palpitante, de ardientes exaltaciones políticas, en la que vibran aún los clamores de *Don Álvaro*, cuando se anuncia la publicación de *Ruy Blas* y estudia la crítica francesa *Jocelyn*, que acaba de aparecer; año trágico y doliente para el espíritu peninsular y la literatura española, pues ve desaparecer a Larra con la sien perforada de un pistoletazo.

A pesar del aun no distante recuerdo de las guerras napoleónicas, del patético 2 de mayo, del sitio de Zaragoza, la juventud peninsular mira tras los Pirineos y siente y participa en las inquietudes de París. Y aunque España acababa de salir de una guerra nacional contra Francia, se retorna, como a fines del siglo XVIII, a esa liviana imitación de las costumbres de Lutecia, que D. Ramón de la Cruz había ridiculizado en sus sainetes de burla y picardía. Larra hacía otro tanto, pero su voz acababa de ser acallada por un amor imposible; nadie iba a recoger la herencia de su cauterio y de su ironía.

Con simple amenidad de liviano periodista, Galdós ha intentado la historia de ese momento en *La estafeta romántica*, novelícula epistolar que evoca todo un cuadro social característico de esa hora. En fugaz y colorida recordación, así la animada cinta de un cinematógrafo, desfilan por esas cartas escritas con deliciosa naturalidad, hechos, personas y cosas de 1837: asoman y pasan, fugitivamente, la reina doña María Cristina; su hermano D. Fernando II, rey de las dos Sicilias; la infanta doña Luisa Carlota; D. Carlos, pretendiente al trono de España; el embajador francés La Tour Maubourg; Zorrilla; D. Juan Nicasio Gallego; en deliciosa suplantación epistolar, aquel bohemio elegante, romántico y byroniano Miguel de los Santos Álvarez, amigo que mantuvo grande intimidad con Espronceda, hasta el punto que el

autor del *Canto a Teresa* murió en su casa de la calle de la Greda; de Bretón de los Herreros; de García Gutiérrez. Es decir, toda la España literaria de esa hora única.

Viva y llena de color es la crónica que recoge *La estafeta*: el cuadro de la España romántica pasa completo ante nuestros ojos. Teatro, vida política, gacetilla mundana, *venticello* de amores y amoríos; todo aparece en sus páginas animadas, escritas al correr de la pluma del más espontáneo de los novelistas.

Recordemos cómo uno de sus personajes, el zumbón Miguel de los Santos, le refiere a su amigo Fernando Calpena la muerte de Larra y la intempestiva aparición de Zorrilla sobre aquella tumba recién abierta:!

«Supe yo —le dice— la muerte de Larra al día siguiente del suceso, o sea el 14 de febrero. Fui a verle con otros amigos a la bóveda de Santiago, donde habían puesto el cadáver; allí me encontré a Ventura y a Roca Togores, tan afligidos como yo y Hartzenbusch, que me acompañaba. ¿Y por qué? decíamos todos, que es lo que se dice en estos casos ¿Cuál ha sido el móvil? Quién hablaba de un arrebató de locura; quién atribuía tal muerte al estallido final de un carácter, verdadera bomba cargada de amargura explosiva. Tenía que suceder, tenía que venir a parar en aquella siniestra caída al abismo. ¿Y ella? Si alguien la culpaba en momentos de duelo y emoción, no había razón para ello.

No era ya culpable. Por querer huír del pecado había surgido la espantosa tragedia.»

Prosiguiendo en la viva crónica de su ficción Miguel de los Santos (Álvarez, habremos de agregar) le cuenta a su amigo cómo llegó a casa de Pepe Espronceda, que estaba en cama con reuma articular, que le tenía en un grito. Lejos estaba Teresa, y pasados eran los románticos días de su peregrinación a través de Londres y París: «Sentéme a su lado, y hablamos del pobre muerto. En un arranque de suprema tristeza vi llorar a Espronceda; luego se rehizo, trayendo a su memoria y a la de los tres allí presentes los donaires amargos del *Pobrecito hablador*, el romanticismo caballeresco del *Doncel* y el conceptismo lúgubre de *El día de Difuntos*.» El poeta de Teresa no olvida que está acompañado, y, «de improviso, dio un fuerte golpe en el brazo del sillón, diciendo: ¡Qué demonio! Ha hecho bien.»

Por fin, el cronista quiere recordar el entierro, célebre, como la batalla de la primera representación de *Hernani*, para el romanticismo: el primer discurso fue de Roca de Togores; luego, el conde de las Navas, en seguida, los versos de Pepe Díaz; y cuando el acto iba a finalizar, alguien llega, arrastrando de la mano a Zorrilla: «Es de la estatura de Hartzzenbusch, y con menos carnes; todo espíritu y melenas; un chico que se trae un universo de poesía en la cabeza». Temblando leyó sus versos y, temblando

acogieron esa hora patética todos los circunstantes: «Yo le había oído recitar mil veces; admiraba su voz bien timbrada y dulce; pero aun conocido el órgano, me maravilló la sublime ejecución de aquella tarde. Hace las cadencias de un modo nuevo, con ritmo musical, melódico. Necesitas oírlo para poder apreciarlo... Los versos ya los conocerás; se han divulgado por toda España. Al tercer verso,

vano remedo del postrer lamento, sentí una emoción tan honda, que tuve que agarrarme al más próximo para no caerme. Yo era un mar de lágrimas. No hacía más que mirar al muerto, que me pareció que pestañeaba. Todos los vivos se llevaban el pañuelo a los ojos. El poeta se fue serenando, se fue creciendo; cada vez leía mejor, y cuando concluía nos pareció que llegaba al cielo.»

No pudiendo contenerse ni aguardar corrió Miguel de los Santos Álvarez a abrazar a Zorrilla, de quien era amigo de juventud, desde los buenos días en que estudiaban la ciencia del derecho en Valladolid, por los textos de Víctor Hugo, Byron o Walter Scott. El poeta novel, «vestido, como yo, de prestada ropa, pálido de la emoción y del frío, temblaba recibiendo plácemes: era un hombre nuevo que allí había salido de la tierra, a punto que el pobre cuerpo del otro entraba.»

Pronto Zorrilla fue arrancado del grupo por Luis Bravo, y a la mañana siguiente, muy tem-

prano, se encontraba en la alcoba de Miguel de los Santos Álvarez, rebosando alegría. ¿Qué había pasado? Una divina y propicia calamidad se había interpuesto en su camino: presentado a un rico caballero alemán, le invitó a comer regaladamente ese día, colmándole de lisonjas. Luego, en el café del Príncipe, trabó amistad con Ventura, Hartzenbusch, Bretón y García Gutiérrez, y de allí «cargaron con él a casa de Donoso Cortés, do se hallaban Pastor Díaz y Pacheco, los cuales, después de hacerlo desembuchar estrofas, ofrecieronle una plaza en *El Porvenir*, con treinta duros de sueldo. Su obligación era llenar de poesía dos o tres columnas todos los domingos y fiestas de guardar y traducir novelas para el folletín. Tanta felicidad le tenía embobado, y también a mí, que con su triunfo gozaba lo que no puedes figurarte.»

Fácilmente se reconocen en la anterior epístola el estilo desenfadado y castizo, el buen humor y la soltura del autor de *La protección de un sastre*. Esa prosa es la suya característica e inconfundible. Así lo debe creer y lo siente el lector que haya estado familiarizado con la producción del diplomático romántico y poeta. Sin embargo, la carta no pasa de ser más que una acertada superchería de D. Benito, que la atribuye a la pluma de Pilar, personaje que figura en *La estafeta romántica*. Y una vez más nos hostiga la comezón de repetir *Si non e vero...*

porque la farsa ha sido bien dispuesta, y las apariencias rinden al más cauto lector.

La novela más tiene de crónica que de romance, y en la producción de D. Benito, con ser de lo más entretenido e inofensivo, cuenta entre lo pasadero e insignificante de su obra. La importancia del asunto valoriza *La estafeta romántica*, que una vez leída deja el fugaz recuerdo del artículo periodístico, demasiado volandero para que perdure. Sin embargo, si el novelista sólo quiso deleitar, consiguió crecidamente su propósito. Junto a *Bailén* y a *Trafalgar*, *La estafeta romántica* hace desmerecer considerablemente el tono y la arquitectura de los *Episodios*.

EL NOVELISTA EN EL TEATRO

En la historia de la decadencia del teatro español, la obra galdosiana tiene la cabal importancia de una renovación feliz. Si en la novela hace recordar a Cervantes, en el teatro continúa, en cierto modo, con la tradición de Tirso de Molina, Calderón y con la de ese humanísimo Lope de *Fuenteovejuna*.

El Abuelo, por otro dignísimo nombre el León de Albrit, podría tender la sarmentosa diestra a Segismundo, al Burlador de Sevilla o al Alcalde de Zalamea, para decirles: Entre vosotros y yo existe un nexo de continuidad, que mantiene una tradición en nuestra escena. Porque, en reali-

dad, en el teatro de Peréz Galdós encontramos análogas preocupaciones ideales y análoga dignidad artística. Como sucede en el teatro clásico español, los personajes de Pérez Galdós se debaten tiranizados bajo el sino fatal de la vida, consumidos por la pasión. Ahí están Sor Simona, el Abuelo, Pepet, Bárbara, Pantoja, Orozco, Cassandra, Viera, Victoria, consumidos de inquietud, ardorosos en sus exaltaciones, que parecen condensar muchas existencias en una. ¡Cuánta plenitud de vida y qué concentrado calor pasional no brota de todas esas almas inquisitoriales!

Sin embargo, con ser naturalezas torturadas y frenéticas las de los personajes galdosianos, nunca dejan de ser lógicas, como sucede con el protagonista de *La loca de la casa*, que pregona su rudeza junto con afirmar que «a manejar la lógica no me gana nadie». Todos ellos obedecen a la alta consecuencia de un instinto superior, llegando a ser o a vivir eternamente determinados a la gravitación de una fatalidad eterna, a la tiranía de lo que crea y perpetúa a las almas fuertes, que es muy otra que la fácil y acomodaticia lógica de la sagacidad elegante, del eufemismo y del matiz, que suele tejer un tenuez velo de ilusión para mejor disimulo de los abismos y de las cumbres. En el mundo de estas almas rudas, la teoría de la fuerza o de la imposición podría deducirse en conclusiones nietscheanas: ella origina el egoísmo brutal, la ingénita rudeza adinerada de Pepet, alma calibanesca a quien San

Pablo hubiera colocado entre los vientres perezosos, enemigos de toda idealidad; justifica el sentimiento de honor, que mueve al León de Albrit a buscar una correspondencia abstracta en la legitimidad de una de sus nietas; hace más humano el amor que conquista y somete en Victoria, y el sentimiento del pundonor en Federico Viera, que, en medio de su perdición, le impulsa al suicidio.

El mundo de la vida drámatica galdosiana se debate en el plano de las grandes ideas y en medio del hervor de la pasión; que no en balde fueron siempre maestros del escritor canario los padres de la tragedia griega y Corneille, Tirso, Shakespeare, de cuyas obras arranca toda una formal renovación en el teatro, que D. Benito alcanzó a compatir con algunos de sus contemporáneos, Ibsen, Emile Fabre y Hauptmann.

Ante las almas primitivas, en quienes su simplicidad es razón de vida, aparecen en el teatro de D. Benito las fuertes figuras de contraste de sus mujeres: María Egipciaca, Gloria, Marianela; mujeres siempre, cuando lloran o cuando, poseídas por el demonio de los celos y de las venganzas, se convierten en Euménides desesperadas. Ante Pepet, Pantoja o el Abuelo aparecen, nimbadas por la aureola del sacrificio y del amor, Laura, símbolo de ensueño y de belleza; Victoria, que frente a su esposo se idealiza en el encanto de la generosidad y de la delicadeza; Mariucha, tipo extraordinario, que algo tiene de la Nora

ibseniana; Dolly, la bella y la buena; Bárbara, nueva Clitemnestra, encendida en roja pasión vengativa. Es también el ejemplo y el caso del gran Will: ahí están Ofelia ante el desvarío de Hamlet, y Desdémona ante el furor siniestro de Otelo.

Se le ha reprochado a D. Benito su afán de trasladar al teatro los procedimientos de la novela; pero quienes prodigaron tales reparos siempre fueron los profesionales de la técnica habilidosa, los eternos ingeniosos de la farándula. No hizo del teatro el autor de *Fortunata y Jacinta* una gimnasia de ingenio, sino escuela de verdad; campo de análisis, en el cual el espectador llega a gustar un trozo de vida o a sentir el calofrío de las grandes tragedias de los sentimientos, arrancadas a la cotidiana realidad, sin eufemismos ni aderezos.

Lo que antaño se le negó a Pérez Galdós, el tiempo ha comenzado a devolvérselo con creces: desde la primera campaña de prensa librada por *Clarín* (ese *Clarín* que tan comprensivo fue con el Galdós novelista y que tan duros reparos le prodigó a su obra gramática, a pesar de haber pagado él mismo, en obra propia, la cerrada estulticia de sus contemporáneos), seguida por Manuel Bueno y consolidada por el agudo Pérez de Ayala, el público ha tenido ocasión de cambiar, otorgándole rendida justicia, como para hacerle olvidar aquella hostilidad con que acogió sus primeras obras.

Si en la novela fue un maestro Pérez Galdós, en la escena no lo ha sido menos. Jamás se ridió ante las habituales medidas e imposiciones de la preceptiva en uso, porque sólo buscó, a golpe de audacia, el nuevo camino que dignificara al teatro de su época, volviendo a los antiguos, hasta llevar a la escena la realidad sin tapujos ni prejuicios, como todo lo creado que infunde vida antes que respetar la regla inútil. Es así como sus personajes saltan sobre el tinglado como andan por el amplio escenario del mundo; son trasunto del hervor vital, y quien los ha retratado supo olvidar a tiempo los cascabeles de la farsa consagrada.

Buscad entre los centenares de obras que forman el núcleo de los autores dramáticos más en boga, y repasad, a través de la impresión que conservéis de ellas, el recuerdo que haya quedado impreso en vuestra memoria: personas, ideas, símbolos, que encarnen los aspectos de la pasión y sean representación de la cotidiana existencia. En vano hurgaréis, porque ese recuerdo apenas si subsiste como una evocación borrosa, como la perspectiva lejana de una cosa apenas entrevista o soñada. En cambio, ahí están, para siempre vivos y palpitantes, a flor de todas nuestras emociones, Hamlet, Hilda, el León de Albrit, el Rey Lear, Laura, Peer Gynt, Nora, Pepet, Pantoja, Próspero, Bárbara; son la vida misma, la vida eterna y profunda, porque encarnan las grandes pasiones y son los eternos símbolos

de la humanidad, cada día más anciana y cada amanecer rejuvenecida.

CERVANTES Y PÉREZ GALDÓS

Cervantes y Pérez Galdós se dan la mano a través de tres siglos de vida española: en el *Quijote* y en las *Novelas ejemplares*, como en los *Episodios nacionales*, en *Fortunata y Jacinta*, en *Ángel Guerra* y en *Misericordia*, está toda la España de dos épocas. También D. Benito conoció, como Cervantes, la vida del pueblo, tras la experiencia de un constante rodar andariego, entre gentes de toda laya y condición, llevando al género novelesco el mismo desenfadado buen humor y análogos contrastes de las aspiraciones humanas: Ariel y Calibán. ¿Qué son Ángel Guerra, Nazarín y Fortunata sino Quijotes, eternos Quijotes que andan por los caminos del misticismo, de la razón y del amor, cabalgando contra todos los molinos? ¿No ha observado un crítico que Fortunata no es más que un Quijote con faldas, en medio de su perdición, de la cual sale redimida por el amor, por el amor que la rebaja y la sublima; que mientras más la hunde en la fatalidad, más la eleva y dignifica? ¿No es acaso triste Quijote Nazarín, escarnecido y maltrecho cuando defiende a la ramera convertida, como Cristo a Magdalena?

¿Qué otro escritor español que no sea Cervantes dio vida, honda y recia vida, a tantos personajes, carne y alma de su casta?

También, cual el autor del *Quijote*, Pérez Galdós escribió como vivía, sin esfuerzo ni énfasis, dejando correr la pluma amena y livianamente. «Otro escritor —dice la Pardo Bazán— hubo en nuestro Parnaso, que por una sola vez siguió el mismo procedimiento. Escribió como le venía en mientes, y recogió la esencia hispánica envuelta en la de una novelesca ficción. En otros libros fue culto y quiso afiligranar. En éste fue descuidado, cometió olvidos, tuvo muy visibles defectos. Y ¿qué diréis que produjo, por este método opuesto a toda regla, antiacadémico, iba a decir, antiliterario? Produjo *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*... La obra entera de Galdós está hecha según el método del *Quijote*. Huyamos de disertar y de comparar. Baste decir que es gran maestra la Naturaleza cuando el discípulo tiene en sí las energías creadoras.»

Bien haya el estilo turbulento, recio y expresivo, como el correr de un río proceloso, que desdeña la lima y huye de la afectación, cuando quien lo doma es un Cervantes o un Balzac. Según lo advierte Menéndez y Pelayo, se justifica la vena caudalosa de Galdós si a veces corre turbia, pues con sus desperdicios da para fertilizar no pocos terrenos estériles. ¿Qué mucho que abunden en la obra galdosiana los descuidos

y desmayos, cuando en el *Quijote* encontró Clemencín tantos desaliños e incorrecciones?

No importa que el purista helado extreme los reparos si la obra de la potencia creadora se impone y perdura más allá de las salvedades de la crítica ratonil. Ahí está el *Quijote*, incommovible como una montaña, en cuyas laderas buscan piedrecillas los miopes, sin alcanzar a medir su altura ni a profundizar en su recia entraña. Para ellos, para todos los limitados e incomprensivos, como para el eclesiástico que se burlaba de Don Quijote en el castillo de los duques, escribió Cervantes aquellas palabras que suenan a hierro viejo: «unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión.»

El de D. Benito era un temperamento cervantesco, de los que miden con sus pasos los amplios campos de las creaciones grandes y de las ambiciones soberbias, aunque, en fuerza de rodar con la sola preocupación de observar la vida, nunca escuchasen cantar la alondra en su pecho.

¿No le dice Atenaida, protagonista de una de las obras de Galdós, al hombre que ama?: «Somos los creadores del bienestar humano. El raudal de la vida nace en nuestras manos fresco y cristalino; no estamos subordinados a los que, lejos de aquí, lo esturbian. Somos el manantial que salta bullicioso; ellos, la laguna dormida.»

Cuando mañana, y siempre, se hable de Balzac, Dickens, Tolstoi, Flaubert, Dostoievski, Stendhal, Zola, será preciso agregar el nombre de Pérez Galdós, no sólo por la variedad de su obra, sino por su recia amplitud, por su arraigo dolorosamente humano, por sus cualidades narrativas, siempre prontas al liviano buen humor, por ese don creador para llegar a esculpir en carne de eternidad personajes representativos: Fortunata, Nazarín, León Roch, Ángel Guerra, almas ardientes de dolor, de quimera y de pasión.

Galdós hizo la novela como todos los buenos autores castellanos: narrando amena y humanamente lo que se ha visto y vivido, aunque a la postre a un personaje le nazcan alas o se vuelva loco para decir tremantes verdades. Así, cuando Nazarín sueña, Ángel Guerra razona, Luis de Gonzaga entrevé el cielo en su hora postrera, o Celia baja a los infiernos humanos, el novelista dilata su propósitos en intencionada conminación o en amplio vuelo ideal, como cuando moja su pluma en miel de livianas fantasías nace un caballero del ensueño, optimista y santurrón.

No se podría decir de ninguno de los escritores españoles modernos lo que toca afirmar de Galdós: que fue el novelista de su siglo, porque los *Episodios nacionales* resumen la vida de una centuria, mientras sus novelas contemporáneas dan la medida del momento que al novelista le tocó vivir en la sociedad de su tiempo. Ni la *Comedia Humana*, ni los *Rougon Mac-*

quart comprenden un plan tan vasto, tan prolijo y tan completo, porque la penetración evocadora de Galdós no sólo se contentó con el estudio del presente, sino que abarcó el dominio de la historia completa de su siglo.

Temperamento de novelista y de grande historiador, como pocos pudo conocer a su pueblo, frecuentando el trato de los más humildes y de los más encumbrados, en constante observación de las costumbres, cual antes intentarían hacerlo el Arcipreste de Hita, Cervantes y Quevedo.

Galdós ha sido, en lo moderno, el más castizo de los escritores: jamás buscó en otro campo que no fuese el de la vida peninsular los asuntos para sus obras peregrinando desde las tabernas de los barrios populares hasta los pasillos por donde se escurre y etreteje sus hilos la política. ¿No contaba en cierta ocasión, uno de sus biógrafos que D. Benito había recorrido España, no sólo en los vagones de tercera clase de sus ferrocarriles, sino que midiendo, como el más humilde de los caminantes, las carreteras, frecuentando el trato de labriegos y mozas, arrieros y posaderos, bajo los cortijos, en los campos de laboreo, en las tahonas y hasta en las zahurdas de la gente de traer y de llevar? Así fue siempre, sobre todo en los andariegos días de su mocedad, estudiando sus personajes y gustando el sabor autóctono de las costumbres, buenas y malas, pícaras y santas, de la variada vida humilde de su tierra. ¿Qué de extraño, entonces,

que sus páginas resultaran perhenchidas de verdad y de sabor propio?

PÉREZ GALDÓS Y LA CRÍTICA

¡También Pérez Galdós tendrá que ganar batallas después de muerto! Tibio estaba aún su cuerpo, y, sin embargo, ya se advertía el revolver de los cuervos por sobre la tierra removida de su sepulcro. ¡Si hogaño viviese el ardoroso *Clarín*, con cuánto calor no hubiera recogido el eco de las invectivas y de los reparos lanzados contra D. Benito, como otrora fue el primero en defenderle cuando le zaherían por aquellos pecados que se titulan *Doña Perfecta* y *Gloria*! No importa que este creador haya tallado en carne de eternidad símbolos eternos, como Fortunata, Ángel Guerra, Torquemada, Gloria, Nazarín, Marianela y Pantoja; no importa que en las páginas de centenares de novelas haya estudiado al pueblo español como sólo pudo hacerlo Cervantes; ni importa que en sus libros figuren páginas de las más bellas y potentes con que pueda contar la literatura castellana, porque es más fácil demoler una torre con el cartucho de dinamita de una afirmación rotunda, que levantarla piedra a piedra en busca del azul.

¿Que la obra galdosiana es irregular, incorrecta, poco artística? Tumultuosa y áspera como la vida misma es la creación del novelista, que

construye en grande, y su fecundidad es signo de potencia y de salud, que no se contiene, como no pudieron contenerse las fuentes creadoras de Aristóteles, de Aristófanes, de Cervantes, de Goethe o de Balzac. Con todos los defectos de la vida, que el novelista reprodujo en su total integridad, nacieron las obras de D. Benito, porque su temperamento creador tuvo algo del torrente que se abre camino entre breñas y arrastra en su curso todos los gérmenes fecundos.

No pudo ni supo ser un atormentado de la conciencia, porque fue, antes que nada, un hombre viril, con todo el optimismo de la salud: tuvo el valor de vivir la vida ampliamente, como el árbol que se abraza en el milagro cotidiano de la naturaleza. Fue un realista en el más amplio sentido de la palabra, pues respetó en el sentido de la vida el destino fatal de todo lo que sigue su curso diario, sin rebelarse o pretender contrariar las oscuras normas vitales. No quiso ni pudo hacer el desesperado, uno de esos místicos rebeldes que inúltimente se debaten contra lo irremisible del tiempo o de la muerte. Hombre de su tiempo al fin, no se consumió en la fiebre de la meditación porque, antes que un inquieto, fue un objetivo sereno, cuyos personajes se doblegaron siempre a la implacable lógica de la vida, convirtiendo en hechos las ideas y en dinamismo sus aspiraciones.

Pero no importa que Galdós haya dejado veinte o más libros imperecederos, ni que lograrse

remover un mundo de ideas y sentires de su tiempo, porque tras su muerte no han faltado las mezquinas reservas de esos terribles descontentos que buscan todo aspecto de eternidad artística en normas exclusivas de un helado intelectualismo. Ahí está el caso del recio Unamuno, que le niega a Galdós la sal y el agua, llegando a colocar sus novelas bajo las producciones de la señora Pardo Bazán y del valenciano Blasco Ibáñez, execrando hoy lo que ayer elogió (mientras el 8 de enero escribía en un artículo que «su obra novelesca y dramática, que es su alma eterna, se salvará de la terrible actualidad», el 12 del mes siguiente afirmaba que «las novelas de Galdós no dicen nada: de ellas no quedará recuerdo»); que no vacila en afirmar que sus novelas «carecen de elemento cívico», como si los *Episodios nacionales* no fuesen otra cosa que la historia cívica de un pueblo, que se levanta contra el Napoleón legislador de Chamartín; que hace posibles las Cortes de Cádiz; que defiende su tierra palmo a palmo; que se desangra y se consume en sus luchas políticas. Pero Unamuno, como buen dogmático arbitrario, llega hasta condenar a Pérez Galdós porque en su obra no hay problemas obreros, «nada de la cuestión social». Pensemos un instante, repasando en el liviano recuerdo la obra galdosiana: ¿y toda la miseria palpitante que se ahoga en las páginas de *Misericordia*?; ¿y toda la angustia de los tristes atormentados que rodean a

Nazarín?; ¿y lo que ven, lo que piden, lo que sienten los personajes de *El audaz*?; ¿y los pobres de *Marianela*?; ¿y la miseria de los antros en *Torquemada*?... ¡Nada de la cuestión social!... ¿Qué podría argüir de un crítico el lector que leyese un reparo de esta especie, hecho a Dostoievski como novelista, porque en sus libros no aparece nada de la cuestión social?!

Mas ¿qué mucho que Unamuno suscribiese tales juicios cuando el amplio y comprensivo Gabriel Alomar corroboraba apreciaciones tan antojadizas con palabras no menos severas, al condenar los *Episodios* en un juicio lapidario, sin reticencias?: «No tuvo, en una palabra—dice el autor de *Verba*—, ni la forma épica de los consagradores de tradición, ni la forma lírica de los profetas». ¿Acaso se puede pedir otra expresión de más alto sentido épico que la de ciertas páginas de los *Episodios*? ¿Dónde encontrar mayor elocuencia en la narración, en el tono y en la fuerza descriptiva? No pensemos ni en *Trafalgar*, ni en *Gerona*, ni en *Bailén*, ni en *Zaragoza*, sino en *Juan Martín el Empecinado*. He aquí un capítulo de la lucha contra la invasión, cuando el escritor asume el espíritu colectivo de su raza, en el que es un épico por la amplitud, la grandeza, la entonación; en el que hace sentir la epopeya y la canta con voz de sonoro y ronco bronce: «Figuraos que el cielo se arma para defenderse de la invasión; que los cerros, los arroyos, las peñas, los desfiladeros, las gru-

tas son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas, y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, se paran y destrozan. Esas montañas que dejaron allá y ahora aparecen aquí; estos barrancos que multiplican sus vueltas; esas cimas inaccesibles que despiden balsas; esos mil riachuelos, cuya orilla derecha se ha dominado, y luego se tuerce, presentando por la izquierda innumerable gente; esas alturas, en cuyo costado se destrozó a los guerrilleros, y que luego ofrecen otro costado donde los guerrilleros destrozan su ejército en marcha; eso, y nada más que eso, es la lucha de partido, es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose.» Sólo en Cervantes encontraríamos más alto sentido de la elocuencia y mejor vocero de la tragedia de un pueblo que se deja arrastrar por grandes impulsos patrióticos y que, al mismo tiempo, no sabe sacar el partido conveniente de tamaño esfuerzo, pues cuando llega Napoleón despierta y se echa a la calle, y luego, habituado al desorden, persiste en él y tarda casi un siglo en volver a casa: con razón lo observó Galdós: «La guerra de la Independencia fue la gran academia del desorden.»

¿Qué obstinado espíritu de incomprensión puede dictar reservas tan perentorias contra la obra de D. Benito? Suele la espontaneidad ser condición negativa de la calidad, y esto se advierte fácilmente en no pocos de los libros de Pérez Galdós, sobre todo en los *Episodios* de las últi-

mas series, que parecen escritos en volandas, como para cumplir un compromiso o rematar un plan determinado. En la obra galdosiana fue este defecto originado por la fecundidad, ni más ni menos que en Cervantes, en Lope de Vega o en Balzac. El acicate de la producción en los grandes creadores supone una necesidad orgánica, una cotidiana gimnasia del espíritu, una manera de conversar consigo mismo. Nadie está obligado a leer el centenar de volúmenes que dejó Galdós, como nadie censuraría a Aristóteles, a Santo Tomás, a Lope de Vega y a Quevedo, porque fueron fecundos dentro de su grandeza. El tiempo es el mejor y el más implacable justiciero: su lema respetará cuanto haya de eterno en la obra de D. Benito, condenando al olvido aquellos libros que nacieron apresuradamente de su pluma, como esos hijos que llegan antes de tiempo, para rendirse pronto a la terrible venganza de la naturaleza.

EL RETIRO DE SAN QUINTÍN

Acompañado de su ahijada, pasaba buenos meses D. Benito en su finca de Santander, rodeado de árboles frondosos, con amplio panorama de monte y de mar. Muertas sus dos hermanas y una cuñada, que siempre estuvieron con él, restábanle solamente la buena sonrisa y la blanca mano de la niña, que constituían el pos-

trer rayito de primavera para su ancianidad tranquila. Pero, requerida ella a veces para trasladarse a Madrid con su familia, abandonaba por los septiembres a D. Benito, y, entonces, él sabía escribirle con la ternura de un abuelo: «Rafaelita, alegría de esa casa y de ésta: Desde que fuiste a Madrid, aquí no hay más que tristeza y un vacío muy grande. Sólo en mi despacho, horas y horas, no oigo más que el gemido lastimero de las moscas presas de patas en el papel pegajoso. El buen *Tito* se pasea de una parte a otra como buscando a la niña, y con el tronquito de rabo que le queda parece preguntarnos dónde te has ido. *Rinconete* y *Cortadillo* andan solitos por la huerta desde el amanecer de Dios hasta la noche, y han crecido tanto que parecen bueyes que merecen ser uncidos a un carro.»

Y después que ha leído la carta, Rafaelita deja caer el pliego sobre su falda y se queda mirando tras los cristales, con el pensamiento puesto en «San Quintín», oloroso a frescas resinas y a salobre fragancia del mar, donde el pobre abuelo se ha quedado solo, sumido en la noche de su cercana ceguera: «No te escribo más hoy, porque mis ojos malditos no me dejan.» Rafaelita piensa en *Canario*, cantor y alegre; en *Tito*, el fox-terrier familiar al maestro; en *Rinconete* y *Cortadillo*, los dos gansos con los cuales ella solía correr ante la amable, regocijada y bondadosa complacencia del padrino, escurriéndose entre los caminillos de la huerta;

refugiándose bajo el pino oloroso o entre las ramas del fresco laurel simbólico, que un día plantara la mano de D. José María de Pereda.

Rafaelita piensa, piensa largamente en las buenas horas en que solía correr, coreando con estrepitoso buen humor la algarabía de los corrales, de patos y gallinas y polluelos, y sus pupilas se humedecen añorando esas horas, porque recuerda al abuelo solitario, que en una oscura sala de «San Quintín» lleva la noche en sus pupilas apagadas.

Y los años han corrido, y ahora Rafaelita, cada vez que piensa en «San Quintín», siente los ojos humedecidos, porque ya no está el abuelo, ni *Canario*, ni *Tito*, ni *Rinconete* y *Cortadillo*...

LA JUVENTUD DE ESPRONCEDA

COMO buen romántico, D. José de Espronceda fue un eterno ilusionado, que trató de convertir la vulgar realidad de su vida en una leyenda amable y bohemia. Durante su inquieta juventud, las lecturas pasaron a ser un ejemplo de acción y, como los jóvenes alemanes de aquel brillante período de la literatura tudesca del *Sturm und Drang*, no habría vacilado, de presentársele la ocasión propicia, en sentar plaza de bandido o en intentar un suicidio romancesco. Mozo ya, comienza a admirar a Byron, a leerle constantemente y a seguir sus huellas de poeta y de vividor. Tamaño ejemplo pone alas a sus deseos de aventura y enciende el fuego de la ambición en su espíritu de dieciocho años, que se siente presto a romper las paredes de su cárcel burguesa. Entonces comienza la odisea de su vida agitada: frecuenta las tabernas, busca amores peligrosos y sueña con empresa inverosímiles. Un buen día, siguiendo el ejemplo de quienes más admira, se entrega de lleno a la política:

sienta plaza de liberal avanzado, vocifera en los corrillos, alardea con aspavientos de reformador, hasta que la policía resuelve ocuparse de él, vigilándole estrictamente, mientras en los salones se le observa con cautela y sus amigos le temen.

No era el estado de España, en ese momento histórico, el más a propósito para lucir altivos credos liberales: la depravación de las costumbres fortificaba la severidad inquistorial de la justicia; la inestabilidad del Gobierno mantenía un régimen de terror constante; los sospechosos de confabulaciones pagaban caras sus rebeldías, en los calabozos de las colonias o en las cárceles provincianas.

La ardiente actuación patriótica de Espronceda, a los catorce años de edad, como tribuno, defensor del sistema constitucional, afirmó más y más los obstinados arrestos de su ánimo, precozmente levantisco: antes de tiempo vióse rodeado de una aureola de celebridad, que sus camaradas se encargaron de justificar en las tertulias y en los corrillos de los cafés.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

Doce años tenía el futuro autor de *El Diablo Mundo* cuando ingresó de cadete en el Colegio de Artillería de Segovia. A esta época de su vida alude D. Patricio de la Escosura cuando

dice que Espronceda era buscarruidos y que «nunca estuvo en olor de santidad con rondas y alcaldes». Poco después sus padres le trasladaron al colegio de San Mateo, donde tuvo como profesores a D. José Gómez de Hermosilla y a D. Alberto Lista.

Nada de tranquila era la vida del poeta por aquellos años de su inquieta mocedad: su espíritu fantasista se aventuraba ya en audaces intrigas que, comenzando por ser colegialadas, suponían el peligro de serios tropiezos para su carrera futura. Si aun no leía a Epicteto y a Byron, no le eran extraños Raynal y Chateaubriand y, antes de los quince años, se familiarizaba con las obras de Walter Scott, del duque de Rivas y de Martínez de la Rosa. Durante su primer viaje leyó a Goethe, Milton, Shakespeare, Byron, Schlegel.

Pensemos un instante en la imaginación de este ardiente espíritu romántico que, en plena mocedad, se ponía en contacto con semejantes maestros de belleza y de pasión: ¿qué efecto no producirían en ella los ejemplos de Werther y de René; las tragedias de Ricardo Corazón de León y de Ataulfo; las aventuras de Don Juan y del doctor Fausto; el Satanás de *El Paraíso perdido* y la locura de Hamlet?

Años de hondas convulsiones políticas eran en la Península los del cuarto lustro del siglo pasado. Como la mayor parte de la juventud de su tiempo y, sobre todo, como buen román-

tico, Espronceda formó parte de cenáculos literarios y de sociedades revolucionarias: frecuentó la de los *Anilleros*, que dirigía Martínez de la Rosa; la de los *Comuneros*; la Academia Poética del Mirto, donde presidía el docto Lista, quien, como dice Rodríguez Marín, «al par que enseñaba a sus discípulos las reglas de la poesía, sugiriéndoles el amor a los estudios clásicos, les encaminaba por los hermosos senderos de la Libertad», hasta que se dio por entero a la política en la más brillante y malograda de todas, la de los *Numantinos*, que recordaba las sociedades girondinas de la revolución francesa, y en cuya organización no poca parte tuvo la influencia de las lecturas de Raynal. En un sótano, al abrigo de todas las persecuciones de la policía, concurrían cotidianamente a sus reuniones Ventura de la Vega, Escosura, Espronceda y otros numerosos amigos. No fue larga la vida de la Sociedad, pues cuando sobrevino el fusilamiento del patriota Riego, los jóvenes numantinos se indignaron hasta el punto de elevar sus protestas en forma harto estentórea, consignando un juramento de «no omitir medios para vengar la muerte del desgraciado patriota»; juramento que, según recuerda el cronista extremeño D. José Cascales y Muñoz (1), había de servir luego de prueba contra ellos,

(1) En su interesante y muy documentado libro *Don José de Espronceda. Su época, su vida y sus obras*. Biblioteca Hispania. Madrid, 1914.

pues el fin de la comedia fue que no faltase alguien para denunciar la Sociedad, viniendo luego el consabido proceso, de cuyas resultas al joven Espronceda se le condenó a cinco años de reclusión en el convento de San Francisco de Guadalajara, donde empezó a escribir su poema épico *El Pelayo*.

EL VIAJE NECESARIO

El temperamento ardiente e inconstante del poeta le empujaba hacia las sorpresas de las asonadas y de las conjuraciones. La vulgaridad de la vida cotidiana era su peor enemigo: quiso formarse un mundo insólito, anacrónico y heroico, y lo que le negaba la realidad lo descubriría su fantasía de imaginativo. ¿No exclamaba en *El Diablo Mundo*, muchos años más tarde, cuando ya comenzó a peinar las canas de una juventud prematuramente marchita? :

¡Oh, cómo cansa el orden! ¡No hay locura igual a la del lógico severo!

Es preciso convenir que su inquietud juvenil le indujo siempre a buscar lo inesperado, las sorpresas del peligro y del amor. Pero, felizmente, el admirable buen sentido de una madre solícita velaba por él y hubo de inducirle a realizar un viaje al extranjero; en hora oportuna comprendió que su hijo se hallaba en inminente peligro de dar al traste el mejor día con la tran-

quilidad del hogar. «No está mucho tiempo en la corte de España—dice Antonio Cortón en su hermoso estudio sobre el poeta—. Fuese porque su buena madre, cauta y previsora, queriendo preservarle de los riesgos a que constantemente le empujaba su genio revoltoso, le animaba a partir, o porque Espronceda, sin sus compañeros de aventuras, que andaban a la sazón dispersos, se aburriese en la inacción, lo cierto es que emprendió un viaje a Gibraltar.»

Viaje pintoresco, que la imaginación de Espronceda revistió, catorce años más tarde, con todos los oropeles de su fantasía rica. La vulgaridad de una travesía marítima sin sobresaltos, sin tempestades y sin altercados a bordo, se presentaba a su imaginación falta de encanto y singularidad. De haberlo podido realizar, hubiera gustado el poeta de *El Diablo Mundo* hacer el viaje en un barco negrero o en un lanchón pirata, corriendo aventuras extraordinarias y sorpresas nunca vistas, dignas de sus ansias románticas y de sus esperanzas novelescas. «Íbamos—dice Espronceda— en una balandra sarda, cargada excesivamente de trigo y sumergida en el mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán, componían su tripulación; pero en cambio, encajados y embutidos, como guisantes en nuez, tropezábamos unos en otros, veintinueve pasajeros, entre ellos veintíun catalanes de lo más rústico y montaraz del Principado, tres mujeres, un comisario de

guerra, atrabiliario y colérico como un puercoespín y más puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su genio; mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo, que, llevado de mis instintos de ver mundo, *había dejado mi casa sin dar cuenta a nadie y contaba apenas diecisiete años.*»

Espronceda había nacido en 1808; luego tenía en la época del viaje, 1827, diecinueve años, con lo cual incurre en la falta de quitarse años, costumbre tan socorrida en la hora presente.

El afán por convertir la realidad en un sueño heroico, deformando el verdadero sentido de su viaje, le induce a escribir aquello de haber abandonado el hogar sin previo consentimiento de sus padres. Nada más falso y extraño. Como advertíamos antes, fue su buena madre la inspiradora de esa excursión de recreo, con la cual quiso libertar a su hijo de los muchos peligros que le amenazaban en la corte. Sin embargo, nunca se imaginó la ilustre matrona que aquel apasionado romántico, en cuya cabeza bullía una tempestad de anhelos vagos, había de huir de la política para caer en el tormento más temible del amor.

Se alejaba de las costas de España, ansioso de vida, rebosando juventud y con no escasas

onzas en el bolsillo; sin embargo, escribía al partir: « ¡Loado sea Dios, que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversión suya, que se ha entretenido en írmelas quitando una por una! »

Al arribar a Lisboa Espronceda no olvida que una existencia de poeta se nos aparece más brillante mientras mayores sean las bizarrías cometidas. Como Byron, entra a la metrópoli de doña Inés de Castro con altivez de conquistador y desprecio de artista: « En fin, llegamos a Lisboa —recuerda—, que yo creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fue también divertida, visitónos la Sanidad y nos pidieron no sé qué dinero. Yo saqué un duro único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, *que arrojé al río Tajo, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero.* » He aquí la anécdota pintoresca que remata su *Viaje histórico*; anécdota tan byroniana cuanto inverosímil, pues no es posible suponer que quien vivió siempre regalado, en la abundancia de un hogar opulento, se fuese un día a correr aventuras en el extranjero, tan pobre como Dios lo echó al mundo. Creamos más bien que esta humorada es fruto de esa fantasía nunca desmentida del lírico joven, que olvidaba a menudo la verdad en provecho de la fantasía. Algunos de sus biógrafos dan fe a tal leyenda; mas es preciso leer la correspondencia que mantuvo el poeta con sus padres, desde Lisboa, Londres

o París, para comprender hasta dónde gozó de los regalos de una fortuna envidiable, abierta siempre a sus caprichos.

Muy bella y muy románticamente decorativa hubiera sido aquella pobreza de Espronceda de ser verídica; pero, desgraciadamente para la leyenda del poeta y felizmente para su holgado bien pasar, nunca su bolsa se encontró exhausta de las necesarias monedas que sus buenos padres se esmeraban en enviarle, cada vez que las había menester. ¿Dónde queda entonces el valor de aquellas líricas palabras de don Antonio Ferrer del Río, cuando escribe?: «... pobre como Homero, desembarcaba en el país del cantor de Vasco de Gama; allí, entre privaciones y escaseces, tuvo origen la pasión amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasión embellecida por su imaginación vigorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos, absorbe gran parte de su existencia».

TERESA

¿Conoció Espronceda a Teresa en Lisboa? Hasta ahora, todos sus biógrafos así lo habían afirmado. Entre otros, Rodríguez Solís recuerda D. Miguel de Braganza, que gobernaba por esos años Portugal como un rey absoluto, hizo encerrar en el castillo de San Jorge a todos

los emigrados españoles, entre los cuales se contaba Espronceda: «Teresa —escribe éste—, una niña de quince años, de alma pura, talle de palmera y ojos de cielo, la flor más hermosa que engalanaba las floridas riberas del Tajo, hija de un jefe militar, preso también en el mismo castillo, el coronel M., iba frecuentemente a visitar a su padre; a esta niña ofreció Espronceda *un corazón puro, apasionado y ardiente, una fantasía galana y risueña, un semblante que enamoraba a las mujeres y un brazo que respetaban los hombres*. Teresa, locamente enamorada de su gentil caballero, le bordó una preciosa gorra de cadete de artillería, pues, como recordarán nuestros lectores, Espronceda lo había sido, y este pequeño obsequio, obra de las manos de su adorada y recuerdo vivo de su querida España, unió más y más aquellos corazones.»

¿Fue esto verdad o no pasa de ser más que una simple leyenda creada por la propia imaginación del poeta, que luego han recogido algunos de sus biógrafos? Cascales y Muñoz asegura que no hay indicio para creer que Espronceda estuviera preso en el castillo de San Jorge.

De la permanencia de Espronceda en Lisboa sólo es posible creer que, como frecuentase ciertas amistades de españoles sospechosos, la mayor parte de ellos escapados de las asonadas habidas en España, no había de pasar muy buenos ratos, vigilado como debió estar frecuentemente por la policía. Sin embargo, y contra el testimo-

nio de la mayoría de sus biógrafos, es posible asegurar que jamás fue enviado en calidad de reo al retiro de Santarem. En una de las cartas dirigidas a sus padres, entre otras cosas, les dice: «Desde este correo en adelante me escribirán ustedes a Santarem adonde *me voy* mañana regularmente.»

Las circunstancias, nada favorables, le obligaron a dejar Portugal para dirigirse a Londres, no en busca de Teresa, como lo trataban de explicar hasta ahora algunos de sus biógrafos, sino como el más cercano y seguro refugio para un desterrado. «Libre al fin el poeta —escribe Antonio Cortón—, busca a orillas del Támesis nebuloso y sombrío a la sirena fugitiva del Tajo rumoroso. La encuentra, pero en brazos de otro hombre, que, para que el oprobio sea más grande, tiene dinero.» Fue ese hombre el acaudalado comerciante español D. Gregorio de Barzo, que casó con Teresa en hora propicia para su familia, cuya situación era precaria, hasta el punto de verse obligada a poner el siguiente aviso en el periódico *El Emigrado Observador*: «Las hijas del coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada» (1).

(1) Aviso encontrado por el docto hispanófilo Philip H. Churchman y publicado en su estudio «Byron and Espronceda», en la *Revue Hispanique*, tomo XX, núm. 57, marzo de 1909.

¿Sería posible concebir que si los dos amantes se conocían ya, habiendo nacido entre ellos la pasión abrasadora que a Teresa la llevaría más tarde hasta abandonar su hogar, ella fuese a acceder inesperadamente a contraer matrimonio con un hombre que no tenía otros merecimientos que el dinero, dejando, entretanto, burlado al poeta, que, además de su amor, disponía de seguras onzas? En una mujer apasionada, de dieciocho años, como era Teresa en ese entonces, casi no se explicaría semejante condescendencia.

EL POETA EN LONDRES

La vida del poeta en Londres pasa tranquila; trabaja firmemente: reanuda el *Pelayo*, compone su oda a *La Patria*, lee sin darse tregua y estudia esgrima. En diciembre de 1827 les escribe a sus padres: «Tendrán ustedes la bondad, papás míos, de enviarme el dinero por otro comerciante que el que me lo entrega, pues es tan grosero e indecente, que el otro día, habiendo ido a pedirle me fiase para con un sastre que me había de hacer alguna ropa, pagándole un tanto cada mes, tuvo la desvergüenza de insultarme. Ustedes saben que *no estoy hecho a sufrir tales bochornos*, y así al comerciante que me dé el mensual me recomendarán, de manera que en cualquier asunto de esta naturaleza

no dude en estar más fino.» Tres meses más tarde, en marzo de 1828, les comunica a sus padres: «Me he hecho alguna ropa, y para que ustedes vean la carestía de este país, por un frac, un chaleco y dos pares de pantalones, me llevan diecisiete libras, contratadas a pagar en plazo, pero si pudiera pagar de un golpe me harían rebaja de tres y cesarían las cuentas.» Por lo que se puede deducir de estas cartas, Espronceda hacía en Londres una vida sobradamente cómoda y muy ajena a esa pobreza que alababa en su viaje a Portugal, cuando decía: «Nada hay más santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos de todo teníamos menos dinero.»

El medio cosmopolita le abrió a Espronceda horizontes no soñados. El acabado conocimiento de la lengua inglesa va a serle una eficaz ayuda para robustecer y ampliar su robusto lirismo: lee a Shakespeare, a Milton y se familiariza con la obra del que había de ser para él un deslumbramiento: el autor de *Manfredo*.

Vivos y palpitantes estaban los triunfos de Byron; aun no había corrido un lustro de su muerte, cuando el poeta español comienza a conocer la vida londinense y a interesarse por su movimiento literario. En Londres, en medio de sus paseos, donde poco antes el poeta de *Childe Harold* triunfaba sobre la estirada sociedad inglesa; en sus librerías, en sus teatros, en sus

reuniones, cada cosa podía evocarle el espíritu y la obra del cantor eterno de Don Juan. Las locuras de aquel lord fantástico debieron aparecerseles redivivas y cercanas a Espronceda, en el recuerdo de la enorme ciudad: los días de camaradería en el comité griego; su viaje, en compañía del ex pirata Trelawey, en el *Hércules*, fletado con armas y municiones para Grecia; las peripecias de esa travesía novelesca, en la cual no faltó ni siquiera la fragata turca que les persiguiese en alta mar; la muerte, por fin, en Missolonghi, no como el guerrero coronado de gloria, que veía en sus sueños, sino víctima de una vulgar inflamación cerebral. ¿Cómo no iba a recordar también Espronceda las palabras de Byron dirigidas a Tomás Moore? : «Si la calentura, el cansancio, el hambre o cualquier otra dolencia cortase de repente la vida de nuestro compañero; si me ocurriese ni más ni menos lo que a Kleist, Körner, Garcilaso de la Vega, Rutofski o Tersandro, ¿qué le hemos de hacer? Acordaos de mí en medio de las risas y del vino.»

Tarde o temprano llegaría a ser Byron para Espronceda el poeta de toda su dilección: la brillante juventud del lírico inglés; sus amores apasionados; sus viajes; ese espíritu burlón e irreverente, que tanto se parecía al suyo; el pesimismo, no podían menos que hacer nacer en el lírico peninsular una ciega admiración por el cantor de Don Juan.

¿Qué de extraño será entonces que en los versos del autor de *El Diablo Mundo* encuentre la crítica cierta analogía con los del lírico inglés? Evidentemente existe en la obra de Espronceda más de un punto de contacto con la de Byron, y hasta es posible descubrir ciertas reminiscencias en ella que recuerdan la del poeta inglés; pero esto no autoriza para hablar de plagio o de imitación servil. Indudablemente, Espronceda no olvidó del todo *El corsario* al escribir su *Canción del pirata*, ni la carta de Julia a D. Juan cuando compuso la epístola de Elvira a D. Félix, ni *Sardanápalo* al repasar, durante su estada en Londres, los cantos de su *Pelayo* (1).

(1) Churchman cita analogías como las siguientes en ambos poemas: (*Byron and Espronceda*, Págs. 127, 128).

The lyre—the timbrel; the lascivious tinklings
Of lulling instruments, the softening voices
Of women...

.....Already. Y perceive.

The reeking odours of the perfumed trains.

BYRON (*Sardanapalus*).

Al blando son de la armoniosa *lira*
oigo la voz de alegres trovadores.

El aura siento que fragancia espira,
y el eco escucho murmurando amores.

Allí, *entregado a espléndidos festines,*
Rodrigo, alegre y descuidado, liba
copas de néctar de fragancia pura,
al deleite brindando y la hermosa.

ESPRONCEDA (*Pelayo*).

Espronceda logró conocer muy bien a Byron y no se cuidó de ocultarlo, pues, como recuerda D. Adolfo Bonilla y San Martín, llegaba hasta poner dos versos del canto cuarto de *Don Juan* frente a la segunda parte de *El estudiante de Salamanca*. ¿Hubiera hecho esto si hubiese temido ser motejado de plagiarlo? Y, además, cuando el conde de Toreno dijo, al hablar de los versos de Espronceda, *que le gustaban más los originales*, dando a entender que el poeta español plagiaba a Byron, ¿no habría callado discretamente el autor del *Pelayo* si hubiese recelado que el propio conde u otro crítico zahorí pudiera llegar a descubrirle? Sin embargo, en cambio, protesta con noble audacia, en los dos versos célebres, contra el autor de la *Historia de 1808*:

... al necio audaz de corazón de cieno
a quien llaman el conde de Toreno.

Ciertamente que en el lirismo de Espronceda tuvo una viva influencia la poesía de Byron, como la tuvo también la de Goethe, la de Beranger y la de los falsos cantos de Ossian. Mientras el poeta de *Manfredo* imita a Ossian en sus *Melodías hebraicas* y en *La muerte de Calmar y de Orla*, Espronceda también sigue a aquél en *Oscar* y *Malvina*, en el *Himno al sol* (que, de paso sea dicho, tiene reminiscencias del canto segundo de *Childe Harold*) y en *A una estrella*. El pesimismo de *Don Juan* y de *El Diablo Mun-*

do tiene muchos puntos de semejanza, sin que ello lleve envuelto el sentido de imitación servil; es espíritu burlón e irreligioso, como claramente la nota Churchman, al citar al doctor Weddigen, que no respeta la moralidad, la ciencia, ni a sí mismo; el ánimo revoltoso, el *Welt-schmerz*, el escepticismo, denuncian la innegable influencia byroniana en la obra de Espronceda, que, por lo demás, sufrieron muchos poetas de la época, porque, si bien se mira, constituía el mal del siglo de Werther y René, que el romanticismo exaltó hasta el exceso. ¿Acaso el propio Musset no protestó también contra quienes le llamaron imitador de Byron? :

Byron, me direz-vous, m'a servi de modèle.
Vous ne savez donc pas qu'il imitait Pulci ?

Lisez les Italiens, vous verrez s'il les vole.
Rien n'appartient à rien, tout appartient à tous.
Il faut être ignorant comme un maître d'école
Pour se flatter de dire une seule parole
Que personne ici-bas n'ait pu dire avant vous.
C'est imiter quelqu'un que de planter des choux.

Muy atinadamente observa Enrique Piñeyro que Espronceda es el Byron español; pero esto dista mucho del juicio de quienes pretenden hacer de Espronceda un simple eco del cantor de *Childe Harold*. Si bien es cierto que algunas reminiscencias, las citas en francés y latín (Espronceda era un buen latinista: había hecho sus excelentes humanidades con Lista y Gómez Hermosilla), las de Aristóteles y Platón, su ci-

vismo filosófico y religioso, acerca a los dos poetas, no por ello habremos de tener a Espronceda por un eco español del lírico inglés. Si algo tuvo de propio y original Espronceda, fue su personalidad definida, su lirismo peculiar, su espíritu de rebeldía, por lo demás tan propio del romanticismo; su donjuanismo insolente, su carácter español inconfundible, que se manifiesta claramente en su apego a la tradición autóctona, cuando celebra en D. Pelayo las glorias nacionales o cuando en *El estudiante de Salamanca* canta el eterno tipo del don Juan español.

Temperamento inquieto y curioso el de Espronceda, sintió agitado su espíritu por todas las pasiones románticas de su tiempo: ¿qué de raro podía ser entonces que no fuera extraño a las influencias de Goethe, Byron, Walter Scott, Beranger? (1) ¿Acaso Schiller y Goethe no imi-

(1) Don Adolfo Bonilla y San Martín, en su estudio sobre Espronceda (*El pensamiento de Espronceda. La España Moderna*, 1908), advierte algunas coincidencias de pensamiento entre *El Diablo Mundo* y *Fausto*. El comienzo del poema del poeta español:

Sobre una mesa de pintado pino...

recuerda las reflexiones del doctor Fausto, sentado ante la mesa de trabajo, cuando piensa:

Dafür ist mich auch alle Freud entrissen,
Bilde mir nicht ein, was Rechts zu wissen,
Bilde mir nicht ein, ich könnte was lehren,
Die Menschen zu bessern und zu bekehren.

«En el *Canto del cosaco* — escribe D. Juan Valera — imita sin duda a Beranger; pero, si es que no le vence, le

taron a Shakespeare y Diderot; Víctor Hugo a los españoles; Schlegel y Tieck a Calderón y Lope de Vega; Byron a los italianos; Moratín y Martínez de la Rosa a los franceses?

CONTINÚA EL ITINERARIO ROMÁNTICO

A fines de 1828 los padres de Espronceda, en vista de la vida *non sancta* que comenzaba a llevar en la metrópoli inglesa, decidieron que se trasladase a Francia.

El carta fechada en Londres el 28 de noviembre de ese año, el poeta les comunicaba: «En la última que les escribí les decía que para pasar a Francia necesitaba 40 libras, por lo menos, para pagar mis deudas contraídas en mi enfermedad y vestirme... Espero, mamá mía, que usted y papá, asimismo, se acuerden ahora de mí y me saquen de compromisos. Aquí no me han traído gastos frívolos y calaveradas. Envíeme, si es posible, lo que pido fijamente, *para no verme en la cárcel.*»

iguala al imitarle, haciendo una composición tan bellamente española como puede serlo en francés la francesa» (Citado por D. José Cascales y Muñoz).

Mr. Churchman recuerda que *Sancho Saldaña* debe mucho a Walter Scott (citado por D. José Cascales y Muñoz en el extracto que Churchman le hizo del *Byron and Espronceda*), aunque Antonio Cortón cree que «donde está el espíritu de Byron, más que en ninguna otra obra de Espronceda, es en *Sancho Saldaña*, de la novela de este título. (*Autores célebres. Espronceda*).

Las deudas de Espronceda pueden explicar fácilmente su existencia en Londres. Sus padres le enviaron por el primer correo la autorización para obtener las cuarenta libras que le evitarían ir a la cárcel. Casi inmediatamente partió con destino a París, por Bélgica, deteniéndose algún tiempo en Bruselas.

Y es en París donde llega a conocer y a tener luego sus relaciones formales con Teresa, que acabarán en un fácil y romanesco raptó. La frívola vida de la metrópoli francesa le va a ser propicia para enhebrar seguros amores que, comenzados en una mirada, en las palabras cambiadas en una ocasión furtiva, terminarán en muchas amarguras.

¿Cómo supone el encuentro de Espronceda y de Teresa su minucioso biógrafo D. José Cascales y Muñoz? «Espronceda y Teresa —dice— se encontraron en el mismo hotel, siendo jóvenes y bellos uno y otra; comerían en la misma mesa, quizás frente a frente, y de las primeras frases que se cambiaron, por pura cortesía pasarían a evocar los recuerdos de la común patria, siendo cada vez más largas y más frecuentes las conversaciones. El Sr. Bayo, hombre de negocios, para los cuales iría a París, pasaría la mayor parte del tiempo visitando a los comerciantes franceses, mientras dejaba sola en la fonda a su esposa. El poeta, cuyas ocupaciones no debían de ser muchas, tal vez se consagrara a acompañarla; los que empezarán por

simpatizar concluirían por amarse, y... lo demás lo hizo el diablo.» Los paseos frecuentes, la fácil imaginación de Espronceda edificando constantemente castillos de ensueño e idealidad, los versos ardientes del galán enamorado, la vida agitada y pintoresca de ese París del año 30, realizaron el acercamiento y la unión definitiva de aquellos corazones mozos, sedientos de ternura y de exaltación singular. En el *Canto a Teresa*, Espronceda ha recordado esas venturosas horas del amor naciente, cuando decía:

Que así las horas rápidas pasaban,
y pasaba a la par nuestra ventura;
y nunca nuestras ansias las contaban;
tú, embriagada en mi amor; yo, en tu hermosura.
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
llanto tal vez vertiendo de ternura,
que nuestro amor y juventud veían,
y temblaban las horas que vendrían.

PARÍS ... 1830

No pocos años de su vida vivió el poeta de *El Diablo Mundo* en París. Después de su primer viaje volvió en varias ocasiones, arrasado por el cosmopolitismo de esa vida febril y artística, en cuyo seno transcurría su existencia en dulce sueño. Lutecia le atraía con el encanto de una sirena. No podía ser de otra manera en aquel endiablado París de 1830, donde Víctor Hugo daba alas a la revolución romántica con los versos de sus *Orientales*; Sainte

Beuve publicaba sus mejores *Causeries*; Heine aguzaba el estilete de su ironía en versos admirables; Chateaubriand vivía aislado en su reclusión de gran señor; Lamartine dejaba, al embarcarse rumbo al Oriente, la huella luminosa de sus poesías cristianas. «Hasta 1835—dice Cortón— presencié Espronceda grandes cosas en la literatura y el arte. Vio la gloriosa aparición del pianista Chopín, en la sala Pleyel. Presenció en el teatro las primeras tentativas de Dumas. Asistió al estreno de *Luis XI*, de Casimiro Delavigne, en 1833, el mismo año en que la *Revue de Deux Mondes* publicaba *Rolla*, de Musset, y en que este poeta libertino, acompañado dulcemente por la novelista «Jorge Sand», hacía su viaje escandaloso a la inmortal Venecia, donde ¡ay! vivía un doctor Pagello, con quien no había contado...»

Los biógrafos de Espronceda le recuerdan tomando parte por ese entonces en las asonadas callejeras de París, durante la revolución del año 30. ¿Acaso el poeta se afilió en realidad al partido republicano, entre los estudiantes y los obreros? Recuerda Cascales y Muñoz que, mientras uno de los amigos del poeta y coautor en el rapto de Teresa, D. Balbino Cortés y Morales, quedó cojo de un matrallazo en el pie izquierdo, «mereciendo por su valor la cruz conmemorativa y una pensión vitalicia», Espronceda no tuvo ninguna recompensa, lo cual permite dudar que tomara parte en ninguna de

esas acciones que les entregaron París, en tres días, a los revolucionarios.

No parece sino que ha sido una pura y simple leyenda aquella que le hace aparecer tomando parte en la jornada del Puente de las Artes, como lo asegura Rodríguez Solís.

Pero mayor atractivo que el movimiento literario y el ambiente cosmopolita de París tuvo para el poeta el rápido lustro de felicidad que pudo gozar, libre de todo prejuicio, junto a la Teresa de su canto. Tranquilo vivió Espronceda con ella, cultivando ese amor que los años habían de matar.

Juntos se recrearon en su casita de Passy, bajo los árboles, en medio de las flores y lejos del tráfago urbano de la gran ciudad. Teresa tenía diecinueve años y Espronceda poco más de veintuno. Para ella vivía el poeta y en ella había encontrado el ideal de una vida hecho realidad. París les ocultó en uno de sus rincones floridos, lejos del hogar paterno, hasta que un día la primera angustia llegase a entibiar la felicidad que se anunciaba eterna. Joven y animado por su fresca mocedad, Espronceda comenzó bien pronto a abandonar el hogar; luego fáciles aventuras le traicionaron ante Teresa. Él esquivo las disputas mientras el demonio de los celos prepara su desgracia en el corazón de la amada otrora ideal. «Irritada por la soledad en que Espronceda la dejaba—escribe Cortón—, celosa por estas ausencias, que ella juzgaba otras tantas infideli-

dades, y que tal vez lo eran, llegó un día en que Teresa lo quiso todo o nada. Hermosa como era, muchos hombres la galantearon, entre ellos algunos amigos de Espronceda.» Y, como recuerda Rodríguez Solís, sus celos fueron tales, que «ofreció a uno de esos amigos de su amante huir con él si mataba a Espronceda».

En su canto, ¿no alude acaso el poeta a estas violencias de carácter de su compañera, en los versos siguientes? :

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta...

EL BURLADOR ETERNO

Después de la segunda amnistía de 1833, Espronceda aprovechó la ocasión para trasladarse a España con Teresa. Su padre había muerto, y el poeta se fue a vivir con su madre, no llevando consigo a la que podía considerar como su esposa. La situación en que se encontró Teresa no podía ser más equívoca y desairada. Además Espronceda, «en lugar de tratarla con el recato y respeto debido—escribe Cascales y Muñoz—, procuró exhibirla en todos los sitios públicos, haciendo gala de su trofeo de conquistador».

Un día Teresa, cansada de sufrir, huye a Valladolid, y Espronceda parte en su busca. La existencia se les torna imposible a los amantes: el tierno idilio de otrora deja presentir un fin

aciago y triste. Un día, «en un altercado furibundo, una frase dicha con calor, mal interpretada por Teresa —escribe Cortón—, hizo pensar a ésta que su amante tuvo la intención de despedirla, idea a la que el otro era del todo ajeno; y en un arranque irreflexivo, que decidió de su existencia, salió a la calle y marchó un momento a la ventura, impelida por la fatalidad, pero altiva, resuelta y, en su cólera, más bella que nunca. Y así acabó la triste historia de los amantes que supieron vencer tantos obstáculos, y que no supieron, sin embargo, vencerse a sí mismos».

¿Acaso hubo de parte de Teresa alguna falta contra la fidelidad conyugal? ¿Por qué, entonces, Espronceda se expresa tan duramente contra ella en los siguientes versos de su canto?

Y llegaron en fin. ¡Oh! ¿Quién impió
¡ay! agostó la flor de su pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
manantial de purísima limpieza;
después torrente de color sombrío,
rompiendo entre peñascos y maleza;
y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,
astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
a este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
del serafín, y en ondas fulgoroso
rayos al mundo tu esplendor vertía,
y otro cielo el amor te prometía.

Ida fue con la mujer amada su fresca juventud y sus sueños de primavera; pero el dolor iba

a hacer cantar ahora al doliente poeta que era Espronceda. Como un recuerdo de sus amores quedaba junto a él, tras la sombra de Teresa, como una estela de luz, una cuna con un niño, única huella de su hogar deshecho, único recuerdo de sus errancias y de la mujer que llenó su juventud.

Pocos años más tarde, en septiembre de 1839, moría Teresa, de un vómito de sangre, en la más cruel de las miserias, siendo enterrada de limosna por la parroquia de San Lorenzo, en un cementerio de extramuros, mientras el poeta hallaba dulce consuelo junto a doña Carmen de Osarco y pocos meses después le juraba apasionado amor a doña Bernarda de Beruete.

NOTAS SOBRE AMÉRICO CASTRO

BUENA misión cultural realizan cuantos, como Américo Castro, contribuyen a difundir el conocimiento de la literatura española y el gusto por los estudios del idioma. Como no es uno de esos helados preceptistas, en quienes ha sido pródiga la cultura americana (Bello y Cervo no pueden sobrellevar la culpa de todos los que han extremado sus enseñanzas contribuyendo a ridiculizarles) sus trabajos y sus disertaciones resultan gratas y nobilísimas.

Renovador en un orden de la crítica, que ha tenido señalados cultivadores en la península, Castro pertenece a esa izquierda filológica que tanto ha hecho por remozar los estudios de literatura española en los últimos veinte años. Menéndez y Pelayo fue el precursor de esa tendencia que reconoce en Menéndez Pidal a su actual maestro y cuenta en Solalinde, Onís y Castro a sus cultores más aventajados. Animada por un espíritu estrictamente científico, en el cual concurren todas las disciplinas de la filología pura, esa vanguardia no sólo ha reclamado para la literatura española muchas islas olvidadas en sus dominios espirituales, sino que ha sabido reivin-

Armando Donoso

dicar también para ella los derechos de las grandes influencias que ha ejercido en las literaturas extranjeras. Porque, hasta hace bien pocos años, no se la había comenzado a rendir justicia a España en lo que toca a su acción espiritual, tan dilatada y fecunda en las literaturas europeas: ¿cuántos no ignoraban el ascendiente que Calderón había ejercido sobre los románticos alemanes, antes que Menéndez y Pelayo reclamara todo lo que se le debía a su obra? ¿Quién recordaba, en el siglo pasado, el juicio del austriaco Grillparzer sobre Lope de Vega, antes que la generación actual contribuyera a estudiarle definitivamente? ¿Acaso no se gustaba más, hasta hace pocos años, del Cid en el helado teatro de Corneille que en las obras tremantes de vida escritas por Guillén de Castro? ¿Y qué decir de Don Juan y su leyenda, que no le pertenezca de primera mano al genio de Tirso de Molina, tan desconocido para la literatura europea cuanto difundido está su eterno personaje? Como Goethe creó su *Fausto*, el fraile de la Merced le dio vida al eterno amante, que andaba en flor de leyendas y hasta en los versos del Romancero: ¿no puede leerse en los romances de la estatua esta versión rimada?

Un día muy señalado... fue un caballero a la iglesia y se vino a arrodillar... junto a un difunto de piedra. Tirándole de la barba... estas palabras dijera: «Oh buen viejo venerable... ¡quién algún día os dijera que con estas mismas manos... tentara a tu barba mengual Para la noche que viene... yo te convidó a una cena.»

EL ESTUDIO DE IDIOMA

En países como Argentina y Chile, donde el idioma se encuentra sometido a todas las disociaciones de la incultura, sin que cuente con defensas tradicionales capaces de contribuir a su depuración, las oportunas disertaciones sobre la literatura y la lengua españolas del profesor Américo Castro fueron de una positiva eficacia. Ya el docto filólogo observaba cómo naciones de más dilatada experiencia que las del continente americano se han preocupado en darle a la enseñanza literaria de la lengua una preferencia señalada: desde el siglo XVII, la Escuela de Port Royal fomentaba el arte de escribir en un limpio francés antes que en un puro latín, y en la pasada centuria ese estudio formalizábase hasta el punto que Castro llega a decir que en ningún otro país se enseñó con tal perfección la lengua materna; en Alemania el estudio de su idioma pudo convertirse en fuente de humana cultura y en alta lección objetiva de culto nacional, mientras en Inglaterra el departamento de Instrucción pública, propendiendo a un propósito semejante, editaba en 1921 *The Teaching of English in England*, fruto de una información amplia, que daba la medida de orientaciones nuevas para el mejor conocimiento de su idioma.

En cambio, podría argüirse que no ha ocurrido lo propio en España ni en América. Abundan acaso en todos los países de habla española los prosodistas y los eruditos, pero la enseñanza del idioma no obedece a normas generales que se armonicen en propósitos científicos regulares. Bello y Cuervo, este último casi no podría existir sin aquél, colocaron dos piedras fundamentales para el estudio del castellano; mas, a pesar de su autoridad y de su ciencia, España ha mirado, si no con desconfianza, con indiferencia esos tratados, dignos de mejor fortuna: de la suerte que han corrido las lecciones del sabio caraqueño cabría decir también lo que afirmaba Menéndez y Pelayo de su restauración del *Poema de Cid*: «a pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España». Y es así cómo, si han contribuído al estudio de los especialistas, no pocas veces fueron utilizadas callando su referencia. Acaso España, que pudo aprovechar esas lecciones devolviéndolas revestidas con la autoridad de su aprobación, no quiso escucharlas a tiempo, como el sordo del apólogo. Pero ¿qué mucho que la Academia se desentendiese de ellas cuando sólo hace tan pocos años, apenas si en 1917, dio a la estampa una gramática formal, digna de llevar ese nombre, labor realizada en su mayor parte por el docto Alemany?

Algo por el estilo ha ocurrido con el pobre

Diccionario, tan anticuado, hermético a todas las expresiones y vocablos de un continente, que ni siquiera puede tener el valor científico de ser utilizable para el estudio etimológico de la lengua. Por lo demás, según lo advierte Américo Castro, «ese Diccionario se ha ido formando por arrastre de los años, y cada década ha depositado en él buen golpe de vocablos y frases. Mas, a pesar de la intervención de tanto académico, el Diccionario es muy defectuoso, y difícilmente puede llenar la misión de ser el libro de consulta para los pueblos de habla hispana. Es incompleto en cosas fundamentales, es detestable en la etimología y está impregnado de cierto tufillo de pedantesco magisterio, que lo hace antipático a españoles y a hispano-americanos».

La razón de esa deficiencia es clara: una Academia no puede hacer un Diccionario, sobre todo si preside en sus propósitos la inflexible resolución de ignorar las condiciones de la lengua en todos los países que hablan ese idioma. Se comprende que Littré llevase a cabo una obra monumental, consagrando toda una vida a un esfuerzo gigantesco, que secundaban expertos y abnegados colaboradores; se explica que Jacobo y Guillermo Grimm, o el paciente Murray, intentasen esos dos monumentos que significan la *Deutsches Wörterbuch* y el *New English Dictionary*; concíbese que Webster o Pierre Larousse realizasen esfuerzos tan importantes en obras que

más parecen labor de generaciones que de esfuerzos aislados, y hasta que cinco corporaciones universitarias alemanas intentaran la redacción de una enciclopedia de la lengua latina, porque en todos ellos la disciplina científica impuso la razón de un estricto método filológico; pero lo que resultaría poco menos que imposible conciliar sería el acuerdo entre la incompetencia que representa en su mayor parte el número de miembros de la Academia Española, en cuyo seno faltan tantas personalidades y sobran muchos de los que están. «La Academia selecciona su personal—advierde Américo Castro—por razones ajenas al menester que luego han de realizar sus miembros. Persevera en ella el espíritu dieciochista, que consideraba el cultivo de las letras como ocupación de buen gusto, propia de cierta clase de la sociedad. No existía el concepto de la técnica. Por otra parte, se confunden en ella dos hechos que nada tienen que ver uno con otro: ser un gran literato y ser apto para producir trabajos científicos, tales como gramáticas y diccionarios».

EL FUTURO DICCIONARIO

Fácil ingreso ha encontrado hasta ahora a la Academia el tipo del *raté* literario; el pacienzudo polígrafo atiborrado de minucias, con espíritu ratonil, que ha contribuido a acarrear el des-

prestigio sobre esta corporación, destinada a realizar una pobre obra de cultura. Si contasen entre sus miembros los especialistas serios o los buenos escritores, seguramente realizarían en cualquier momento una labor provechosa; mas, ¿qué habrá de exigirse a cuantos figuran en ella a título de escritores cuando no pasan de ser más que «pobres diablos cuyos nombres ignora quien no está al corriente de las razones afectivas, personales y subalternas que han influido en su nombramiento»?

Entretanto, quién sabe si algún día no lejano surja el hombre extraordinario, el nuevo Bello capaz de intentar la obra de un Diccionario y el estudio cabal de nuestra lengua. Acaso Menéndez Pidal logre dar cima a esa Historia de la lengua castellana que prometiera hace algunos años, realizando con ello lo que Brunot hizo en Francia. Si Cuervo abandonó la redacción de su Diccionario sobre la construcción y régimen del español, desconsolado ante el escaso valor de las fuentes literarias castellanas (todas sus anotaciones y referencias se basaron en los textos publicados por la Biblioteca Rivadeneyra, que el erudito filólogo supo a tiempo llenos de errores), toca esperar al Murray o al Webster del futuro capaz de emprender la magna obra que reclama nuestra lengua.

Y, según lo advierte el propio Américo Castro, el futuro Diccionario deberá ser una obra científicamente fundada; una entidad viva antes

que un museo arbitrario, «un repertorio que nos permitiese entender la lengua antigua y moderna de nuestros escritores, y un guía para el que ha de usar la lengua culta». No bastarían ya las voces del marqués de Santillana y de Cervantes, de Saavedra Fajardo y de Larra; ni bastaría tampoco que, por figurar en el Diccionario de autoridades un escritor americano ya tan remoto como el padre Ovalle, se olvide que escribieron una lengua pura y nobilísima Manuel Antonio Caro y Ricardo Palma, José Enrique Rodó y Rufino Blanco Fombona. Que, ya lo dice el autor de la *Vida de Lope de Vega*: «Mediante el Diccionario, al mismo tiempo que la exacta significación, tendríamos que poder determinar el plano y altura sociales de cada voz.» La palabra recoge la expresión de una modalidad esencialmente objetiva de una civilización, y, ya sea a través de la literatura o del acervo común capaz de fijarla, ella resume el momento de una evolución única. Busque el purista aquellas desenfadadas burlas de Quevedo (el sabroso comentario contra Ruiz de Alarcón, en el cual tildaba de «nombres de diablos en conjuro» a vocablos como *obsequio*, *ávida*, *circo*, *encomio* y otros muchos) y encontrará que el tiempo no le dio razón, concediéndole plenos títulos de legalidad a cuantas palabras merecieron sus dicitarios. El crecimiento de una lengua supone un proceso orgánico que participa de las mismas leyes que rigen lo biológico, y contra las

cuales las más seguras vallas sólo podrán contribuir a la aceleración de su corriente.

¿Acaso no bastan para concederle autoridad y linaje a una palabra el grado de antigüedad o el valor que le concede el uso literario frecuente? Sin embargo, quien abra el Diccionario de la Academia se dará cuenta, a poco de hojearle, que el español de América no cuenta para nada, como no sea en el eco de tal o cual palabra de imperiosa necesidad doméstica. Y no es que se pretenda recoger cada vocablo de efímera vida, nacido al azar de las circunstancias («en ese caso están la mayoría de las expresiones lunfardas de Buenos Aires, o de las de la coa chilena», advierte Castro), sino que de todas las que cuentan con ese pleno derecho que sanciona el habla culta y la lengua literaria.

Sin embargo, ese trabajo sólo podrían hacerlo uno o más especialistas consagrados a tal estudio, quienes habrían de basarse en el conocimiento del español que se habla en América, para lo cual sólo se dispone de vocabularios restringidos y poco estudiados: «Hace falta —dice Castro—, que surjan vocabularios en cada país, más meditadamente elaborados y con los datos que exigíamos para el Diccionario de conjunto.» Chile acaso tiene avanzado gran parte de ese trabajo con los libros de Rodríguez, Román, Echeverría y Reyes, Lenz, Cavada, Amunátegui, que podrían contribuir con un serio aporte para el Diccionario de conjunto: «El fijar exacta-

mente todas las condiciones en que vive una palabra—ha escrito el distinguido filólogo—es ideal al que debemos tender a aproximarnos, en la certeza de no lograrlo. Tal palabra, vulgar aquí, estará admitida en otra región; un arcaísmo de España no lo será en América. No obstante, un léxico concebido en la forma indicada señalaría ante todo y con claridad lo que estuviese realmente dentro del marco de la lengua culta y literaria, que es el común denominador de todos los matices diferenciales, centro y supremo norte para quien no quiera disolverse en el particularismo insignificante.»

Esta obra, que en parte ha intentado Alemany, acaso habrá de realizarla el hablista futuro, ya que del espíritu retardatario de la Academia nada cabrá esperar. Por su parte, mientras la docta Corporación, templo de la *inmortalidad*, se aferra a su estrecho misoneísmo, mucho podrá deberle el estudio del lenguaje a los progresos de la filología, aunque también más tarde cuando el tiempo haya aventado en polvo de olvido gran parte del aparato con que se ha rodeado a esta ciencia, se habrá de reconocer que en ella se han extremado los procedimientos de una disciplina grata a un formalismo de cual trasciende un acentuado tufillo de pedantería. Fácil contraste hace el espíritu conservador, propicio a la carcoma de la primera con el cientifismo formulista de la segunda; felizmente, estudiosos e investigadores como Américo Castro, que se han liber-

tado de los métodos escolásticos, huyendo de Nebrija o de Luzán, no han caído de rodillas, sin justas reservas, ante la ciencia infusa de Meyer Lübke o ante el fonetismo pueril de Navarro Tomás.

EL SENTIDO DEL TEATRO

Siempre estuvo la literatura española en íntimo contacto con el alma popular: no se levantaron ante el pueblo castellano esas vallas de aristocracia mental que lo separaban de la azul almena en la cual el arte tenía su refugio. Mientras el culto de la ciencia, el gusto por la novela y la frecuentación del teatro fueron embeleso de cortesanía y distracción de los más cultos en la Italia renacentista o en la Francia del siglo XVII, para no hablar de la Inglaterra de Chaucer o de Bacon, en España el varón de letras, llamárase Arcipreste de Talavera o Lope de Rueda, llegaba hasta el pueblo a fin de sentir su vida común, en la que el color local definíase extraordinariamente. ¿Qué era el Romancero sino la epopeya del pueblo? ¿Y la poesía lírica no fue, según lo ha observado Menéndez Pidal, la primera manifestación del verso popular?

Cuando la épica comienza a transformarse (fraccionamiento del verso largo), y nace el romance, que logra ser enteramente popular, mientras el teatro lo utiliza con innegable for-

tuna, la literatura comienza a recibir las influencias del exterior, alejándose del pueblo. Sin embargo, las condiciones de facilidad denuncian en ella un tradicional apego a la improvisación: mientras el teatro de Racine y de Corneille, el de Schiller y Goethe, significaron obra depurada de ciencia estética y de labor paciente, lenta, dirigida a un auditorio de excepción, la comedia española fue un constante ejercicio repentista y circunstancial, en el cual ni Tirso de Molina ni Lope de Vega dejaron de cultivar esa superficial manera de periodismo dramático, especie de crónica deshilvanada escrita a medida que lo imponían las circunstancias. Bien claramente lo advierte Américo Castro cuando observa: «que se tratara del vulgo o del palacio, la comedia era siempre una forma de diversión rápida». Las condiciones del arte solían aparecer subordinadas a la tiranía eventual del momento: valga el caso de cierto festejo, en la noche de San Juan, ofrecido por el conde-duque de Olivares a Felipe IV y a Isabel de Borbón, para el cual Lope de Vega, Hurtado de Mendoza y Quevedo compusieron, en pocas horas, dos obras. Mientras Racine y Goethe no echaban jamás en olvido el pulir y repulir de Boileau, los ingenios españoles rivalizaban en la destreza del fácil improvisar, recogiendo apenas la volandera actualidad de la sociedad española. ¿Qué mucho entonces que ese teatro se resienta de los defectos inherentes a toda improvisación, las más de las veces de

pie forzado? Y así ocurre con frecuencia que en esas comedias la farsa priva sobre el análisis y el ingenio suple el estudio de los caracteres: la intriga que se desenvuelve como una madeja, en el enredo y desenredo de situaciones forzadas, determina la absoluta frivolidad de los personajes, que pasan a través de la escena como simples fantoches convencionales, movidos por el hilo del tira y afloja que maneja el diestro. A veces, la excepción denuncia la genialidad, cuando Calderón o Tirso crean un Segismundo o un Burlador, capaz de perdonar la cantidad ingeniosa por la calidad perdurable.

Si bien es cierto que, según lo observa Américo Castro, la comedia española encierra una parte considerable de realidad, «en un grado mucho mayor que los teatros francés o inglés», no lo es menos que la eventual verdad suele ser una, y tal vez no la principal, entre las condiciones que el escritor deba aprovechar en la obra de arte: ¿acaso aquel *Castigo sin venganza* («retrata nuestras costumbres—o livianas o severas») puede resistir una comparación con las obras de Racine o de Shakespeare? Claro está que esa observación sólo permite fundar la constancia de una verdad: el teatro español continúa, en cierto modo, la tradición de la buena escuela realista española que en *La Celestina* anticipó una modalidad magistral. Siempre, bajo la cosa extraordinaria, dice Castro, está «lo estrictamente real, a modo de armazón, en la

que va a entrelazarse lo maravilloso». Ese teatro vale por el mejor documento de una época y define a España en un momento de su vida y de su historia: sin embargo, ese carácter localista es lo que en la actualidad nos mueve a frecuentarle poco, aunque sea el mejor espejo de una hora interesante. Y, porque se libertó en parte de esa tiranía circunstancial, es por lo que Calderón ha podido influir, dos siglos más tarde, sobre más de una literatura europea; el mayor mayor de los Schlegel y Tieck aprendieron no poco en el autor de *El mágico prodigioso* (¿no se han encontrado en esta otra hondas similitudes con el *Fausto*?), y Shelley decía hacia 1820: «no leo más que griego y español. Platón y Calderón son mis dioses».

Para estudiar el teatro de Lope de Vega, según lo ha hecho admirablemente Américo Castro, se impone la necesidad indispensable de situarse en la perspectiva de la sociedad del siglo XVII, junto al espectador de esa época, que el ingenio español siempre tuvo en vista colocándose a su altura y recogiendo cuanto vio y sintió en determinado momento. Tan grandes son los elementos de realidad contemporánea, que separarlos de su teatro significaría desplazar sus obras del medio virtual que justifica la mitad de su existencia. El propio Lope de Vega fue el primero en mirar no sin desdén su teatro, que advertía determinado a las circunstancias que le movieron a improvisarle, creando

con él una diversión dignamente popular. Ese éxito respondió a un interés sin medida, hasta el punto que ha podido observar su biógrafo y crítico; gentes de toda condición se agolpaban en los corrales para contemplar el espectáculo; de los corrales solía trasladarse la farsa a los conventos, donde monjas y frailes reclamaban su representación. ¿Acaso su mismo autor no se disculpa, en su *Arte nuevo de hacer comedias*, de haber escrito para solaz del vulgo? De Lope es la tan sobajeadada sentencia rimada:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

Por lo demás, entonces como ahora, la tiranía podría reconocer análogos precedentes: «Por nuestra desdicha —dice un contemporáneo de Lope de Vega, Jerónimo de Alcalá—, en no siendo la representación de comedias fabulosas, mentirosas, enredos, invenciones y casos que admiren los ingenios y entendimientos de los oyentes, no dan gusto ni hay quien las vea.»

En el teatro encontraba el pueblo español el eco de las manifestaciones e inclinaciones suyas: las cuestiones de la pasadera vida cotidiana y los problemas más serios de sus creencias; las representaciones extraordinarias de sus hombres y el recuerdo de su historia. Limitado por la autoridad de la Iglesia y por el imperativo de las creencias de sus autores

(¿será preciso recordar que Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, vestían el traje talar?), reflejó, en cierta manera, «un fondo dogmático que, como es natural, coincide con las ideas corrientes sobre religión, y lo mismo acontece con sus doctrinas políticas o sus concepciones científicas».

Y es así cómo la popularidad de ese teatro se debió al hecho de ser espejo fiel de sus costumbres, y cómo todos sus defectos pueden reducirse también a esa modalidad fugitiva: pasó el tiempo y sólo queda el esqueleto de la mayor parte de esas obras, la armazón de la técnica, eso sí, de buena calidad habilidosa, sobre el cual no era carne de eternidad, sino de pasadera circunstancia, lo que rellenaba el maniquí.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dostoievski	9
Renán	131
Al margen de Pérez Galdós	191
La juventud de Espronceda	259
Notas sobre Américo Castro	285

W. B.
31

INDICE

Doctores

Notas sobre Américo Castro

Las juventudes de España

Al margen de Peter Galdo

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

OBRAS PUBLICADAS

- AZORÍN:**
Parlamentarismo español . . . 3,50 PTS.
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ:**
Diario de un poeta recién casado 3,50 PTS.
Platero y yo 3,50 PTS.
Estío 3,50 PTS.
Sonetos espirituales 2,- PTS.
- RICARDO DE ORUETA:**
Berrugete y su obra (106 fotografías) 10,- PTS.
- G. K. CHESTERTON:**
Ortodoxia 3,50 PTS.
Pequeña historia de Inglaterra 5,- PTS.
El hombre que fue Jueves 5,- PTS.
El candor del P. Brown 5,- PTS.
- P. SAVJ LÓPEZ:**
Cervantes 3,50 PTS.
- RODRIGO ZÁRATE:**
España y América 3,50 PTS.
- J. MORENO VILLA:**
Evoluciones 4,- PTS.
- ANDRENIO:**
Novelas y novelistas 4,50 PTS.
- R. PÉREZ DE AYALA:**
Política y toros 4,50 PTS.
Las Máscaras, I 4,50 PTS.
Las Máscaras, II 5,- PTS.
Prometeo 5,- PTS.
El sendero andante 6,- PTS.
Belarmino y Apolonio 5,- PTS.
- JULIO CASARES:**
Crítica efímera, I 4,50 PTS.
Crítica efímera, II 4,50 PTS.
- MANUEL AZAÑA:**
Estudios de política francesa contemporánea 4,50 PTS.
- MANUEL BUENO:**
En el umbral de la vida 4,- PTS.
- JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA:**
El Poema de la Pampa 4,- PTS.
La intimidad literaria 4,- PTS.
- LUIS BELLO:**
Ensayos e imaginaciones sobre Madrid 4,- PTS.
- RAFAEL CALLEJA:**
Rusia, espejo saludable para uso de pobres y de ricos 5,- PTS.
- ANDRÉ GIDE:**
La puerta estrecha 5,- PTS.
- GEORGES DUHAMEL:**
Vida de los Mártires 5,- PTS.
- MANUEL GÁLVEZ:**
El solar de la raza 4,50 PTS.
- EUGENIO D'ORS:**
Glosas 4,50 PTS.
- JOSÉ MARÍA CHACÓN:**
Ensayos críticos de literatura cubana 6,- PTS.
- J. FRANCO RODRÍGUEZ:**
Días de la Regencia 4,50 PTS.
- F. ISCAR PEYRA:**
La bolsa y la vida 5,- PTS.
- JOSÉ VASCONCELOS:**
Estudios indostánicos 6,- PTS.
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA:**
El alba y otras cosas 5,- PTS.
- ALFONSO REYES:**
Ífigenia cruel 3,50 PTS.
- MANUEL DE LA CRUZ:**
I. Estudios literarios 5,- PTS.
II. La visión del valle 5,- PTS.
III. Literatura cubana 5,- PTS.
- ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ:**
Las señas furtivas 3,50 PTS.
El Romero alucinado 3,50 PTS.
- ARMANDO DONOSO:**
Dostolevski, Renán, Pérez Galdós 4,50 PTS.

